

EL SOÑADOR

Wladyslaw Reymont


La otra orilla

Wladyslaw Reymont

El soñador

Traducción directa del polaco de
Pilar Gil Cánovas


La otra orilla

Barcelona Bogotá Buenos Aires Caracas Guatemala Lima México Panamá
Quito San José San Juan San Salvador Santiago

La otra orilla es un sello editorial de Grupo Editorial Norma.

1910, Wladyslaw Reymont

Título original: *Marzyciel*

© 2008, de la presente edición en castellano para todo el mundo

Edigrabel, S.A. para

La otra orilla

Ronda de Sant Pere, 5, 4.ª planta, 08010 Barcelona

(Grupo Editorial Norma)

www.norma.com

© 2008, por la traducción, Pilar Gil Cánovas

Primera edición: enero 2008

Diseño de la colección: Jordi Martínez

Imagen de cubierta: Retrato de Leopold Zborowski,
de Modigliani. AKG - Images.

Director de producción: Rafael Marfil

Producción: Marta Costa

ISBN: 978-84-96694-85-9

Depósito legal: M-50.683-2007

Composición: PACMER, S.L.

Impresión y encuadernación: Brosmac, S.L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

I

—¿Y cómo se llega hasta allí?

—Se va con funicular hasta Vomero. No lejos de la estación, al final de la montaña, se halla el convento de San Martín, y pegado a él, la terracita de un café. Desde ahí podrá contemplar el paisaje más hermoso de la tierra: toda la bahía resplandeciendo a la luz del sol hasta el horizonte cerrado por los islotes. Nápoles a sus pies. El Vesubio frente a usted, y desde Capri hasta Micenas, una gigantesca cadena de montañas escarpadas, de un azul intenso, cierra ese prodigioso país de viñedos, pinares y olivos sumergidos en el celeste del mar y en el dorado del sol.

—Muchas gracias. No sabía que usted hubiera viajado —le dijo alguien con asombro, mientras unas manos recogían el billete y el cambio.

Josio sonrió melancólico, escribió con tiza sobre el mostrador negro el número del billete vendido y, alzando la cabeza, susurró en francés:

—No siempre he sido vendedor de billetes.

Alguien se inclinó con vehemencia; unos ojos brillaron en la ventanilla y se extendió una mano blanca, cálida.

—¡Cuánto le compadezco!

Josio estrechó la mano tendida e hizo una larga pausa con la mirada perdida a lo lejos, como si errara por los recuerdos de la bahía celeste. Suspiró penosamente, atusándose los cabellos, rubios y rizados.

Detrás de la ventanilla empezaron a oírse unas voces de enojo, y a través de los cristales, polvorientos y rajados, centellearon miradas inquietas, rostros febriles y movimientos nerviosos. Una muchedumbre se apiñaba ante la taquilla y golpeaba el cristal con una impaciencia cada vez mayor. Por fin, Josio pareció despertar, volvió a suspirar con tristeza y, sonriendo melancólicamente, se puso a trabajar.

Escuchaba las demandas, cogía los billetes de estrechos compartimentos, los sellaba, los dejaba sobre las palmas extendidas, recogía el dinero y entregaba el cambio. Y lo hacía todo rápida y serenamente, con una gran parquedad de movimientos, como un autómeta.

A cada instante, alguien le lanzaba el nombre de una estación; a cada instante, una mano distinta llegaba con alguna exigencia, pero Josio las conocía tan a fondo que, sin levantar la vista, ya sabía qué clase y qué destino iba a vender. A muchas de estas manos les sonreía con afabilidad, a algunas las estrechaba con sumisión, de algunas se mantenía a una digna distancia, a

muchas fingía no verlas e incluso de no pocas se apartaba con repugnancia. Sin embargo, a la mayoría las trataba con indiferencia, como a una masa gris e insignificante; muy de vez en cuando, si pasaban fugazmente unas manitas blancas y perfumadas, las seguía con amorosas miradas.

Hora tras hora, frente a la ventanilla abierta, se le ofrecían las manos más diversas; aparecían y desaparecían incesantes ante sus ojos: hermosas y feas, jóvenes y viejas, desgraciadas y afortunadas, manos-garras y manos-flores, manos hechas para las caricias y los besos, manos hechas para arrastrar cadenas.

Un silbido penetrante cortó el aire y temblaron los muros de la estación. Un tren hacía su entrada en el momento justo en que se terminaba el cortejo de manos y Josio echaba una ojeada a la estación.

Grandes copos de nieve iban cayendo, espesos, húmedos; el andén era un hormiguero alborotado; el jefe de estación se paseaba solemne con su gorra roja y sus guantes blancos, mientras los gendarmes permanecían inmóviles, rígidos como columnas que sostuvieran ese día de invierno, lívido y aterido.

El tren se detuvo, y se formó un gran alboroto: se cerraban de golpe las portezuelas, los viajeros asaltaban los vagones, los conductores corrían. El muchacho que vendía la prensa se desgañitaba, en tanto un mozo embutido en un frac, con la servilleta blanca sobre la cabeza calva, deambulaba por los vagones con una bandeja llena de vasos repitiendo monótonamente:

—¡Té, café! ¡Café, té!

Josio contemplaba la escena con calma, pero de repente, como si alguien le mordiera en el centro mismo del corazón, murmuró furioso:

—¿Y por qué, maldita sea su sangre, irán de un lado para otro, viajando por el mundo?

Lo corroían los celos; se retiró de la ventanilla y se puso a contar el dinero. Al darse la vuelta de nuevo, el tren ya había desaparecido, y la nieve caía cada vez más espesa, blanqueando los tejados de los depósitos y la tierra entre los raíles negros y relucientes. Reinaba el aburrimiento: los cables del telégrafo gemían tristemente y la máquina de reserva corría enloquecida entre penetrantes silbidos; tras los depósitos, se oía el estruendo de los vagones empujados, y en la casa del jefe de estación, aporreaban un piano de cola sin fin ni misericordia.

Josio cerró la taquilla y mientras pensaba qué podría hacer hasta la llegada del rápido, para el que faltaba una hora, el guarda le trajo un telegrama.

«Llegaré en el rápido, espéreme en la estación», decía el telegrama, que leyó, hizo pedazos y arrojó al suelo.

—Esa mujer tiene el don de la oportunidad. Si no le he pedido que viniera...

Con un humor de mil diablos, entró en la cantina, pero también ahí imperaba el vacío y el aburrimiento; detrás de los aparadores, una pareja de ferroviarios jugaba al mus, empinando el codo al mismo tiempo; les observó jugar durante unos instantes, y después, parado, como inerte, clavó los ojos en

el reluciente frutero de cristal del mostrador y en las botellas colocadas alrededor de una palmera artificial.

La camarera, sentada en una mesita en el rincón, le preguntó con viveza:

—¿Qué le sirvo? ¿Quizá un ajeno con unas gotitas? Le irá de perlas con este tiempo.

—Prefiero un café negro y su compañía.

Josio se sentó al otro lado de la mesa y se fijó en la labor que la camarera tenía entre las manos.

—Un tapete, claro, y para el cura vicario —comentó.

—¡Y para quién iba a ser! ¡Mire usted... qué bonito!

—Sí, una preciosidad: la hierba azul, un nido rosa y unos pajaritos de color canela. ¡Tan precioso que me entran ganas de estornudar!

Ella le lanzó una mirada de reproche que hizo reír a Josio.

—Qué malicioso que es usted conmigo, qué malicioso —dijo la camarera en un tono infantil.

—Yo por usted haría lo que fuera —exclamó él, patéticamente.

—Qué va, nada de nada. —Y le enseñó la punta de su lengüecilla roja. Luego, con el abundante busto apoyado al borde de la mesa, le preguntó provocativa—: Bueno, ¿y qué, señor Josio?

—¿Qué de qué? Que estamos a lunes por la mañana, señorita Marina.

—¡Y en marzo! —se rió ella, golpeándole con el ovillo.

Detrás de los aparadores, estalló una fuerte algarabía y alguien gritó:

—¡Señorita Marina, cuatro fuertes con unas lágrimas!

—¡Y cuatro cervecitas para abrir boca!

Marina empezó a afanarse por el mostrador y, mientras bombeaba las cervezas, miraba a Josio suspirando tan profundamente que el repleto corsé se le subía hasta la misma barbilla. Le temblaban todas las costuras y los botones; los colores iban y venían en su rostro fuertemente empolvado y salpicado de granos violáceos.

Empezó a sacar las bebidas de detrás del mostrador; de pronto se oyó un chillido:

—¡Ay, por mi madre! Las manitas quietas, que se las rompo.

Estallaron risotadas burlonas; alguien pareció forcejear, se volcaron las sillas, y la mujer salió corriendo, encendida, entre resuellos, arreglándose los cabellos. Era una muchacha fea y ridícula: tenía la cabeza como la de un perro de lanas amaestrado, enormes zarcillos le colgaban de las orejas y su redonda cara tenía pegados una nariz respingona, unos labios finos y repintados, y unos ojillos ribeteados de negro. Volvió a sentarse en el lugar de antes, y entre suspiro y suspiro, se oyó cómo se le rompía algún corchete del sostén.

—Por mi madre, que está hecho usted un buen tontorrón —le dijo a Josio con acritud.

—Porque yo siempre tengo las manos quietas, ¿no?

A Josio empezaban a irritarle sus reproches.

—¡También usted! —pareció ofendida, pero al cabo de unos instantes, con unos ojillos lánguidos, le susurró con ardor—: Usted es como un vegetal... La gente se muere por usted... le desean... y usted no se da cuenta de nada... y siempre solo, con sus libros...

Josio soltó una carcajada y le respondió, inclinándose hacia ella:

—En cambio me doy cuenta de todo lo que pasa en la estación. Incluso sé lo que Adam le dijo ayer detrás del mostrador... Y hasta sé que usted, señorita, no llevaba corsé.

—¡Qué disparate! ¡Estos hombres son peores que el diablo! ¡No hacen más que chismear por las oficinas! —Enfadada y con ganas de cambiar de tema, le gritó—: Sabe, la coronela ha preguntado por usted otra vez.

—¿No tiene bastante con todo el regimiento de oficiales?

—Al parecer, todos los meses cambia de ordenanza... no puede decidirse...

Dos maquinistas llegaron para tomar unos vodkas, y Marina volvió a ocultarse tras la barra. Josio bebía el café ya medio frío y contemplaba a través de la ventana cómo los trenes de mercancías se deslizaban por la estación cual serpientes de lomo blanco, nevado. Se oían fragmentos de una conversación y el tintineo de vasos procedente de la sala de la cantina.

—¿De verdad no tiene usted miedo de dormir sola, de verdad? —volvió a provocarla Josio.

—Que me voy... por mi madre... si me lo vuelve a decir...

De repente volvió a armarse una bronca; alguien golpeaba la mesa y se esforzaba en demostrar con pasión que el otro hacía trampas, que le engañaba, por lo que le amenazaba con partirle la cara.

—Tú di lo que te salga de las narices, pero el coñac que has perdido lo tienes que pagar —le respondía el amenazado.

—Vamos, que no hay que meterse en peleas de amigos —se rieron los maquinistas, y salieron al andén cubierto de nieve.

En ese mismo instante, se abrieron las puertas de entrada de par en par, resonaron unos sables envainados y dos mozalbetes se dirigieron a paso marcial directamente hacia la barra.

La señorita Marina se empolvó la cara y se pintó los labios tras la palmera artificial; irguió los pechos sobre las campanas de cristal de los entremeses, puso las copas sobre la bandeja y aguardó con la botella preparada.

—¡Dos grandes, sin mezcla! —anunció con una dulce sonrisa, escanciándoles.

Y se lo bebieron.

Les sirvió otra vez mientras les lanzaba miradas de mujer fatal.

Y se lo bebieron.

Y los siguió sirviendo de modo automático, sin soltar ya la botella.

Y se lo bebieron.

Quiso servirles una vez más, pero uno de los mozalbetes ordenó:

—*Dawolno!*¹

La señorita Marina, con gran dignidad, dejó la botella, y los mozalbetes, apoyados en el mostrador, observaron larga y torpemente los entremeses expuestos.

—¿Hay arenque? —preguntó uno de ellos, al mismo tiempo que echaba una mirada torva al pecho de la mujer.

Ella le pasó un plato, con una sonrisa encantadora.

—¿Y hay caviar fresco?

La voz del joven parecía empañada de lágrimas.

La señorita Marina le abrió una lata, alcanzó un plato y metió una cuchara en la masa gris de las huevas.

—La ración entera, ¿verdad? Mejor se lo aliño con cebolla y aceite.

—¿Y pescaditos hay? —le preguntó el joven en mal polaco como si no hubiera oído la propuesta de Marina.

—¡Todo lo que los señores deseen! ¡Jan! —gritó la mujer en dirección al mostrador.

El mozo, de frac, les ofreció una larga carta blanca, haciendo una reverencia.

—¿Y Chateau-Laffitte hay? —soltó de repente el soldado con la misma voz lagrimeante.

El mozo les ofreció otra carta; el joven permaneció absorto, hasta que, por fin, encargó en un tono taciturno:

—Bueno, tráeme un vaso de té con limón...

Marina sacudió los hombros despectivamente, y el camarero se quedó boquiabierto. Los jóvenes se levantaron y marcharon con paso uniforme, medido, hasta la mesa de al lado.

Josio se partía de risa, pero como era la hora de la llegada del tren, se dispuso a salir. Apareció de súbito una pareja de viajeros con un elegantísimo equipaje, que el mozo de cuerda arrastraba y del que Josio no pudo apartar los ojos: eran unas maletas lisas, de piel, con los bordes reforzados en cobre y llenas de etiquetas multicolores con las direcciones de diferentes hoteles. Josio empezó a pasearse por la sala de la cantina y descubrió algo que le dejó fascinado: los extravagantes abrigos grises de la pareja, parecidos a camisones con faldas, que llegaban hasta el suelo.

—¡Inaudito! ¡Extraordinario! —decía, contemplándolos.

Los viajeros se sentaron a tomar el té, y él merodeó a su alrededor como si fuera a devorarlos con los ojos. Al oírlos hablar en inglés, puede decirse que Josio alcanzó el éxtasis.

—¡Ingleses! ¡Ingleses de verdad! —les comentaba a los conocidos en el bar.

Como sucedía a diario a la hora del expreso, la sala de espera se iba llenando. La ciudad entera lo aguardaba como si se tratara de una gran

¹ Suficiente, en ruso en el original (*N. de la T.*)

ceremonia. A cada instante, tintineaban las campanillas de los trineos y alguien entraba en la sala; a cada instante, se extendían por la sala animados saludos y se hacía más intenso el bullicio de las conversaciones y de las risas. En la cantina resonaban las copas y jadeaba la pompa de cerveza. La señorita Marina, recién empolvada y con el corsé henchido de orgullo, servía vodka tras vodka, entremeses, sonrisas encantadoras, cervecitas y miradas lánguidas.

Por la sala pululaban grupitos de matronas rollizas, de vírgenes etéreas, de esbeltos efebos, de triunfantes mostachos, de respetables barbas y de aún más respetables barrigas. Todos intercambiaban miradas y observaciones, tan discretas como mordaces.

Los sables aflojados golpeaban petulantes contra el suelo de piedra; aquí y allí estallaban risas argentinas; bajo los velitos blancos se disparaban ardientes miradas y las enaguas de seda susurraban inquietas; desde los sombreros se agitaban fantásticas plumas, y en los rostros blanqueados destacaban, provocadores, los labios púrpura; los gráciles cuerpos se doblaban con tal ímpetu que crujían los corsés.

Crecía la ponzoña de las palabras y de las bromas; la gente se agrupaba según las castas sociales, y se medían unos a otros con hostilidad e indolencia, de arriba abajo.

El ambiente se volvía denso por el olor cargante de los perfumes, los puros, la cerveza rancia y los vapores húmedos.

En determinado momento, en la sala se armó un gran revuelo; muchos pasajeros se retiraron hacia la pared o se sentaron por los rincones, sobre las maletas y fardos, porque todas las sillas y sillones ya habían sido ocupados por un distinguido público que chismeaba y no escatimaba elogios a la pareja de viajeros desconocidos. Tras una larga inspección, la señora presidenta en persona dictaminó:

—Son muy finos, deben de pertenecer a la aristocracia.

—¡Son ingleses! —aclaró Josio con humildad.

—Alguna pareja de lores, como en las novelas de miss Crafford —observó la presidenta, instruida ampliamente en los suplementos novelísticos del *Bluszcz*.²

—Es verdad, incluso toman té y comen pan con mantequilla.

—En todas las novelas inglesas toman té con leche y comen tostadas con mantequilla —intervino Josio tímidamente, y fulminado por la mirada de la presidenta, retrocedió asustado de su propia osadía.

—Él se parece al primogénito de *La golondrina* de miss Braddon, ¿lo recuerda, mamá?

—Seguro que se trata de una pareja romántica —susurró la señora.

—Ya viene el señor Raciborski, él nos dirá quiénes son esos ingleses.

² Semanario destinado al público femenino con ciertas pretensiones emancipatorias publicado en Varsovia de 1865 a 1939. (*N. de la T.*)

Era éste un miembro de la pequeña nobleza, un gigantón de cabellos canosos y bigotes negros y amenazadoramente erguidos, que vestía un abrigo gris forrado de piel y se tocaba con un gorro también gris. Después de haber besado la mano de la señora presidenta, murmuró con sarcasmo:

— ¡Ésos son tan ingleses como yo de Yorkshire!

Le llovió un diluvio de preguntas. Hizo una elegante pausa y después declaró en voz baja:

— Ese lord no es otro que Walek Mietus, el hijo de mi antiguo herrero.

Todos se quedaron de piedra, sólo la señora presidenta no cejaba en su teoría:

— Pero ella seguro que es lady, con toda seguridad...

— Sí, lady Kaska,³ ¡la hija de mi cocinero! Qué romántico, ¿verdad? Se lo juro por Dios, no bromeo, estoy diciendo la pura verdad. Han venido a ver a la familia y ahora vuelven a América. Les conozco desde que llevaban pañales. A ese lord, respetable señora, más de una vez le propiné una paliza de muy señor mío, y la lady nos criaba los gansos. Ni más ni menos. El muy granuja se fue a correr mundo y ahora se presenta como un gran señor. La chusma va en alza, sin palo no se puede con ella...

Y a pesar de que el hidalgo era conocido por su tendencia a colorear la realidad, todo el mundo dio crédito a sus palabras, y como ansiosos de vengarse por la decepción sufrida, empezaron a mirar con animosidad a la pareja y se volvieron de espaldas. A su vez, la presidenta exclamó en voz alta:

— Está claro, hasta un jornalero, si tiene dinero, aparenta ser un lord.

Por el contrario, Josio estaba exultante con ese descubrimiento y deseaba ardientemente entablar conversación con la pareja, pero el guarda vino a buscarlo y tuvo que volver a la taquilla.

Y de nuevo se halló frente a la ventanilla, y de nuevo las manos más diversas recogían sus billetes, caían rápidos los nombres de las estaciones, tintineaba el dinero, chasqueaba monótono el sello. Josio volvía a su trabajo de autómeta.

Aquella tarde ni siquiera tuvo tiempo de contemplar los trenes; atendido el último pasajero, cuando estiraba con placer sus fatigados huesos, unas manos conocidas, envueltas en guantes negros, se deslizaron hacia él.

— Palabra de honor, no he tenido tiempo para ir a recogerte — se justificó lacónico.

Frania metió la carita ruborizada por la ventanilla.

— ¡Cucú! Me puedo quedar, ¿verdad? Me he encontrado con esos currutacos de la línea y me han dicho que estaba usted en Varsovia, me querían llevar con ellos; tontos no son, tienen una colcha para tres y dos jergones. Me alegro mucho de haber dado con usted.

— ¿Dispones de mucho tiempo? — le preguntó Josio algo intranquilo.

³ Diminutivo popular de Katarzyna, Catalina. (*N. de la T.*)

—¿Que si dispongo de mucho tiempo? —Se partía de risa—. ¡Podemos divertirnos todo lo que usted quiera! Pero primero debo poner un poco de orden al asilo.

—Aquí tienes la llave. Iré a casa en cuanto pase el expreso. El alcohol está detrás del armario, la cocinilla en el horno, el té y el azúcar donde siempre. ¿Tienes hambre?

—¡De lobo! He venido sin una perra gorda, a la buena de Dios. Sabe, como apareció el revisor, tuvieron miedo de dejarme ir de gorra, como suelen hacer, y me echaron del tren, así que hube de esperar a un segundo tren. Venga cuanto antes, preciosidad. Su Frania se lo pide...

Empezó a hacerle zalamerías, pero de repente le asaltó una tos seca, aguda.

—¡Otra vez estás resfriada! Anda, ten este dinero y cómprate algo para cenar.

Cuando dejó de toser, ella le abrazó con una mirada amorosa y le dijo lloriqueando:

—El médico me ha aconsejado pasar un par de meses en Zakopany,⁴ asegura que lo que tengo es de la mala vida. Un sujeto gracioso, ¿eh? Y yo que podría pasarme los días enteros vagabundeando, igual que esas tías gordas que van por las estaciones; tal vez me paguen la estancia entre todos mis hombres, ¡a escote! —Y estalló en una risa larga, mordaz—. Sí que me darán, sí, una enfermedad y el viaje gratis al hospital —soltó en voz baja antes de marcharse.

Josio la miró compasivo, cerró la taquilla y se dispuso a escribir, pero al ver en el andén a Raciborski, el hidalgo, le hizo una seña. Éste se le acercó de inmediato y de buen grado, porque no hacía otra cosa que pasar los días holgazaneando por la estación.

—¿Es verdad lo que ha contado usted acerca de los falsos ingleses? —le preguntó Josio.

—Nada más auténtico. ¿Tiene un cigarrillo? He olvidado los míos en casa. Puede convencerse usted mismo, aún están sentados en la sala. Esperan el expreso. Y cómo iba a ser de otra forma, lord Mietus sólo viaja en expresos. Mencionó, precisamente, que por el camino, harían un alto en Niza, un par de semanas, ya que lady Kaska se siente muy cansada a causa de nuestro clima. ¡Mire usted por dónde, respetable señor! ¡Ja, ja, ja! —Casi se desmayaba de risa sobre el sofá de hule.

—¿Ha hablado de eso con ellos? —inquirió Josio.

—Ayer, en la confitería. Tengo una vista de lince y en cuanto entraron, les reconocí. Me dije, no se te caerán los anillos por ir a saludarles, de modo que me acerqué y les solté a bocajarro: «Walek, chico, ¿cómo estás?». Se rió a mandíbula batiente, me palmeó el hombro y respondió con toda la pachorra: «¡Yo no estoy mal, Kasio, pero dicen que tú ya "estás fuera de circulación!"... Se me revolviéron las tripas, la sangre se me subió a la cabeza, y el tío como si nada,

⁴ Ciudad en los Montes Tatra famosa por sus estaciones de reposo y recreo. (N. de la T.)

me presenta a su mujer y me pasa una silla. ¿Qué iba a hacer? ¿Montar una trifulca con un canalla en un lugar público? Por otra parte, pensé, bueno quizá sea una costumbre americana, que lo parta un rayo, de modo que me senté, y el tipo me contó toda su historia. Le aseguro a usted que supera lo imaginable. Empezó como un simple obrero y ahora está hecho todo un ricacho, un millonario. Habla inglés como nada y francés con soltura; me quedé de una pieza. ¡Un Mietus como él, un simple jornalero, amigo mío! Y la lady Kaska, se lo digo, toda una dama, una verdadera dama. Ella, que me criaba los gansos, y hasta faltó poco para que yo le besara la mano. Fuimos a cenar, él convidó a una ronda, y yo, como manda la costumbre, a una segunda y a una tercera también; qué le vamos a hacer, tiempo atrás me había sacado a pacer a las vacas, pero señor, el progreso es el progreso...

Josio se sonrió de un modo enigmático, mientras que el hidalgo se puso serio de repente, tomó un puñado de cigarrillos del cajón de Josio y dijo con amargura sincera y profunda:

—Pero pagué muy caro tales confianzas. Ni siquiera se puede imaginar lo que me propuso ese tipejo cuando ya andábamos medio curdas.

Josio le miró con curiosidad.

—Pues ni más, ni menos, me propuso emplearme, en América. ¡Como administrador de sus caballerizas! Claro, dijo, como los nobles polacos entienden de caballos... ¿Se imagina? Yo, administrador de las caballerizas del respetable señor Mietus, ¡yo!

Josio no pudo menos que echarse a reír.

El hidalgo se levantó de un brinco del sofá, le agarró por las solapas y le gritó alterado:

—¿Es usted Josef Pelka, el hijo de Ambrosio Pelka de Wolice?

—Sí, y para rematar, auxiliar de caja y empleado de ferrocarriles... — ironizó Josio.

—Pues le pregunto a usted, ¿qué le hubiera respondido a un tipejo como él?, ¿qué?

—Le hubiera besado la mano y suplicado que me empleara aunque fuera de pastor... Con tal de irme a la otra punta del mundo, lo más lejos posible y lo más pronto posible — estalló Josio inesperadamente.

El hidalgo se ruborizó, volvió a tomar un puñado de cigarrillos y, abriendo la puerta, dijo ahogándose casi de rabia:

—¡Váyase a tomar viento! ¡Qué aristocracia la suya!

Josio ni se percató siquiera de la salida de Raciborski, embargado por el súbito anhelo de una huida hacia el ancho mundo... Permaneció sentado frente a los papeles como un cadáver, con los ojos fijos en la tarde oscura, temblorosa, nevada. Su alma embelesada le transportaba sobre las alas del deseo, volaba con las vibraciones silenciosas de un relámpago, cada vez más lejos, hacia todas las tierras, hacia todos los mares, hacia el infinito.

—¡Estás aquí! ¡Otra vez estás aquí! — empezó a gemir de pronto,

poniéndose de pie como si fuera a salir corriendo; deambuló por la sala, se puso el abrigo y la gorra con un gesto inconsciente, para, finalmente, dejarse caer sobre el sofá, vencido por la dolorosa tortura de la fantasía.

Los trenes pasaban trepidantes; temblaban las paredes y retumbaban las ventanas; la oscuridad iba penetrando en el cuarto, una oscuridad parda, lúgubre, gélida, y Josio seguía fantaseando erráticamente por lejanos países, por mares inabarcables, por ciudades magníficas y prodigios inefables.

—¡Ha llegado el expreso! —Le despertó una voz y el chasquido de una puerta al cerrarse.

Con la mayor de las aflicciones, abrió de nuevo la taquilla y, como de costumbre, se asomó a la inmensa nave de la estación. No había ni un alma; delante de la balanza se apilaba un montón de maletas negras, planas, rematadas de latón.

—¿Adónde van? —le preguntó al pesador.

—Aún no se sabe. Creo que a ultramar, seguramente a América.

Se acercó para mirarlas detenidamente y, con una rara emoción, leyó sobre ellas los nombres de ciudades lejanas.

—¡Nueva York, Vancouver, Hong-Kong! Son baúles de barcos que han recorrido medio mundo —le explicó el pesador—. Van en la bodega del barco y por eso tienen que ir muy bien empaquetados, para que no se desparrame su contenido por el camino.

—¡Vancouver, Hong-Kong! —repetía Josio con amor, como si fuera una fórmula mágica, fantástica—. ¡Kobe, Hong-Kong! —seguía pensando una vez sentado frente a la ventanilla de la taquilla.

Estaba embebido en el sonido de sus palabras, sumergido en su ensueño, cuando se le aparecieron unas manos desconocidas enfundadas en unos guantes grises, y tras los cristales, asomó la cara perfiladamente dura, afeitada, de un americano. Le entregó un billete para que lo sellara, y le pidió al mismo tiempo cierta información.

Josio le respondió en inglés con toda amabilidad.

—Soy polaco, no hace falta que se retuerza la lengua —le interrumpió el viajero con aspereza.

Por fortuna, en ese momento, desde una ventana lateral, el empleado anunció:

—¡Niza! ¡Seis asientos! ¡Novecientos cincuenta y ocho!

Después de calcular, Josio pronunció una cifra con voz muy apagada.

El americano pagó y, al recoger el cambio, le deslizó un rublo con gesto indolente.

—Le aseguro que no es falso —añadió—. Es para usted.

—No soy un mozo de cuerda, de modo que no acepto propinas —respondió Josio como en un silbido, ultrajado.

—El diablo sabe quién de vosotros acepta y quién no...

—Pues tenga usted cuidado y dé a quien le tienda la mano.

—¿Y quién de vosotros no tiende la mano? —Sonrió sarcástico.

Josio sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó al mozo de equipajes:

—¡Michaz! Este señor os ha dejado un rublo.

El americano le ofreció la mano y le dijo en un tono cordial:

—Perdón, señor, no sabía... No era mi intención ofenderle...

Josio aceptó de buena gana la disculpa; el americano le parecía un hombre muy agradable, de modo que no dudó en entablar conversación con él, e incluso al final le pidió su dirección.

—¿Es que planea usted ir a América? —le preguntó el viajero.

—Hace años que sueño con ello. No descarto viajar en breve... —respondió Josio.

—Hará usted bien; escupa sobre Europa y escape mientras sea posible. Así lo hice yo y no lo lamento en absoluto. ¿Qué sabe usted hacer?

—He terminado seis años de escuela y hablo un par de idiomas.

El americano se echó a reír alegre e irónicamente.

—Pero ¿qué sabe usted hacer?

—¿Que qué sé hacer? A veces tengo que trajinar hasta dieciséis horas diarias, ¿no le parece un trabajo lo bastante duro?

—Claro, también es un trabajo, sin duda —replicó con cierta frialdad, ofreciéndole su tarjeta de visita y estrechándole la mano con prisa, porque el tren ya se aproximaba.

Josio se quedó mirando la dirección largo tiempo, con fervor.

—¡Quién sabe, a lo mejor pasaré por América! ¡Un país interesante! —cavilaba, viéndose ya en medio de sus ciudades inmensas y bulliciosas, y oyendo el bramido de sus incontables fábricas.

Ya emergían ante sus ojos las llanuras infinitas del Salvaje Oeste; ya navegaba por los océanos; ya atravesaba las selvas vírgenes, las montañas cubiertas de nieves perpetuas, los ríos y los desiertos; ya vivía mil aventuras y experimentaba mil arrebatos y placeres.

El expreso entró en la estación como un caballo desbocado, y también como un caballo, frenado por una poderosa mano, se detuvo. Los espaciosos vagones pulman mostraban todas sus ventanas iluminadas, y algunos viajeros se asomaban por ellas.

Josio cerró la taquilla y salió hasta el umbral a contemplar a los viajeros.

—Va muy vacío hoy —le dijo al revisor jefe.

—Pero ¡qué dice!, va atestado, ¡ni un asiento libre! La flor y nata de la sociedad huye hacia los países cálidos —añadió sarcástico mordiendo el silbato.

—No me extraña en absoluto que prefieran Niza o Montecarlo, allí hace calor...

—¿Sí? ¿De verdad hace más calor que aquí?

Josio se rió compasivo y le contestó al instante:

—¡Hombre de poca fe! Allí, en los meses de invierno, la temperatura media es de trece grados, no está mal, ¿verdad? Y a eso añádale un mar siempre azul,

un cielo siempre despejado, altas palmeras, enormes plantaciones de flores y la costa más bella de Europa.

El revisor se quitó el silbato de la boca y susurró con admiración:

—Ignoraba que conociera esos lugares.

—Mejor que este agujero asqueroso —respondió Josio, señalando la estación con un gesto despectivo.

En uno de los vagones, cayó con fuerza el cristal y se oyó la voz del americano, que se despedía de él con un *Good bye!*

—*Good bye!* —le respondió Josio, corriendo hacia la ventanilla.

Se estrecharon la mano, y lady Kaska le saludó con una inclinación de cabeza.

El silbido de la máquina desgarró el aire, y el tren partió velozmente. Josio lo siguió unos pasos, agitando el sombrero ostentosamente.

—Tiene usted unos conocidos muy interesantes —observó el jefe de estación con algo de guasa.

Josio esbozó una sonrisa nostálgica y dijo como con desgana:

—Les conocí tiempo atrás en París y en la Riviera...

—Ya, ya, ¿no ha llegado todavía esa conocida suya, la princesa?

—He recibido cierta información indicando que vendrá uno de estos días —respondió con mirada esquiva, porque no se le escapaba la sonrisa burlona del jefe.

—¡Vaya influencia que tiene, amigo! —observó éste, estirándose los guantes blancos de ceremonia.

—Bastantes, mi mundo no acaba en la estación.

—A mí, incluso me sorprende que trabaje aquí —le espetó, ya con una sorna evidente, de la que sin embargo Josio no se percató.

—Quizá no por mucho tiempo, quizá acabe antes de lo que usted imagina —murmuró éste, melancólico.

—Vale, pero entretanto venga a nuestra casa a tomar un té y a echar una partidita. ¡También estará la señorita Irene! —Sonrió significativamente.

—Lo lamento mucho, pero ya he quedado con otra persona...

—Claro, amigo —y añadió con malicia—: A cada uno le tira lo suyo.

—Debe usted saber que no trato de granjearme las simpatías de nadie en particular.

De súbito, el jefe de estación se puso serio y cambió a un tono duro y oficial:

—Para el rápido, abrió usted la taquilla veinte minutos tarde. Los pasajeros me montaron un buen número.

—Pues ábrame un expediente y amoneste a sus ayudantes —le respondió Josio con rabia, y se separaron enojados, como solía sucederles.

Josio realizó sus tareas a toda prisa, y cuando al salir vio luz en las ventanas de la oficina del jefe, que permanecía allí sentado más solo que la una, gruñó irritado:

— ¡Pedazo de alcorcho!

II

Vivía detrás de la estación, en una casa de madera casi oculta entre altivos árboles, justo al lado del terraplén. La luz encendida en las habitaciones le dio a entender que Frania ya se había instalado a sus anchas.

En el lóbrego zaguán, se tropezó con la señora Sofía, la mujer del maquinista, en cuya casa solía comer; su cuerpo de formas exuberantes le cortó el paso en las escaleras. Con una voz en la que se reflejaba la súplica ferviente, le preguntó a Josio si iría esa noche a cenar.

— Hoy no puedo, me espera un colega — respondió éste.

— ¿Un colega? Estaba segura de que ya había vuelto usted del trabajo, porque he oído que alguien andaba por su casa. Incluso he enviado a la sirvienta arriba a buscarle, pero ese colega suyo ni ha abierto ni ha respondido.

— Tal vez durmiera. Ha llegado agotado de Varsovia.

— Pues le aconsejo que se acueste usted también. No debe de haber dormido en toda la noche; yo tampoco he podido dormir, porque hasta las cuatro han estado dando vueltas en esa misteriosa habitación suya. Cada día está usted más demacrado.

— Me quedé leyendo y ni cuenta me di de que ya eran las cuatro de la madrugada.

— Si le molesta el reloj, mando que por la noche se lo lleven a la cocina.

— Qué va, me agrada mucho; en el silencio de la noche, su tic-tac se filtra como el sonido de una lejana campana de plata.

— ¿No le falta de nada? ¿Todo está bien? Magda, la chica, ¿limpia como Dios manda?

— ¡Es un ángel! Gracias por todo.

— Me gustaría que se encontrara a gusto con nosotros — dijo en voz baja, pero insistente.

— Ya estoy como en el paraíso.

Él le besó la mano, y ella mantuvo la de él entre las suyas durante un buen rato, mientras le decía con una voz regañona y ridículamente acelerada:

— Y ahora váyase a dormir... nada de leer... ni de pensar en las musarañas.

— ¿En qué no debo pensar?...

Josio la miró de cerca, a los ojos; la mujer se ruborizó e hizo un movimiento, como si fuera a echarse al cuello, pero al final se marchó, algo turbada.

Él sacudió los hombros, porque no acababa de comprender sus atenciones, ni el embeleso de sus ojos, ni sus palabras, aun cuando éstas eran bien explícitas.

Toda la estación se reía de esos amores; sólo él, absorto en otros asuntos, no se daba cuenta de lo que estaba en juego.

Frania había cerrado la puerta con dos cerrojos.

—Algún pesado ha llamado tres veces — explicó.

Josio se admiró de su propia casa.

—*Tiens!* La lámpara no echa humo, todo limpio, ordenado, un verdadero milagro.

La muchacha le abrazó con pasión.

—¿Verdad que ahora está todo muy bonito? ¿Verdad que su Frania sirve para algo? Y me he apurado mucho para dar abasto con todo. Mañana lavaré las cortinas, quedarán preciosas.

—No grites tanto, que abajo se oye todo —susurró él, acariciándole los cabellos claros, abundantes, y besándola en los ojos.

—¡Más, señor Josio, más! Me gusta cuando alguien me besa así, hasta el aliento pierdo, y se me pone la carne de gallina. ¡Cuánto me gusta! —le musitó estrechándose contra él.

—A mí también me gusta, pero hoy he trabajado como un buey —contestó Josio, y la apartó con desgana.

—¡Mi pobrecito, que está tan cansado, mi joya dorada! —le dijo Frania con lástima.

Por fin, al percibir la frialdad y la impaciencia en la mirada de Josio, la joven cesó en sus carantoñas, intimidada.

—A lo mejor me da la llave y limpio la última habitación.

—No, no es menester; sírveme un té.

Se sentaron a una mesa redonda para cenar. Una cena sencilla, de solteros. Frania no podía estarse quieta: miraba y remiraba la habitación con sus ojos celestes, se reía y balbuceaba dulcemente. Era una muchacha bonita, espigada y muy habilidosa; tenía una carita de niña siempre asombrada, la boca ancha y unos ojos azules y algo saltones que, bajo las pestañas doradas, miraban con la fidelidad de un perrito dispuesto a obedecer a la menor indicación.

Después del té, Josio se puso a leer el periódico, y ella, sentada enfrente en un hondo sillón, repasaba la ropa blanca.

En la casa reinaba un ambiente cálido, silencioso, pulcro. La noche húmeda y nevosa penetraba por la ventana; los trenes pasaban con un silbido largo, agudo, que hacía zumbiar los cristales y temblar la llama de la lámpara. De vez en cuando, repicaba sordamente la campanilla rajada de la estación; de vez en cuando se filtraba a través del suelo el sonido argentino de las horas.

—¡Qué a gusto me siento aquí! —exclamó Frania en voz baja, echando una ojeada a su alrededor.

Era la casa típica de solterón: por las paredes arañadas se paseaban las cucarachas, del techo hollinado se desprendía el revoque, el carbón impregnaba los cristales y el horno estaba torcido. Por los rincones se desperdigaban restos de muebles valiosos, cubiertos de tapices y fundas desgarradas; rimeros de

periódicos polvorientos yacían sobre las sillas. Pero Frania no lo veía, radiante de alegría como estaba.

—Parecemos un matrimonio de verdad —dijo, arrellanándose más en el sillón y lanzando miradas tiernas y tímidas por encima de la cabeza inclinada de Josio.

De repente, en alguna parte, bajo ellos, se golpearon ruidosamente unas puertas, un perro ladró y se oyó un rumor sofocado de voces y risas.

En cuanto se hizo el silencio, Frania volvió a su tarea de zurcidora y suspiró tristemente:

—¡Dios mío, qué felicidad tener un hogar, unos hijos, un marido!

Miró a hurtadillas a Josio mientras los lagrimones le pendían de sus pestañas doradas, los labios lívidos se le torcían en una mueca dolorosa y una sombra de aflicción le cruzaba el rostro macilento.

—¿Y no podrías encontrar a alguien que te quisiera? —le preguntó Josio con chanza.

—Si me quisiera, sería capaz de aceptar hasta a un ladrón, a un granuja...

—¿Y tan mal estás como estás ahora? Libre como un pájaro, haces lo que te da la gana, gozas de lo lindo...

—¡Una vida de perros! —estalló Frania de pronto—. ¡Que a esos placeres se los lleve el viento! Soy libre y por eso corro por el mundo con la lengua fuera, vago por las estaciones, voy de hombre en hombre como un perro callejero al que todos le dan puntapiés y le arrear con un palo hasta el día en que revienta contra una valla. Hasta la coronilla estoy de tanto gozar. Usted piensa que una mujer como yo ya no siente ni entiende nada... Pues no, porque no siempre fui como soy ahora, no siempre anduve señalada con el dedo...

Y se deshizo en llanto.

La asaltó una tos seca, desgarradora.

Josio le trajo los medicamentos, rodeándola de tiernos cuidados.

La muchacha acabó por tranquilizarse y se arrojó en sus brazos.

—Sólo usted es bueno conmigo, sólo usted no me ha hecho nunca daño, tan bondadoso. ¡Un santo! —exclamaba entre besos apasionados.

En el piso de abajo, se había desatado una auténtica tempestad; se oían unos gritos infrahumanos, y el ruido de cristales y muebles rotos.

En el momento en que Josio se apartaba de las expansiones de Frania, alguien llamó a la puerta. La muchacha corrió a esconderse en la habitación contigua, y tras cerrarla con llave, Josio fue a abrir la puerta.

Era Magda que, medio dormida, le traía una abundante cena en una bandeja.

—La señora, que le envía la cena a usted y a ese señor amigo suyo que ha venido de visita.

—Ya hemos cenado, pero puedes dejarlo. ¿Qué jaleo es ése?, ¿qué ocurre en vuestra casa?

—Nada, que el señor ha vuelto del trabajo y se están divirtiendo.

— Ah, en vuestra casa siempre reina la alegría — dijo Josio, mientras tapaba disimuladamente el sombrero de Frania con un periódico.

— Sí, sí, alegría; el señor que lleva encima una borrachera de órdago y ha armado una bronca tremenda. La señora lo ha tenido que encerrar, porque ya iba a ponerle la mano encima. La pobre se ha venido conmigo a la cocina y ahí está sentada, llorando y lamentándose. Yo no permitiría que mi hombre me tratara así, que me humillara de esa forma — parloteaba a la vez que ponía los platos sobre la mesa.

— ¿Y qué haría usted? — le preguntó Josio, mirando inquieto el capote de Frania sobre el sofá.

— ¿Que qué haría? Si se emborrachara, le daría tal manta de palos que se le quitarían las ganas de volver a hacerlo. Pero mi señora se limita a lamentarse, a retorcerse las manos y a esperar a que Dios se compadezca de ella. ¿Y dónde está ese otro caballero, su huésped? — le preguntó, echando una mirada suspicaz a su alrededor.

— Está durmiendo en la habitación de al lado, ahora lo despierto...

— Ya veo, es un señor que lleva ropa de mujer — respondió al distinguir el abrigo de Frania, y corrió escaleras abajo entre ruidosas carcajadas.

— ¡Qué mala sombra! Ahora irá con el cuento a todas partes — se dijo Josio.

Echó el capote a un rincón y llamó a Frania con impaciencia.

— ¡Venga, sal! — le ordenó, abriendo la puerta.

Pero ésta no salió; se había quedado parada frente a los retratos que colgaban de la pared.

— Señor Josef, ¿quién es este caballero de la peluca gris?

— Mi bisabuelo.

— Debía de ser un actor, porque lleva unos ropajes maravillosos. ¿Representa comedias?

— Sí, en el otro mundo. — Josio se rió de su candidez.

— ¿Y esta dama? ¡Vaya par de cacharros, podría dar de mamar a toda una estación! — gritó ante el retrato de una dama de amplio escote.

— ¡Necia! — murmuró Josio, disgustado por esas palabras.

— ¿Y usted ha leído todos estos libros? — Frania volvió a la carga, mientras con aire de extrañeza, acariciaba con el dedo los lomos de los libros de las estanterías.

— ¡Claro! ¿Quieres comer algo? Nos han traído liebre con remolachas y arándanos...

— ¿Y también lee usted libros extranjeros? — Silabeó con dificultad un título francés.

— Todos, si no ¿para qué los iba a guardar?

— ¿Es cierto lo que se comenta en la línea? ¿Que habla usted alemán e incluso *parle français*?

— Cierto. Va, ven, en esa habitación hace un frío de mil demonios.

Por fin salió. Josio cerró la puerta y empezó a pasearse de un lado a otro de

la habitación mientras Frania contemplaba con avidez la cena, que sin embargo, no consiguió abrirle el apetito.

—La liebre no volará por la ventana, ¿verdad? ¡Mañana me la voy a tragar entera! —dijo ella, dejando el plato en el alféizar.

Él no contestó nada, y ella volvió a su tarea de zurcidora, alzando cada dos por tres una mirada de admiración hacia él.

Josio no cesaba de deambular por la habitación; a veces se detenía frente a la ventana y contemplaba, entre melancólicos suspiros, las luces rojas de los trenes que pasaban en la noche.

—¿Es verdad que antes fue usted un rico heredero? —le preguntó Frania en voz baja, algo cohibida.

Él lo corroboró con una sonrisa extrañamente triste.

—¿Y poseía una hacienda de las de verdad? ¿Y caballos de tiro? ¿Y coches de caballos? ¿Y sirvientes con librea? ¿Y en la iglesia se sentaba usted en el primer banco, junto a las autoridades? —le preguntaba, bebiendo de sus ojos febriles en busca de sus recuerdos.

—¡Los tenía! ¡Los tenía! ¡Los tenía! —repetía Josio con voz cada vez más afligida y apagada.

—Y todo, todo se fue... ¡zas! ¿Se fue todo... al garete? —le preguntó Frania con las pestañas doradas brillantes de lágrimas.

—Se fue, maldita sea, se fue...

—Y los judíos se quedaron hasta con el último trasto, como le ocurrió al señor Raciborski, ¿verdad?

—Se lo quedaron, se lo quedaron. Vale más no recordarlo, vale más —suspiró Josio penosamente.

—Mi pobre heredero, pobrecito señor...

Josio la interrumpió con cierta aspereza y le dijo con voz silbante, como enfadado:

—Dejémoslo correr. ¿Qué se dice en la línea?

Frانيا empezó a contar, sin ganas, historias ya muy repetidas.

—¿Dónde has estado en estos últimos tiempos? —inquirió Josio.

—En casa de Mikado; he pasado allí tres meses.

—Hasta que te echó a la calle, ¿no?

—No me ha echado, pero como se marcha a París, ha despedido al servicio...

Josio se quedó helado; durante largo tiempo no pudo pronunciar ni una sílaba.

—¿Mikado se marcha a París? ¿Mikado? Te ha tomado el pelo.

—No, es verdad que se va; ya ha vendido toda su hacienda. Se la ha comprado el nuevo guarda que viene a sustituirlo. La señora del jefe en persona le está dando clases de francés. Se marcha la semana próxima y ha prometido organizar una fiesta por todo lo alto como despedida. ¿Irás usted?

—No, que se celebre la boda judía sin mazapán. ¿Y de dónde habrá sacado

el dinero?

—Se lo han dado unos señores de Cracovia.

—Seguro que unos idólatras del talento. Han descubierto su genialidad, un nuevo Matejko⁵ —susurró sarcástico, corroído por la envidia.

De repente, en el piso de abajo, se oyó un alboroto tremendo, como si estuvieran degollando a alguien.

—¡Chusma! ¡Maldita sea su estampa! Estoy harto de esta casa.

—Es normal, eso ocurre en todos los matrimonios. —Francia se rió bajito.

—Esa pareja de bestias se atizan cada día. ¿Por qué no deja plantado a ese bruto?

—Porque el peor de los maridos es mejor que ninguno; además, el señor Soczek no es tan mala persona, no...

—¿Qué pasa?, ¿le conoces de sus tiempos de soltero? —le soltó con desprecio.

—No de la forma que usted se imagina, no —le replicó tímidamente—. Venía con frecuencia a casa de mis padres; en aquella época aún era ayudante, y me llevaba a pasear por la estación, en el vagón de reserva. Tendría yo unos diez años, hace tanto tiempo, tanto...

El alboroto se fue acallando y sólo se oían unos quejidos lastimeros.

—¿Oyes cómo berrea? ¡Le ha atizado de lo lindo!

—No me da ninguna lástima; está hecha una buena pieza, como todas las de su condición. Yo la mantendría a palo y raya; usted no sabe la clase de pájara que está hecha. Damas, ¡la madre que las parió! Una cochina, eso es lo que es, y se da unos humos como si fuera una condesa —siseó con odio.

—Por lo que veo, te habrá hecho alguna buena perrada.

—¡Que lo intente siquiera!

—Pero, Francia de mi alma, ¿a mí qué me importa todo esto?

—Si supiera usted lo guarras y holgazanas que son. —Francia volvió a la carga con pasión, haciendo caso omiso de la impaciencia de Josio—. A cualquier estación que usted vaya, las verá todo el día asomadas a la ventana, que parecen perritos de lanas. Y en casa todo por hacer, los niños desharrapados, las cosas que hasta se pegan de pura suciedad y el marido al trabajo sin desayunar, porque la señora no tiene tiempo de pensar en esas cosas; ella tiene que vigilar los trenes y dedicar una gran sonrisa a todos los pasajeros. Eso sí, mucho escote y mucha pechuga a base de toallas en el corsé, bien repeinadas, las jetas empolvadas y unos lunares pegoteados, los labios encendidos de carmín y unas blusas como para un baile de gala. Pero por debajo, mejor no mirar; las sayas sucias y andrajosas, y las medias agujereadas. Claro, como eso no se ve desde el andén. Las conozco muy bien. A veces, veo regresar al marido agotado del trabajo, y la casa, fría, vacía y sin nada que llevarse a la boca, porque la señora está tomando café con sus amigas o se ha ido a Varsovia a ver a su amante. Y

⁵ Jana Matejko (1838-1893), pintor polaco de estilo historicista y romántico. (*N. de la T.*)

cuánto lamentan su suerte, cómo se quejan continuamente de la escasez y de la falta de distracciones. Se podría pensar que han nacido en un palacio. Yo he escuchado con mis propios oídos cómo la señora Paleska le gritaba a su marido: «Pues vete a robar, pero trae algo a casa, que para eso eres el hombre. Si no, me busco a otro que me mantenga y encima me lleve en coche». Yo, a una tía así, le daría una buena tanda de correazos y la echaría a la calle como a un perro, para que aprendiera. Y lo del señor Krukowski, de quien se dijo que había echado mano de la caja para pagar sus fulaneos, pues no era verdad, tenía que comprarle a su señora esposa diez vestidos al año y recibir a los invitados sin descanso; todo con tal de que su mujercita no se aburriera. Y ahora, el pobre está entre rejas y su respetable señora se pasea con las botas rotas y maldice su suerte y al delincuente que se la torció.

Hablaba y hablaba sin parar, citando más y más nombres, introduciendo más y más detalles, ante la indiferencia de Josio, que no la escuchaba, pues sólo reflexionaba sobre su destino con una terquedad vengativa y fustigante:

—Y yo, ¡yo! Tú siempre vas a quedarte viendo pasar los trenes, siempre vas a vender billetes y siempre vas a construir castillos en el aire. Siempre, siempre.

Josio se encerró de repente en su habitación, encendió la lámpara y se sentó ante una larga mesa cubierta de álbumes con tarjetas postales, guías de ferrocarriles de todo el mundo y Baedekers.⁶ No sabía qué hacer consigo mismo. En un estado de total perplejidad, miraba erráticamente la habitación atestada de trastos; intentó hojear los álbumes, buscó impaciente algún libro en las estanterías, hurgó entre los rimeros de papeles, pero todo se le caía de las manos, todo le aburría infinitamente.

—Mikado se marcha... ¿y yo, yo? —se repetía en un estado de furia repentina.

Acudió Frania, porque pensó que la estaba llamando, y Josio, ansioso de soledad, le anunció que se quedaría leyendo un rato todavía.

Le embargaba una gran inquietud; vagaba como un sonámbulo por la habitación, moviendo de aquí para allí los distintos cacharros y trastos que inundaban todos los rincones. Finalmente, clavó sus ojos, ávidos y delirantes, en el mapa colgado de la pared, y se fue sumergiendo en sus trazos, lentamente, hasta caer en un profundo estado contemplativo; no oyó el trasiego de Frania, no vio cuánto tiempo permaneció ésta en el umbral de la puerta sin atreverse a interrumpirle, ni siquiera percibió los trenes y sus silbidos. Era como si un torbellino cósmico le hubiera arrastrado y elevado por encima de un océano radiante, por encima de llanuras similares a nubes violáceas. Volaba como un ave enloquecida por el placer de su paseo sonámbulo a través de la inmensidad.

Frانيا, atemorizada por la tardanza y lo avanzado de la hora, le llamó desde la otra habitación.

⁶ Guías turísticas que deben su nombre a K. Baedeker (1801-1859) editor pionero en este sector de las publicaciones. (*N. de la T.*)

Josio empezó a desnudarse de un modo mecánico, pero una vez se hubo desprendido del cuello de la camisa y de la chaqueta, se olvidó de lo que iba a hacer y volvió a escudriñar en el mapa, donde, entre la maraña de líneas de ferrocarril, en el caos de nombres, trazos de fronteras, ríos, montañas y países, destacaban los nombres de algunas capitales, subrayadas en lápiz rojo, como enigmáticas y eternamente tentadoras llamadas del espacio.

¡París! ¡Londres! ¡Madrid! ¡Roma!

Y cual puertas de rubí, cual puertas sagradas, se abrían, y aparecían ante sus ojos los paraísos que un día cantara el alma con inconsolable añoranza. Se arrellanó en el sillón y repitió esos nombres con la mayor ternura, los ojos cerrados, rendido por completo a la fuerza de la más dulce fantasía.

No cesaba el estrépito de los trenes, que hacía temblar las paredes y tintinear el globo de la lámpara; los silbidos rasgaban el aire, y el potente ritmo del incesante tránsito le traspasó por entero.

No tardó en sentir que se marchaba lejos, a toda máquina.

Manténía los ojos cerrados, y contemplaba los paisajes de aquella noche invernal desplazándose a una velocidad vertiginosa: los infinitos campos nevados, el cielo cuajado de pálidas estrellas, las aldeas apenas visibles; de vez en cuando surgía el resplandor de una estación, como si de un espíritu se tratara, para desaparecer al instante; aquí y allí, en el tenebroso vacío, saltaban los destellos de ciudades desconocidas.

Y sin embargo, seguía la noche impenetrable; el silencio y los postes telegráficos quedaban atrás con una rapidez cada vez mayor, y también atrás quedaban los bosques sombríos y la tierra vestida con su mortaja nevada.

El tren avanzaba con el grito vehemente de su potencia.

Horas enteras voló Josio por algún lugar indeterminado de su imaginación, y acunado por el estrépito monótono y rítmico de sus ruedas, el sueño le atrapó por fin.

Pronto se apagó también la lámpara. Frania dormía en la habitación contigua, calladamente, como si no respirara, y en el exterior reinaba la más absoluta calma. De cuando en cuando, resonaban las trompetas de los guardabarreras y, cómo no, el bramido de los trenes, que volaban febriles y sofocados, vomitando chispas, vapor y luces hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra, para terminar también sumergidos en el silencio de las tinieblas. A su paso sólo dejaban una capa de humo parduzco sobre las ventanas.

Por la mañana, la primera en levantarse fue Frania.

—¡Qué murmura usted, ya es muy tarde! —dijo con un gesto somnoliento.

Josio no la oyó; seguía durmiendo, hundido en su sillón.

—¡Mira que pasarse la noche leyendo! ¡Una cabeza loca! —murmuró Frania, y se volvió a dormir.

Josio se despertó a las ocho como solía, pero mucho más abatido que de costumbre; deambulaba por la casa enrabiado y tristón, mirando con resentimiento a Frania, que preparaba el té sin atreverse a dirigirle la palabra.

—Andas que pareces una gallina mojada, ni siquiera has abierto el pico — se mofó él con un ademán de impaciencia.

—Como parece usted tan enfurruñado, no me atrevía a hablar.

Josio le sonrió amistosamente, y ella recuperó el valor para hablarle.

—Sentí tanto que no... Le esperaba... A lo peor ya no le gusto a usted... Ya no le gusta Frania...

—Por lo menos has dormido una noche como Dios manda, porque nadie te ha molestado.

—Pero hoy podríamos desquitarnos, no le voy a dejar que lea hasta el amanecer, no...

—Quizá, pero por ahora no me marees.

No soportaba sus melindres y carantoñas.

La joven se apartó de un salto, molesta, como a un pajarillo al que hubieran pisoteado.

—Si ésas tenemos, mejor agarro el portante y me voy a entretener a otro patio —amenazó.

Josio guardó silencio con los ojos fijos en las maniobras que el vagón de reserva llevaba a cabo en la estación.

—Por Dios, llegar a un acuerdo con usted es más difícil que con un marido de verdad. ¿Es que no es como digo? El señor Mikado es hombre de otra correa. Si está de malas, jura como un condenado, lanza unas voces tremendas, es capaz de desafiar a un duelo, pero cuando está de buenas, canta, bromea, me pega unos achuchones que las costillas me crujen y te daría hasta la camisa. Con un hombre así, por lo menos sabe una a qué atenerse.

—Pues ya te puedes largar si quieres, y te llevas todo lo que hay en esta casa — le soltó Josio, inesperadamente.

—¡Qué disparate! ¿Y ahora qué mosca le ha picado?

—Va, llévatelo todo, todo, y lárgate, ¡lárgate de aquí!

Los ojos le echaban chiribitas; había palidecido y le temblaban los labios.

La muchacha se asustó sobremanera.

—Pero, de verdad, ¿qué tiene? ¿Se encuentra bien? Ya voy por unas gotas.

—No necesito ningún remedio — repuso él con brusquedad, y empezó a asearse.

—¿Qué le parece si limpio también esta habitación? —le preguntó Frania, sin saber ya qué hacer consigo misma.

—Bien, pero ni se te ocurra tocar los papeles y los libros — le gritó Josio con gran agitación.

—Pero si esto es una leonera. ¡Una leonera! —exclamaba la chica de vez en cuando.

A decir verdad, casi resultaba imposible moverse por aquel cuarto, atestado de los objetos más inverosímiles: pequeños escritorios con restos de bronce, divanes desfondados de color dorado, armaritos y mesitas desmontados de forma extravagante, pinturas sin marco, porcelanas descantarilladas, unas

riendas forjadas de latón enmohecido, una altísima silla de montar, escopetas y sables herrumbrosos, una colección de las más extravagantes pipas, alfombras enrolladas, un rimero de anuales de una revista. Toda una amalgama de rarezas cubiertas de polvo secular, carbonilla y colillas.

De una de las paredes, en medio de los retratos, colgaba una gran corona de espigas de trigo envuelta en cintas desteñidas.

—Seguro que esto son restos de su antigua mansión. Yo, francamente, echaría a la basura toda esta cacharrería.

—¡No lo toques, que descansen en paz! —dijo Josio con guasa.

—¡Oh, qué baúl tan bonito! ¡Y una maleta nueva!

—No los saques, que se queden debajo de la cama, que así no se empolvan tanto.

—¿Va a irse de viaje? —le preguntó Frania después, mientras le servía el té.

—Sí, amada mía, me voy a ver mundo.

—¿Lejos?

—Muy lejos, tal vez hasta América.

—¿Y se venden billetes directamente hasta América?

—Claro, además, vaya problema los billetes, ¡serás boba!

—¿Y parné? ¿Ya tiene para el camino?

—Lo tendré, eso es una minucia —afirmó con descuido aristocrático.

—La verdad, no comprendo para qué la gente se va al extranjero.

—¿Para qué? Eres bien idiota si no lo comprendes. ¡Para qué! —repitió con cierto tono vacilante.

—Yo también sé algo del tema; al fin y al cabo, he estado en el extranjero. Una vez, el señor Mikado me llevó a Katowice.⁷ Cuando nos sentamos en el tren, pensaba que me moría de contento, cantaba de alegría, me imaginaba que iba a ver Dios sabe qué. Y resulta que llegamos y veo, con los ojos como platos de la sorpresa, que en el extranjero todo es igual que en nuestro país. Lo único, que chapurrean en alemán. No me gustó nada de nada: las casas igual que las nuestras, llovía igual e igual de barro que aquí. Las tiendas, sí, las tiendas son extraordinarias y se puede comprar preciosidades. Me compré una blusa y tela para hacerme un vestido, pero luego tuvimos un incidente, porque un fritz me andaba a la zaga, guiñándome el ojo, y el señor Mikado le dio un tortazo.

—¡Katowice! ¡Dios santo! ¿Quién se va a Katowice? Me parece que sólo los ferroviarios. París, Londres, Roma, Nápoles. ¡Eso es el extranjero!

—¿Sí? ¿De veras es tan bello?

—Son auténticos paraísos, ¿lo comprendes? ¡Maravillosos, fantásticos paraísos! No puedo mencionarlos sin admiración extrema —dijo con frenesí, mientras se bebía apresuradamente el té, porque eran ya las nueve y le aguardaba el trabajo—. ¡Dios mío! Si pudiera abandonarlo todo y marcharme a

⁷ En ese tiempo, Katowice, ciudad polaca en la actualidad, era provincia prusiana. (N. de la T.)

ver mundo, volar como un pájaro y como un pájaro desplegar las alas y posarme sobre el sol, y descansar en las cumbres, y desaparecer en la infinitud. Aunque fuera una vez en la vida, ver esos prodigios y embriagarme con sus encantos, embriagarme hasta morir y desvanecerme.

Soñaba en voz alta, olvidándose de la presencia de Frania, que susurró con una sonrisa meliflua:

—Se aburriría usted de tanto vagabundear.

—¡La vida entera, si pudiera, me la pasaría vagando por esos mundos! — exclamó él acongojado.

—En la línea se comenta que esos viajes suyos por el extranjero son un embuste para dar sablazos...

Josio pegó un brinco, miró el disco de señalización a través de la ventana y se puso el abrigo.

Esquivando la mirada, le preguntó a Frania con una voz trémula:

—¿Quién es el tarado que te ha ido con ese cuento?

—Todos. En una ocasión, el señor Mikado mencionó los viajes de usted, y el Petirrojo, ese tío de Rotkin, dijo que no eran más que engaños y embustes, que usted no había puesto ni un pie en el extranjero. Yo le saqué la lengua, porque no aguanto su morro pelirrojo. Pero se lo voy a decir, usted no les cae simpático, le tildan de señorito, le llaman el marquesín. Son una chusma, ¿eh? ¿Verdad que usted no miente? ¡Claro que no! Usted no es como ellos...

Josio la escuchó paciente, y ya con el abrigo abrochado, se limitó a anunciarle en voz baja:

—Volveré al mediodía, nos traen el almuerzo aquí arriba, de modo que podemos comer juntos, pero si prefieres dar un paseo por el lugar...

—Sí, hombre, a pasear, con la de tareas que tengo en la casa.

Él la besó con profundo agradecimiento.

—Yo, a usted, señor Josef, lo creo a pies juntillas —afirmó Frania, y se le echó al cuello.

—¡Tú serías una buena esposa! —afirmó Josio con gravedad.

—¡Pues cátese conmigo! —Rompió a reír, pero Josio le lanzó una mirada tan lunática, que se apartó turbada y, asomándose a la ventana, balbuceó con apuro—: ¡Oh! ¡Cómo cae la nieve! El tren ómnibus ya ha salido, ya le han dado paso.

Josio se fue a toda prisa; abajo, a través de la ventana entreabierta, distinguió el rostro sonriente de la señora Sofía.

Y el perdiguero de la señora lo acompañó pegando grandes saltos.

III

En la estación reinaba ya un movimiento increíble: las carreras y el griterío habituales ante la llegada de cualquier tren ómnibus, el incesante tintineo de las campanillas de los trineos que se acercaban y el tropel de pasajeros que deambulaban, febriles y apresurados, por las salas como abejas en una colmena.

Como de costumbre, Josio permanecía ante la ventanilla: escuchaba las demandas, miraba las manos tendidas, respondía, daba los billetes, recogía el dinero, escribía sobre la mesa negra y, absorto en esta labor monótona y cotidiana, ahogado por la algarabía de las conversaciones y el traqueteo de los carros con equipajes, se olvidaba paulatinamente de sí mismo.

«Cuando los judíos compran billetes, seguro que el revisor anda merodeando por ahí cerca», pensó mientras miraba las manos rojas, gruesas, como hinchadas, que se afanaban en recoger los billetes. Rara vez veía las manos tímidas y firmes de un campesino, y aún con menor frecuencia unas manos enguantadas.

—¡Buenos días! —gritó alguien que se acercaba a la taquilla.

—¡Ah, buenos días! ¡Los cigarrillos están en el cajón! —respondió, sin mirar, al pesador, que en una ventanilla lateral, controlaba el número de cajas, el lugar y la estación de destino de los equipajes.

—¡Caramba, qué tiempo! —maldijo un cliente, quitándose a puntapiés la nieve de las botas.

—Como para ahorcarse dentro de un par de minutos.

En efecto, hacía un tiempo de perros: ventoso, triste, seco. La nieve caía incesante, a gruesos copos, y cuando soplaba con fuerza el viento, se producía una confusión tal que todo parecía esfumarse en un torbellino blanco y espumoso: golpeaban las puertas mal cerradas, gemían los cables del telégrafo y la máquina de reserva, casi invisible bajo la nieve, lanzaba su penetrante silbido.

En ese preciso instante, la campana de la estación, cubierta de nieve, sonó como lo haría una cacerola quebrada. El ómnibus iba a hacer su entrada; el vigilante anunciaba por las salas las estaciones de parada, mientras el jefe, tocado con su gorra roja y sus guantes blancos, se exponía virilmente a la tempestad, y los gendarmes se plantaban como postes indicadores apenas visibles en medio de la nevasca.

El andén se ennegreció de caftanes negros al viento, un paraguas salió volando hacia el cielo y, en todas las ventanas de la estación, se dibujaron las cabezas de las damas y los caballeros; por fin el tren emergió de la ventisca; todo blanco y resollando penosamente, se detuvo sobre la vía.

—¡Como siga nevando así hasta la noche, van a pararse todos los trenes! —afirmó con preocupación un guarda, que apenas sí podía arrastrar la barriga,

una cara enorme y tres papadas.

—Vosotros, los guardas, haréis el agosto. Recuerda lo del año pasado, vuestro jefe me mostró la cuenta del pan, el vodka, los arenques y las salchichas que dejaron los pasajeros de los trenes atascados en la nieve. ¡Habría bastado para alimentar a todo un regimiento!

—El jefe bromeaba y ahora todos piensan que era verdad. Antes, si los guardas pagaban de su propio bolsillo a los trabajadores, algo siempre caía, pero ahora, ¡válgame Dios!, hay más revisores que trabajadores, y cada uno mira sólo por su provecho. Una miseria, ¡válgame Dios!, una miseria de solemnidad —suspiró el guarda, bufando con sus tres papadas colgantes.

—Pobrecitos, unos verdaderos esclavos — se burló Josio.

Pero el guarda, sin responderle, hizo un ademán de indiferencia con la mano y se deslizó hacia la salida en cuanto hubo partido el tren.

—Un tiempo que ni los perros, pero uno tiene que seguir —se lamentó Josio, mientras entraba en su oficina.

La estación se había quedado completamente vacía; por encima de los andenes soplaba un fuerte viento, y la nieve se arremolinaba, cada vez más intensa. Josio se aprestaba a pasar cuentas cuando entró el jefe de estación con una circular que no alcanzaba a entender.

—¡Estúpido y absurdo! — gritó Josio, tirando el papel después de leerlo.

—¡Señor Josef, es una circular de la dirección! —le advirtió el jefe, algo incómodo por sus palabras.

—Y precisamente por eso es algo tan estúpido. ¡Pero si toda la dirección no son más que una cuadrilla de botarates!

Afortunadamente, les interrumpió el guarda con el correo, el cual dejó delante del jefe de estación.

—¡Del extranjero, es para usted! — dijo el jefe, apartando un grueso paquete de cartas y revistas—. Cuánta fatiga, mantener una correspondencia con tantos países lejanos.

—¡Qué le vamos a hacer! Cuando uno tiene tantos conocidos por todos los rincones del mundo, es una obligación.

—Una pena que no acudiera usted ayer a jugar la partidita; el deán perdió seis rublos, y la señorita Irene preguntó por usted. Además, las pulardas estaban para chuparse los dedos. ¿Cómo le fue en compañía del presidente?

—Como de costumbre: muchas circunstancias, muchas bellas damas y mucho vino —mintió sin temblarle la voz.

—Pues dicen que no les andan bien la cosas. Me comentaron los judíos que nadie en la ciudad les quiere dar ya un crédito, aunque el presidente se da mucho rumbo, mira a la gente por encima del hombro y anda inflado como un pavo real. Un día se va a ir al diablo, y entonces sabrá lo que es pasearse de despacho en despacho para mendigar un puesto de trabajo, hasta en los ferrocarriles si no hay otro —dijo con un placer malévol.

Josio, sin apenas poder contener el enfado, le replicó en una voz ahogada:

—Se equivoca usted de medio a medio, jefe. El presidente podría convertirse incluso en director de toda nuestra vía... ya me lo han comentado — recalcó.

—¡Qué me dice!, ¿en serio? —No cabía en su sorpresa—. ¡Que me parta un rayo!, pues sí que la he hecho buena. El presidente se enojó conmigo, porque mandé bajar del tren unos paquetes suyos y depositarlos en la consigna.

—Puedo mediar ante él... —afirmó Josio, condescendiente.

—Me haría un gran favor y un gran bien. Siempre podrá usted contar conmigo, como un amigo, siempre. ¿Cómo podría corresponderle yo? ¿Tal vez necesite petróleo? ¿O carbón? ¿A lo mejor le gustaría almorzar en nuestra casa todos los días? Se lo digo de corazón, lo compartiré todo con usted, ¡como un hermano! —exclamó entusiasmado, estrechándole la mano con fervor.

Josio se lo pasaba en grande con aquella repentina y servil obsequiosidad.

—Muchas gracias, pero en cuanto a lo de la dirección, no hay nada seguro, quizá no obtenga el puesto, otros pueden tener preferencia... He hablado innecesariamente... —fingió lamentar.

—Me apuesto lo que sea a que lo conseguirá. Cómo no va a conseguirlo, siendo como es miembro de la Asociación del Crédito Agrícola, todo un señor ingeniero, todo un personaje; incluso se codea con el gobernador. Me juego la cabeza a que lo obtendrá.

—Pero esto es un secreto, no se lo comente ni siquiera a su esposa.

—Le doy mi palabra de honor de que no soltaré prenda.

Lo besó con cariño, se dio una palmada en la frente y salió de la oficina, asegurando que sólo un burro podría comentar esa clase de cosas.

Josio, divertido con lo que él consideraba una extraordinaria broma y seguro de que tenía metido al jefe en el bolsillo, se puso a trabajar silbando alegremente.

Sin embargo, al parecer ese día no le estaba dado a Josio trabajar en paz. No había pasado mucho rato cuando en la oficina irrumpió un joven de aire presuntuoso, dorada y leonina melena, perfil aguileño, zapatos destalonados y calzones con los bordes inferiores ribeteados por un fleco natural de puro raídos.

—Vengo a verle para pedirle un gran favor... —empezó a decir con timidez y misterio al mismo tiempo.

—Se lo juro, hoy no puedo prestarle más que un rublo...

Y sacó de mala gana el portamonedas.

—Gracias, pero no necesito dinero, justamente acabo de cambiar tres ruches —dijo, palpándose el bolsillo—. Vengo a pedirle algo mucho más importante —prosiguió ruborizado hasta el blanco de sus ojos de color zafiro—. ¡Tiene que prestarme su frac! He prometido ir a una fiesta, en Rudek; los zapatos de charol me los prestará Wacek, guantes tengo, la corbata me la compraré, pero me falta el resto y no sé de dónde sacarlo... —suplicaba penosamente.

—Debe usted saber que el reloj, el frac y la amante no se prestan a nadie,

pero bueno, con usted haré una excepción y le prestaré a la chica; del reloj y del frac, ni hablar.

—Apiádese de mí, de esa fiesta depende mi suerte, incluso mi vida...

—Esa suerte tiene ojos azules, cabellos rubios y una carita como un panecillo recién horneado. Conozco el percal: primera contradanza, declaración en la tercera figura, prometidos ya a la hora de la cena, besos robados al galope, un ramito de flores, a veces un tacón arrancado del zapatito de la amada o un guantecillo sudado. Y después ¿qué?, llegada con retraso a la ceremonia de la boda, amonestación del cura, desesperación —le contestó con mordacidad, animado por el semblante trágico del chico.

—Me está tomando el pelo, pero es verdad que ella me ha prometido la primera contradanza...

—Le creo, pero el frac no se lo presto y acabemos —concluyó Josio, volviendo a su trabajo.

—¿Y ahora qué hago, pobre de mí? Tal vez me presente con el uniforme, a lo mejor incluso parece algo más serio, ¿verdad, señor Josef?

—Si manda usted que se lo embutan de garbanzos y lo pinta de amarillo, aún tendrá una facha más seria.

—Sea como sea, es una lástima. La señora Julia me ha dicho que el frac me sienta maravillosamente. Bueno, el rublo sí que me lo presta, ¿no? Estoy sin blanca.

—Tómelo usted de esos tres que ha cambiado hace un momento.

—Bah, era una broma, ¡cómo iba a ser verdad! —Se rió con sinceridad, desmelenándose y atusándose los bigotes.

Se fue sin cerrar la puerta.

—¡Cierre! —le gritó Josio, pero el viento ya había irrumpido con fuerza en el interior y secuestrado los papeles de encima de la mesa para esparcirlos por toda la pieza cual blancas hojas secas.

A través de la estación, reptaba perezosamente el vagón de carbón; con su cansado resoplido y el sordo traqueteo de sus ruedas, semejaba un perro rojizo de esqueléticos costillares y lomos nevados. El viento huracanado no cesaba de golpear la ventana y cubrirla de nieve; sobre los andenes rodaban gigantescos y espumosos torbellinos blancos, que iban formando en los carriles diques humeantes parecidos a géiseres.

Alguien llamó enérgicamente a la puerta.

—*Bitte! Herein! Entrez! Please!* —gritó Josio encolerizado.

Entró el auxiliar del jefe con un perro pachón atado a una correa.

—¡Vaya monstruo! —susurró Josio, mirando con ojos desencajados al perro—. ¿Qué se cuenta en la línea?

—Un temporal tal que ni los más viejos recuerdan otro igual. A la altura de Rudek, se han quedado atrapados dos mercancías; estoy convencido de que esta noche no correrá ni un tren. Inaudito. Sabe, he hecho un negocio redondo.

—¡Ha cambiado usted los zapatos por una navaja! —refunfuñó Josio sin

ocultar su impaciencia.

—He cambiado a Néstor por una escopeta lancáster maravillosa. ¿Qué me dice? —respondió el auxiliar.

—¡Loado sea Dios y que Él se la conserve muchos años! ¿Y quién ha sido el cretino que se lo ha tragado? Seguro que Soczek con una trompa de muy señor mío.

—Ha dado en el clavo. Ahora mismo le llevo el perro y recojo el arma.

—Cuidado, no se le vaya a disparar, sobre todo si está cargada.

—Usted se mofa de todo y no se le puede hablar en serio de nada.

—¿Cómo? Claro que se puede. Ahora le voy a hablar en serio, porque le diré lo que sucederá después: mañana cambiará el arma, supongamos que por una bolsa de piel de tejón; dentro de una semana cambiará la bolsa por un cuchillo de monte, luego el cuchillo de monte se convertirá en un cuerno para la pólvora y al final trocará el cuerno por un par de gemelos de camisa, que acabará tirando por la ventana. ¿Sería la primera vez?

—A veces me han dado gato por liebre, pero lo de ahora es el negocio del siglo; una lancáster casi nueva a cambio de un perro pachón que me costó dos bastidores de madera. El señor Raciborski ya ha decidido que quiere comprarme el arma —exclamó triunfante.

—A eso se llama cambiar el hacha del tío por un palo, o sea, estar en babia, amigo.

De pronto, apareció el maquinista del vagón de reserva, cubierto de nieve.

—Va, hijos, venid a tomar un vodkita, que estoy más helado que un témpano, y después aún tengo que ir zumbando a la línea para abrirle camino al correo. —Gritó al pachón que gruñía, tras lo cual le agarró por el cogote, le miró los dientes y le tiró contra el sofá.

—Cuidado, que eso ya no es un perro, sino una lancáster cargada —se rió Josio, y empezó a contar la historia del trueque camino de la cantina.

El bar estaba desierto. Un frío intenso se colaba por la puerta, la ventisca azotaba las ventanas y los camareros se arrastraban cariacontecidos y somnolientos, mientras la señorita Marina, embutida en un jersey rojo, fabricaba el eterno tapete.

—La más exuberante de las doncellas, ¡sírvenos tres grandes y fuertes! —pidió el maquinista.

La señorita Marina les llenó las copas con atención, entre suspiro y suspiro; parecía triste.

—¿Qué le ocurre? ¿A lo peor es el vientre o alguna de esas cositas...? —chanceó el maquinista con grosería.

La joven emitió un suspiro aún más profundo, el jersey se infló como una ola y se le saltó un botón, que fue a dar contra una botella.

—Un par de veces más y tendremos ante nosotros un espectáculo inolvidable.

—Y una catástrofe, en el caso de que el último botón suelte el resto...

En la sala entró Raciborski, el hidalgo canoso, que hizo una inclinación de cabeza a guisa de saludo y empezó a pasearse de arriba abajo en completa soledad.

—Raciborski está de mala luna —susurró el maquinista.

—Hoy no ha debido de dar el sablazo a nadie.

—No te preocupes, que en cuanto gane el proceso de la herencia, te devolveré hasta el último céntimo.

—Lo ganará, lo ganará —metió baza el ayudante—. Oigan, pero la historia de los botones de Marina es prodigiosa, colosal, inaudita, porque siempre que se enamora o se emociona por algo, siembra de botones toda la estación. Sin ir más lejos, yo mismo encontré uno ayer, donde Waczek.

Marina, encendida, le midió con una mirada iracunda y se refugió detrás del mostrador.

No tardaron mucho en irse cada uno por su lado.

El maquinista saltó al vagón de reserva, que se esfumó entre las nieves; el ayudante se marchó con su pachón lastimero en búsqueda de su lancáster, y Josio volvió a la taquilla, pero apenas hubo empezado la labor, apareció de nuevo Raciborski. Saludó con un ademán, sin palabras, y fumándose un cigarrillo, se dedicó a contemplar la tempestad con aire taciturno.

En el andén había hecho su entrada un comando militar especial: cantos, gemidos de armónica, taconeos vehementes y gritos desatados sacudían la estación entera. Los vagones de mercancías, atestados por la soldadesca, se balanceaban y parecían rugir por el zapateo, el bailoteo en cuclillas y los alaridos.

Aun después de haber salido, durante mucho rato, el viento trajo consigo las voces exaltadas y los compases de la música de los jóvenes uniformados.

—Se van a Rudek, a quitar la nieve —aclaró Josio.

—¿Sabe que he perdido el proceso? —empezó a decir con amargura el hidalgo.

—Le queda aún el supremo —ironizó levemente Josio.

—¡Ah! ¡Cómo se lo diría!, recurriré al supremo y me saldré con la mía, ¡maldita sea! No voy a permitir un ultraje semejante, ¡válgame Dios!, no lo voy a permitir —estalló.

—¿De modo que su tía no tenía derecho a disponer de su herencia? No lo sabía.

—Tenía derecho, pero no a costa mía. Es una felonía y una ridiculez que la hermana de mi tío paterno testara a favor de una academia para no sé qué fines científicos y a mí me dejara sin blanca. Eso pasa de castaño oscuro. Pero voy a apelar y ganaré.

—Demencia senil, no existe ninguna otra explicación posible.

—Usted lo ha dicho; testó en estado de enajenación mental. Por otra parte, los abogados demostraron que había sufrido de trastornos mentales durante toda su vida. Incluso le dio por fundar un asilo para sirvientes que sufrieran de

ceguera, ¿le parece eso un síntoma de cordura? Financiaba a diestro y siniestro a pintores y otros indigentes por el estilo. ¿No es eso un claro desvarío? Una persona en sus cabales no hace esa clase de cosas. Y para poner la guinda en el pastel, para rematar la cosa por lo que respecta a su estado mental, ella, una Raciborski, va y deja toda su herencia a una editorial para fines científicos. No me negará que es una prueba incuestionable de su total locura. A usted, amigo, la historia ni le va ni le viene, pero a mí me saca de quicio. Que mi propia tía me haya robado. ¡Clama al cielo!

El guarda golpeó la puerta para anunciar la llegada del correo.

Josio abrió la ventanilla, pero como no había pasajeros, se dio la vuelta y le dijo en voz baja al hidalgo:

— Los periódicos sacarán a la luz pública su caso.

— ¡Y a mí qué los periódicos! No los leo y en paz. ¿Quién sabe mejor que yo lo que es el bien público? En más de una ocasión he contribuido al bien público; también yo he ayudado al arte y a la literatura. Durante quince años fui miembro de *Zachęta*,⁸ hasta gané un par de cuadros, y me suscribí a su revista, pagué el bono..., pero los excesos nunca son sanos. No digo que no dejara unos cientos, hasta unos miles, a quien se los quisiera dejar, incluso a lo mejor yo habría puesto otro tanto. ¡Qué no hace uno por el bien de su propio país!; ya le he dado suficientes pruebas de ello..., pero ¿testar todo, cien mil contantes y sonantes, a favor de una editorial que no la conocen ni en su casa? ¡Eso es demasiado!

— Hombre, tener una fundación llamada Raciborski también es importante.

— ¡Que Dios se lo pague! Prefiero el dinero en la mano. A la comadre se le metió en el seso no sé qué honores y fama, pero si el último representante de su estirpe iba o no calzado, de eso ni se preocupaba. Es fácil hacer filantropía con los extraños. Los honores no me pagan el alquiler ni me dan de comer. Que los honores los busquen quienes tengan posibilidades, por ejemplo, nuestros condes y príncipes.

— Mire, ellos sirven al país en otros terrenos. Por ejemplo, ¿qué habría pasado con el ballet de Varsovia si no hubiera sido por su protección? ¿Y con la cría de caballos de carreras? ¿Quién nos representaría por esos mundos? Todo eso cuesta lo suyo. Tiene que haber división en el trabajo, qué le vamos a hacer; los analfabetos no pueden ocuparse de la Academia de Ciencias.

En la estación, hizo su entrada el tren, jadeante y cubierto de nieve; tras las ventanas, se perfilaban las caras asustadas de los viajeros. Algunas personas rodearon al jefe de estación para preguntarle, precavidamente, por los peligros potenciales de continuar el viaje, y un anciano judío, de barba rala y caftán, cómo no podía acercársele, revoloteaba alrededor y gritaba desahogado contra la ventisca:

— ¿Hay peligro, jefe? ¡Jefe, que yo tengo prisa!

⁸ Galería Nacional de Arte, en Varsovia. (*N. de la T.*)

Finalmente, el tren se puso en movimiento con media hora de retraso.

Josio, harto de oír los lamentos de Raciborski, le prestó tres rublos para su apelación ante el supremo y se fue corriendo a almorzar.

Naturalmente, detrás de las puertas entornadas de la casa le aguardaba la señora Sofía, quien, con su mirada venenosa, le preguntó a Josio por la salud del supuesto colega; el joven, a quien enojaban ya aquellas formas, le anunció que su amigo se quedaría unos días más y que se encontraba en perfecto estado de salud.

A pesar de la insistencia de la Soczek, Josio le ordenó a gritos a la sirvienta que le subiera el almuerzo a su habitación, pretextando falta de tiempo para bajar a comer con ellos.

—Lo que ocurre es que ya echa de menos a su amigo... — insistió la mujer.

—Pues sí, debo disfrutar de su presencia; me visita tan poco...

—¿Está en su casa desde ayer y todavía no se ha saciado de su presencia?

—No hemos tenido tiempo, durante toda la noche estuvimos oyendo los ruidos de la fiesta que ustedes montaron.

—¡Miserable! ¡Cruel! — susurró ella con resentimiento, y salió corriendo.

De súbito, el edificio entero se estremeció: voces vehementes, ladridos espantosos, corridas enloquecidas, estrépito de sillas contra el suelo, alaridos como los de una cacería.

Josio se prometió mudarse cuanto antes de aquella casa.

Frانيا, con una toalla enrollada en la cabeza y envuelta en una cortina rota, se afanaba en ordenar los trastos que había por las habitaciones.

—Esto no es nada, acabo de empezar, pero hoy por la noche, le juro que no reconocerá su habitación. Aquí no ha barrido nadie hace cien años, por lo menos — exclamó, señalando los montones de basura.

Magda fue a llevarle el almuerzo, y Josio aprovechó para preguntarle por las causas del nuevo escándalo que se había formado en el piso de abajo. Al parecer, Soczek y Golebiowski, un amigo de la casa, habían inventado un nuevo juego consistente en azuzar al gato y luego lanzar contra el perro todo lo que tenían a mano para que éste se lanzara a su vez contra el gato, desgañitándose a ladridos, lo que provocaba un gran regocijo a ambos señores. Mientras le contaba a Josio estos cuentos, la sirvienta no había dejado de echar ojeadas a la habitación y de manifestar su sorpresa al verla tan aseada.

—Como se me hizo caso omiso, lo hice yo solito — le respondió Josio, divertido ante su asombro.

—No sé, alguien ha fregado, alguna otra persona...

—Gracias por todo, Magda, pero vete al diablo — la despidió Josio.

—¡Ya me voy, ya me voy! Si hasta los ratones hurgan entre tantos papelotes — murmuró con una sonrisa aviesa al oír la tos ahogada de Frانيا desde la otra pieza—. A lo mejor le traigo al gato, ¿no?

Apenas pudo zafarse de la presencia de Magda, Josio almorzó a toda prisa, cambió un par de palabras con Frانيا y salió apurado para el trabajo, ya que era

al mediodía cuando más trenes salían.

Primero llegó, arrastrándose por la estación, un tren de cercanías.

—Parece un ómnibus judío —se dijo Josio—, igual de sucio, arañado, chirriante, repleto de caftanes y griteríos.

Después llegó el rápido, semejante a un caballo de carreras, febril y tenso, que tras un breve descanso, arrancó espoleado y desapareció bajo la tierra blanca. Más tarde, fue el turno de una sarta de trenes de mercancías, que surgían callados de entre las nieves y que, como orugas saciadas, pesadas, largas y perezosas, atravesaban la estación y se perdían de nuevo en el torbellino nevado.

De cuando en cuando, volaba un vagón de reserva, con su silbido penetrante y sus humaredas.

La tempestad arreciaba por momentos, y los trenes circulaban con un retraso cada vez mayor, sin apenas poder abrirse paso entre la nieve. El viento silbaba como una manada de lobos, sacudiendo con tal fuerza la estación que temblaban gimientes todos los cristales.

De improviso, igual que un muñeco de nieve, apareció Mikado.

—¿Has caído del cielo? —se sorprendió Josio, estrechándole la mano.

—He venido con el vagón de reserva. Por poco no llegamos; no se ve nada a dos pasos. ¡Qué asco de tiempo! Estoy calado hasta los huesos.

—Porque llevas una estufita pegada al cuerpo, pero de viento —se rió Josio, mientras le palpaba la chaqueta sin forro—. ¿Guardas el abrigo de piel para el verano?

—Mis perritos también tienen que dormir sobre algo caliente. Además, ¿para qué quiero ya los abrigos de piel?; un par de días más en esta noria y luego, ¡adiós muy buenas!

Josio se ensombreció súbitamente y dijo con acritud:

—Ah, ya lo sé..., en toda la línea se rumorea lo de tu viaje a Cracovia.

—¡A París me voy! ¿Entiendes? ¡A París! —replicó, embriagándose con el sonido de sus propias palabras.

—Así que se cumplen tus esperanzas... —suspiró con dificultad Josio.

—Si uno desea algo de veras, se cumple. Y yo lo deseaba, lo deseaba con toda mi alma, con todas mis fuerzas, lo deseaba y se ha cumplido, pues de lo contrario me habría levantado la tapa de los sesos. Se ha hecho realidad; me voy dentro de una semana, dejo plantados la estación, el trabajo y a los superiores, y me abro al mundo, al mundo amplio y ajeno —exclamó entusiasta.

—Pero si París no es más que un agujero, sólo que un poco más grande que otros —murmuró Josio con desprecio.

—¡París, un agujero! ¡Vaya por Dios! ¡Pero qué dices! —gritó sonriente, golpeándose una pierna contra la otra para entrar en calor.

Mikado era un muchacho de fealdad excepcional; todo en su cara era excesivo: la nariz demasiado larga, la boca demasiado ancha, la barbilla demasiado cuadrada, la frente demasiado alta y abombada, leonina, y los

cabellos demasiado exuberantes, formando un matojo salvaje, revuelto, del color del trigo maduro. Sólo sus ojos eran bellísimos, del color del zafiro, brillantes, límpidos como los de un niño.

— ¿Y no tienes miedo? Dejarlo todo, así sin más, dejar el trabajo y lanzarte a la aventura, sin medios, sin relaciones, sin conocer la lengua. Hay que tener mucho valor.

— Ante todo, tendré cada mes cien francos durante un año, y después Dios dirá; algo de francés he aprendido, el resto lo aprenderé *in situ*. En cuanto a los conocidos, no me resultan necesarios. No voy a una fiesta, sino a trabajar y a aprender. Claro que no me falta valor, me lo juego todo a una sola carta. Pero ganaré. Aún se hablará de mí, ya lo verás.

— Seguro, de Polonia surgirá un nuevo Rafael — se rió Josio con malicia.

— Todos en la línea os reís de mí. Pues que os aproveche.

— Porque a muchos los ha arrastrado la misma idea, muchos soñaron con lo mismo y muchos se han perdido y se perderán por ello — afirmó Josio con piedad y odio al mismo tiempo.

— ¡No hay mujer, más rápido irá el carro! Nadie sufrirá por eso; prefiero morirme de hambre por amor al arte que seguir viviendo aquí, a crédito, hasta que un día se me lleven todos los diablos. No voy a llorar por los que se han perdido; a mí me interesa el mundo de los vivos. Sé lo que quiero y lo que me hace falta, y también sé que lo conseguiré, peleando con uñas y dientes, pero lo conseguiré. ¡Maldita sea! — aseguró en un tono frenético.

— Lo dices con mucha seguridad.

— Puedo permitírmelo todo, porque aún me queda todo por conseguir.

— Has ganado ya algún concurso, ¿no?

— Sí, por un cartel de polvos para matar chinches. Cincuenta rublos contantes y sonantes, y mención en diferentes periódicos. Como es de suponer, la pasta voló en un santiamén y las menciones se las mandé a mi madre, para que por lo menos, ella crea en mi fama. Pero esto fue sólo el prólogo, la salvación llegaría más tarde. Al cabo de dos semanas de la victoria, bajó del rápido un individuo de lo más arreglado y con una cámara fotográfica debajo del brazo. Balbuceó no sé qué apellido y se puso a contemplar con toda tranquilidad mi obra maestra colgada en las paredes. Yo le iba pisando los talones, como un perro detrás de una salchicha. Alabó mis dibujos; yo le mostré todo lo que tenía en ese momento, y cuando se hartaron sus ojos de mirar, me soltó a bocajarro: «Tiene usted un talento original, pero no sabe hacer la o con un canuto, está más crudo que una patata sin cocer».

Josio soltó una carcajada.

— Fue como si me hubieran dado un puñetazo en plena cara, así que fui y le espeté, de lejos: «Pues que su ilustrísima me pague el combustible, que ya me encargará yo de cocerme y servirme con torreznos de oro y todo. Porque si no me da nada, no me venga con monsergas y váyase a tomar viento». Yo estaba hecho un basilisco, incluso les silbé a los perros para que lo acompañaran hasta

la estación. El viejo rompió a reír a mandíbula batiente, y yo, contagiado, también, y el Petirrojo, que había asistido a toda la escena, se desternillaba. En una palabra, que acabamos armándola buena. El tipo no se enojó y se quedó hasta la hora del correo. Le preparé un paquete de comida y bebida por sus buenos dineros; él se llevó un par de esbozos como recuerdo y me fotografió junto a mis perros y a Marina, que arrastraba al ternero de la cola hacia el establo, y se largó con viento fresco. Me olvidé por completo de su persona, pero hace un mes, cuál fue mi sorpresa, al recibir doscientos francos que me remitió dicho individuo desde París.

—¡Parece un cuento de hadas! ¿Quién es ese individuo?

—No tengo ni la más remota idea, simplemente «un filántropo desconocido». Lo único que sé es que tengo para mucho tiempo manduca, trago y madriguera asegurados. Mira, aquí los llevo, en el bolsillo.

—Entonces, ¿aceptaste el dinero?

—Con el mayor de los placeres. No soy el héroe de una novela romántica a quien el orgullo no le permite aceptar ayuda y tira el dinero por el balcón para morir de hambre noblemente.

—Pues, francamente, te confieso que, aunque yo tampoco soy un héroe de novela romántica, no sé si lo habría aceptado. Me avergonzaría de semejante ayuda...

—¡Pelillos a la mar! Ayuda, socorro, vergüenza, son sólo palabras; el hecho es que hay dinero, hay viaje y hay futuro. Necesitaba dinero, alguien me lo ha ofrecido sin que yo siquiera se lo pidiera, y asunto terminado. El resto son rancias sutilezas de abuela.

—Quizá tengas razón, pero en esas sutilezas se basa toda nuestra cultura.

—¡Me las paso por salva sea la parte! Maldita sea, el dinero no es mi dios y no me postraré ante él a la espera de que un día me sea favorable. ¡Que lo idolatren, que lo persiguen, que comulguen con él y que con él se atraganten toda la banda asquerosa de capitalistas juntos! Un rublo es sólo un rublo y lo que con él puedes comprar, nada más. Por ejemplo, ¿a que un préstamo sí lo pedirías?

—Sí, a condición de que pudiera devolverlo.

—¿Y de lo contrario, ni un céntimo, aunque en ello te fuera la vida?

—Aunque tuviera que morirme de hambre —contestó Josio, mirándole a los ojos.

—Te tendrían que exhibir en las ferias como un extraño fenómeno. Lástima que los santos no hayan inventado la pólvora ni nada por el estilo.

—Han inventado algo mucho más importante, la moralidad.

Mikado se sentó en el diván y con los ojos llenos de sorpresa, susurró mordaz:

—¡Jesús! ¡Qué zopenco estás hecho! ¿Cómo se come eso?

—¿Cuándo te vas? —le preguntó Josio, haciendo caso omiso de sus insultantes palabras.

—El domingo. Ya he vendido todos mis trastos y, como no me da la gana pagar deudas, organizo una cuchipanda de órdago para los amigos. La última de mi vida, porque en cuanto ponga un pie en las calles de París, *adieu* vodka, *adieu* dulces chicas, *adieu* holgazanería, *adieu* todo lo que no signifique trabajo con vistas al futuro. Así me lo he jurado a mí mismo. Ven a la fiesta, estás invitado.

—¿Quién acudirá?

—Los de siempre. También habrá un barril de cerveza, un par de botellas de aguardiente y comida para dar y vender. Hasta música; he contratado a unos músicos ambulantes de la ciudad. Me han prometido tocar tres días enteros, como en una boda de verdad.

—¡Música! ¿Y chicas también?

—¡No! Sólo Frania. Si me la prestas, me hará de cocinera esa velada, porque Marina sólo sabe alimentar a los cerdos.

—Desde luego, si quieres, te la llevas hoy mismo a tu casa.

—Noto que no la valoras como se merece. ¡Es una auténtica perla! Una chica así le da quince y raya a la mujer más decente. Como se dice en Galicia, es un barbo magnífico.

—A lo mejor estás enamorado, y por eso la estimas tanto —se rió Josio irónico.

—No la amo, pero sí la aprecio mucho. Sabes, una vez quise hacerle un esbozo, porque tiene una silueta magnífica, pero se negó a posar desnuda, sentía vergüenza, siendo como es algo corriente. Bueno, entonces cuento con vosotros.

—Naturalmente, ¿también has invitado al Petirrojo?

—Aunque no le invite, vendrá de todas formas. ¿Estáis enfadados?

—No se puede uno enfadar con un bufón, pero me cargan sus chistes y sus bromitas.

—Dale un buen puñetazo y se terminaron las amistades.

—Si con ese método pudiera uno zafarse de las amistades, debería estar golpeando todo el día. ¡Con lo que veo a mi alrededor!

—¿Tú también estás cansado de nuestros afables colegas?

—Nunca disfruté en su compañía, nunca —dijo Josio con pasión—. No sabes lo mucho que he sufrido por culpa de la tontería humana. Pero esto se va a terminar pronto; el día menos pensado agarro el portante y me voy al diablo, adonde me lleven los ojos.

Se quedó callado; al cabo de un rato volvió a tomar la palabra, pero de un modo tranquilo, como con displicencia y con su habitual arrogancia de gran señor.

—París ya no me tienta, te lo regalo, es bueno para los artistas o para los delincuentes internacionales. Yo aspiro y necesito horizontes más amplios, me atraen los océanos, y es muy probable que me vaya a México, a ver a unos amigos que ya hace tiempo que me aguardan. Son unos grandes hacendados,

diez mil morgas⁹ de campos de maíz, inmensos criaderos de ganado, plantaciones de cactus, cacerías de pumas, una vida casi feudal, puesto que pertenecen a una rancia y aristocrática estirpe española. Allí respiraré y me olvidaré de este país pestilente e infestado de judíos, allí disfrutaré del cielo cálido, rodeado de amigos...

Se arrobaba al relatar tales excelencias, se embriagaba con sus propias palabras, encendido como una antorcha, sin advertir la sonrisa burlona de Mikado, quien le declamó al final con cómica exageración:

En la punta de la roca
Un castillo había
Y un noble sombrío en él vivía
Qué comía, bebía y dormía.

—Ya amaina —dijo Mikado, corriendo hacia la ventana—. Ya flojea el viento. Tengo que llegar a casa antes de que nos ataque un nuevo paroxismo de nieve. Mañana ya me despido del trabajo. Hasta el sábado, y no te olvides de Frania.

—Te la llevaré, en desquite, como una ciruela en un tarro.

—Prensada serviría para hacer compota —dijo, y se fue a todo correr hacia el tren de mercancías, que en medio de la barahúnda, se aprestaba a salir.

—¡Palurdo! ¡Analfabeto! ¡Un genio que mendiga! —escupió Josio con desprecio—. Por qué habré abierto mi alma ante un payaso semejante —se decía para sus adentros al recordar la mirada irónica de Mikado—. Me ha calado como a través de una lupa.

Estaba furioso contra sí mismo por haberse dejado llevar por sus pasiones de un modo tan fácil como innecesario. Él, que siempre se había escudado ante los demás mediante la frialdad y la arrogancia; incluso si alguna que otra vez se había jactado de sus numerosas relaciones y relatado las múltiples aventuras vividas en los viajes, lo había hecho como defensa frente a la mísera realidad de su entorno, frente a su existencia gris y rutinaria, y frente a su eterna e insaciable melancolía. Además, en el fondo de su alma estaba sinceramente persuadido de que algún día habría de vivir todas sus fantásticas historias.

—¡Lo propagaré a los cuatro vientos, por toda la línea! —se repetía amargamente, corriendo de un lado a otro de la habitación.

Era tanto su tormento, que ni siquiera se percató de que el rápido había hecho su entrada en la estación.

Abrió la ventanilla casi con aversión, pero al advertir las manos regordetas de la señora presidenta, se deshizo en sonrisas y cumplidos en francés.

Por supuesto, al resto de pasajeros siguió tratándolos con soberbia y desprecio.

⁹ Morga, medida de superficie equivalente a 5600 m². (*N. de la T.*)

En cuanto hubo salido el tren, apareció el jefe en el umbral de la oficina para anunciarle que había arreglado al señor presidente un compartimento separado en primera clase hasta la misma Varsovia, ante lo cual Josio se limitó a gruñir, dándole la espalda. Empezó a tamborilear con los dedos contra los cristales, al mismo tiempo que contemplaba el andén, donde el viento, tras una breve pausa silenciosa, se había intensificado y miles de copos saltaban por los aires para velar el mundo con su blancura esponjosa.

—Sabe, han suspendido a Kolankowski. Hace un momento que ha llegado el telegrama —comentó el jefe de estación.

—Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe.

—Lo han degollado como a un cordero. Según cuentan, ha sido su auxiliar quien lo ha denunciado.

—Es natural, pues él se llevaba la parte del león y al otro le daba las sobras.

—¡Pobre chico! De ésta no se libra, que ya es la segunda vez, pero él mismo tiene la culpa. Fiesta para aquí, fiesta para allá, viajes al extranjero, vestidos a granel para la hija... Claro, llamaba la atención, y mira que se lo advertí. ¡Si ganaba al año novecientos rublos y se gastaba diez mil!

—De lo que tiene la culpa es de haberse dejado pillar.

—Uno puede hacer, pero con cuidado, con guantes...

—Hasta robar —espetó Josio con aprobación astuta y falsa.

—Depende de lo que uno llame robar —prosiguió el jefe.

—O para ser más exactos, habría que ver cómo califica esa clase de actos el código penal.

—Porque todo, querido amigo, todo, es relativo —afirmó el jefe.

—Estoy convencido de que si los empleados de ferrocarril hubieran elaborado el derecho penal, no estaría permitido ni siquiera utilizar un término tan eufemístico como malversación —ironizó Josio.

—Es fácil bromear sobre los problemas de los otros; cuando usted tenga mujer e hijos, ya hablaremos.

—Explicar se pueden explicar muchas cosas, pero un robo es un robo.

El jefe de estación hizo una mueca de desagrado y, con aire de inquietud, miró por la ventana hacia la tormenta, que volvía a arreciar.

—Seguro que a la altura del bosque, las zanjas ya deben de estar repletas de nieve —dijo Josio.

—Desde esta mañana temprano están quitando la nieve, pero no se puede con una tempestad así; me da lástima de la gente... Oiga, Josio, venga a merendar con nosotros. Estará también la señorita Irene.

Josio le siguió, incluso con agrado, hasta el primer piso de la estación.

La vivienda del jefe de estación era amplia, clara y cálida; de todas las ventanas pendían numerosas jaulas de diversas formas, con canarios, tórtolas y ardillas. Un cuervo, ya canoso, se balanceaba sobre un aro de metal; los perros holgazaneaban encima de los divanes y sillones, en tanto una urraca ciega se paseaba por la alfombrilla.

Y todos, a la señal de bienvenida de su amo, empezaron a cantar, arrullar, graznar y ladrar.

—¡Stanislaw, que me vuelvo loca! —gimió la señora de la casa, que estaba sentada a la mesa junto a un samovar humeante.

El hombre silbó con firmeza, y todos callaron; únicamente los perros siguieron brincando a su alrededor, ladrando alegremente.

La esposa del jefe de estación era una rubia sonrosada y regordeta. Todo en ella era redondito, incluso la boca parecía una alianza de carmín; le ofreció a Josio una cordial bienvenida:

—¡Siéntese usted! ¡A callar, *Amarilla!* ¡*Brys*, no te muevas! No le harán daño, se lo prometo —decía hablando alternativamente a los perros y a Josio.

—Siempre tengo mis dudas respecto a eso. Hoy está usted muy guapa, señora.

Y le besó la mano blanca y gruesa.

—Sí, sí, tan guapa como para que me entierren. Tengo que ir uno de estos días al especialista, porque nuestro médico, el de los ferroviarios, no es más que un curandero; ni siquiera ha sido capaz de diagnosticar mi enfermedad. Irene dice...

—La señorita Irene también tiene sus veleidades —intervino el jefe, atareado con el fonógrafo que se hallaba en el alféizar de la ventana.

—Irene asegura que el único remedio eficaz contra las enfermedades nerviosas es el mar...

—Sí, Ostende o Biarritz —sugirió Josio.

—Algo así me salvaría, pero en fin...

Y el resto de la frase se desvaneció en un penoso suspiro. La señora empezó a servir el té en los vasos, no sin antes preguntarle a Josio si le gustaba fuerte, a lo que éste asintió con la cabeza.

Abrió el grifo del samovar y mientras ponía los vasos debajo de él, dijo:

—Por ejemplo, Ciburski, el de Rudek, todos los años envía a su esposa a tomar las aguas. Este año ha ido incluso a Marienbad. Si bien es raro que puedan permitírselo, teniendo a su cargo una estación tan pequeña.

—Al parecer, ella tenía una buena dote —intervino Josio con descaro.

—¿Y usted se lo cree? Andan propalando adrede esa historia de la dote para que nadie les eche el guante, pero se cuentan muchas cosas de ellos.

—¡María! —le advirtió su marido, sentándose a la mesa.

—Repito lo que se rumorea en toda la línea desde hace tiempo.

De pronto se oyó un gran estruendo procedente de la habitación contigua.

La señora se lanzó en esa dirección como una fiera.

Insultos, bofetadas, y la muchacha salió corriendo con las manos sobre la cara. Al cabo de unos instantes, reapareció la señora con el samovar, serena y sonriente como de costumbre, seguida por una banda de niños vestidos con el uniforme de ferrocarriles, a los que sentó a la mesa.

—Pero ¿qué ha pasado ahora? —le preguntó su marido.

—Nada, que Jurek, en broma, le ha tirado del cabello, y la muy burra se ha atrevido a pegarle. Pietrek, llama a la señorita Irene —ordenó al sirviente—. Es un castigo de Dios tener en casa a esas mujeres.

—¡Yo sólo le he tirado del cabello y ella me ha pegado! —aseguraba un niño.

—No es verdad, papaíto, le ha clavado un alfiler —gritó otro de los niños.

—¡Silencio! Misia, ¡tú no acuses a nadie! Jurek, ¡no te metas el dedo en la nariz!

—¡Mamá! ¡Halina ha cogido el pedazo de pastel más grande! —volvió a la carga otro.

—¡Esto no se puede tolerar! ¡Pietrek, tráeme la correa! —vociferó el jefe de estación.

Josio sorbía el té, mirando de reojo, con aire malévolo, aquel nido familiar. Entró una mujer alta con un cuello larguísimo, unos binóculos sobre la nariz rapaz y un libro en la mano, todo lo cual le daba un aire de pavo asado.

Los perros iban detrás de ella, gruñendo.

—¡Desagradecidos! —les dijo con voz nasal, mientras saludaba a Josio.

—Los ceba usted y luego se queja —farfulló el jefe de estación.

—Me dirijo a ellos con cortesía y afecto, igual que si fueran mis subordinados, y ellos, nada, que siempre les apetece mis muslos —se rió Josio.

—¡Halina, no te metas la cuchara en la nariz! —atronaba la madre incansable mientras repartía bollos, besos y bofetadas entre aquel rebaño de niños.

—¿De qué libro se trata? ¿Puedo? —preguntó Josio, mirando la cubierta.

—¡Mi evangelio, Tetmajer!¹⁰ —respondió la dama con énfasis.

—Poesía, esto es harina de otro costal —comentó Josio, y cerró el libro de inmediato.

—A usted le gustaría más Montepin,¹¹ ¿no es cierto?

—Señor Josef, es poesía de Tetmajer. Todos lo alaban. Irene lo conoció en Zakopany y han entablado correspondencia. ¿No lo ha leído todavía?

—Lo he leído, es magnífico, pero prefiero a Mickiewicz* —mintió sin tartamudear siquiera.

—Mickiewicz, Slowacki,* Krasinski,* ¡tres momias! ¡Por Dios, quién se ocupa ahora de ellos! Eso es literatura para los curas párrocos. Yo sólo reconozco la poesía actual, ambiental y simbólica, poesía penetrada de un misterio amenazador, poesía llena de lo inefable e inconcebible, que...

—Que hasta los pelos se ponen de punta, y el delirio tiembla temeroso —apuntó Josio con seriedad.

¹⁰ Kazimierz Tetmajer (1865-1940), poeta y novelista polaco, de tendencias modernistas. (*N. de la T.*)

¹¹ Xavier de Montepin (1823-1902), escritor francés de corte folletinesco. (*N. de la T.*)

*Adam Mickiewicz (1798-1855), Juliusz Slowacki (1809-1849) y Zygmunt Krasinski (1812-1859), los tres grandes poetas del Romanticismo polaco y europeo. (*N. de la T.*)

—¡Y uno coge el portante y se va a Riga! — se burló con grosería el jefe de estación.

La señorita Irene se ajustó los binóculos y, dirigiendo hacia los hombres su nariz prominente y morada, siseó despectiva.

—Para ustedes, lo único santo es el horario de trenes, es comprensible.

—Y las circulares de nuestros superiores —añadió Josio.

Después, a fin de suavizar la situación, éste dijo en un tono diferente, casi humilde:

—Estamos de servicio catorce horas al día y...

—¡Eso no significa nada! —le interrumpió la señorita Irene con altivez—. Siempre se puede sacar tiempo para cultivar el alma; lo que ocurre es que ustedes prefieren las cartas, la caza y la cantina de la estación...

—Y para postre, a damas de la ralea de Frania y Marina —agregó malintencionadamente la anfitriona de la casa mientras le restregaba la nariz al menor de sus hijos.

El jefe de estación se puso a jugar con los perros, y Josio empezó a hojear el libro de poesía, hasta que se detuvo en un pasaje.

Y recitó en voz alta:

Me gusta cuando una mujer me...

Sin embargo, apenas hubo recitado un par de versos, la señora de la casa gritó molesta:

—¡Puaf! ¡Qué asco! Da vergüenza oír algo semejante.

—Pues es del evangelio de Irene, e incluso está subrayado en lápiz y parece sucio de tanto como lo han besuqueado —aclaró con sorna Josio.

—Un poema muy hermoso, muy conmovedor y muy audaz. Hay que acabar de una vez por todas con el falso pudor y el aislamiento de la mujer. ¿De qué os escandalizáis? ¿De la expresión sincera y profunda de los sentimientos? Los sentidos tienen pleno derecho a manifestarse, y éste será el culto del futuro. Debemos liberarlos de la oscuridad de las alcobas y exponerlos a la luz del día. El amor libre es una religión —peroraba, ajustándose constantemente los binóculos.

—«Catalina detrás de la estufa y Maciek detrás de Catalina» —canturreó el jefe, quien fulminado al instante por la mirada de su mujer, trató de explicarse—. Sólo quería mostrarle a la señorita Irene cómo entienden los campesinos el amor libre. De otra forma se llamaba entonces, pero bueno, ya me callo, ya me callo.

Hizo un ademán con la mano y se ocupó de nuevo del gramófono.

Fuera como fuese, Irene estaba ya lanzada: soltó una sarta de extravagancias sobre el amor libre, la opresión de la mujer y el futuro sistema, disparando, como una máquina, citas extraídas de asambleas y folletos de propaganda, títulos de libros y nombres de autores. Al principio, Josio intentó

llevarle la contraria, pero aplastado por el fervor de la mujer, derrotado por su elocuencia y salpicado de saliva, se retiró contra la pared y, casi con desesperación, exclamó suplicante:

—¡Pero si yo estoy por la igualdad de derechos de la mujer! ¡Estoy de acuerdo con usted, Irene! ¡Le doy mi palabra de honor! ¿Amor libre? ¡Pues claro que sí, en todo!

De repente, el gramófono vomitó desde su garganta metálica un torrente de ruidos malsonantes e inauditos, acompañados por el graznido ominoso del cuervo, los arrullos medrosos de las tórtolas y los chillidos de los pájaros. A su vez, las ardillas parecían haber enloquecido y se golpeaban contra las rejas de las jaulas, los perros aullaban y los niños tamborileaban con las cucharillas sobre los platos y vasos.

La anfitriona, embargada por un temor súbito, se quedó sentada con la boca abierta de par en par, mientras la señorita Irene, cuyos binóculos habían resbalado y caído al suelo, permanecía inmóvil, como transformada en una columna lívida por el enojo, el espanto y el desprecio.

—¡Va, vámonos antes de que recobren la conciencia! —le gritó el jefe a Josio.

No pararon hasta llegar frente a la taquilla de la estación, muertos de risa.

—Lo he salvado. ¿Ha visto cómo se ponía Irene lívida de enojo?

—Pero ¡cómo chirría ese gramófono! No se lo va a perdonar.

—Mejor, así dejará de visitarnos. Le pone la cabeza como un bombo a mi mujer; después de cada una de sus visitas, sufro en casa un infierno.

—Está absolutamente chiflada. Un ejemplar interesante, muy interesante.

—La puede tomar usted para llevar a cabo un estudio minucioso desde todos los puntos de vista.

—Es una mujer instruida; una vez Soczek me comentó que también posee una dote considerable.

—Y ya peina canas, como se dice vulgarmente. Lo aceptaría a usted de muy buena gana. Me juego la cabeza a que con todo lo feminista contumaz que dice ser, le pondría con la máxima ternura hasta las zapatillas.

—Gracias, prefiero irme haciendo un hermoso baúl para el viaje.

—Porque es más fácil librarse de él que de una «caja» semejante. Mire, de nuevo el temporal. Maldita sea, se va a armar una buena en los trenes.

—Pero gracias a ello descansaremos como personas —afirmó Josio, volviendo a su labor en la taquilla.

«Nadie más vendrá a molestarme», pensó.

A causa de la tempestad que arreciaba por momentos, la estación se había quedado completamente vacía.

IV

De la línea, seguían llegando malas noticias acerca de las muchas tormentas de nieve y de las interrupciones del tráfico ferroviario; los trenes reptaban penosamente, circulaban con escasa frecuencia y con importantes retrasos.

Caía veloz el crepúsculo; el mundo se sumía en una tenebrosa niebla azulina.

La ventisca golpeaba con gran fuerza, arrancando los tejados, reventando la madera, desenfrenada en sus aullidos y en sus silbidos penetrantes, salvajes.

Trepidaban los muros de la estación por el constante acoso del viento. El mundo entero parecía un inmenso torbellino que volara, haciendo todo pedazos, hacia un cielo oscuro, bajo, amenazante en su silencio agorero.

La comunicación con la ciudad había sido cortada, y la estación, prácticamente aislada del mundo, negreaba solitaria al atardecer, como una roca en medio de un océano embravecido de olas de nieve, blancas y espumosas.

No tardó en dejar de funcionar también el telégrafo, ya que el temporal había arrancado de cuajo los postes y los cables; sobre los raíles se iban formando montañas de nieve, y los trenes permanecían parados. El último en poder llegar fue un expreso que hubo de ser arrastrado por dos máquinas de reserva; apareció cubierto de nieve por completo, como una montaña blanca iluminada aquí y allí por ojitos de luz.

A pesar de la nieve y del viento, que lo empujaban contra los muros, Josio se paseaba a lo largo de la vía mirando por las ventanas del tren con una esperanza sólo conocida por él.

—Su princesa misteriosa está en el vagón restaurante —le gritó al oído el jefe de estación.

Una fiebre de contento estremeció a Josio de los pies a la cabeza; se acercó a una de las ventanas y miró al interior. Sí, era ella; era la sombra fugaz con la cual había soñado y hacia la cual corría con el alma anhelante. Era esa dama enigmática, que sin embargo, él conocía de los expresos, de los viajes por el mundo y del regreso de esos viajes.

Se hallaba sentada junto a una distinguida anciana y, cuando ella lo vio bajo la luz del vagón, le sonrió tan amable como siempre; Josio se llevó la mano a la gorra de modo inconsciente, clavando sus pupilas ávidas en la mujer.

Probablemente, ella le habló de su persona a la vieja dama, porque ésta miró hacia él con una sonrisa indulgente. Josio se dijo a sí mismo, en voz bajita, loco de alegría:

—¡Me ha reconocido! ¡La princesa me ha reconocido!

Sacudido por el viento y cubierto de nieve, permaneció como hipnotizado, sin apartar su mirada encandilada de la princesa.

—¡Te esperaba! ¡Te esperaba! ¡Te esperaba! —suspiró, henchido el pecho, los ojos chispeantes. El deseo le daba alas a su absurda esperanza, y su fantasía lo llevaba hasta el séptimo cielo como en un carro cubierto de flores.

En los labios de la princesa volvió a asomar una sonrisa angelical; el cristal de la ventana bajó ruidoso, y ella quiso decirle algo, pero el viento le dio en pleno rostro y se retiró con un grito alarmado. El servicio cerró la ventana y corrió los pesados cortinajes de lana.

A Josio le invadió una noche impenetrable, como si se hallara sumergido en el mismo fondo de la tormenta, pero en este preciso momento, le deslumbró, cual rayo milagroso, la imagen de la princesa, que avanzaba por el corredor del vagón. Contempló su figura altiva, envuelta en pieles blancas; andaba algo encorvada como bajo el peso de su melena, negra y abundante. A medida que ella iba pasando, él la contemplaba sonriente por las ventanas.

Iba tras ella, tras su mirada, tras su sonrisa enigmática, como un fantasma, estremecido por un vago presentimiento. Ella se detuvo por fin a las puertas del vagón, frente a él, que no daba crédito ni a sus ojos, ni a su suerte. Pudo oír su voz, dulce y cantarina, y después de echar una ojeada a su alrededor para comprobar si había alguien, la joven se atrevió a acercársele, casi con miedo:

—¿Por qué estamos parados tanto rato? —le preguntó ella.

Josio no podía articular palabra, tenía un nudo en la garganta y el rubor le cubría el rostro.

La princesa blanca volvió a sonreír y, enarcando sus cejas, negras y auténticas, fijó en él sus grandes ojos violetas, y preguntó imperiosa:

—Pero ¿llegaremos a la frontera o no?

—Con plena seguridad, aunque con un poco de retraso —le contestó él con la voz ronca por la emoción.

Se miraron largo rato, y al percibir una adoración tal en los ojos de Josio, a la princesa le temblaron los labios y una sombra rosácea cruzó su semblante, pálido, divino.

Se arropó en el abrigo.

—¿Y no se nos tragará la nieve por el camino?

—¡No! ¡Por favor!

—Bueno, gracias, señor.

Y se quedó parada, como si aguardara una respuesta; enarcó de nuevo las cejas, dos arcos intimidatorios, pero en sus ojos se leía la benevolencia y una cierta expectación.

¡Qué le podía hacer! Josio se había quedado sin saber qué decir. Miles de palabras y pensamientos acudían a su cerebro y le afloraban a los labios, aunque sin éxito. Sus ojos, llenos de amargura, se postraban ante los pies de la princesa blanca con un himno idólatra, el corazón le latía enloquecido, pero no podía articular ni un sonido. Ella sonrió una vez más y desapareció...

Josio maldijo su timidez y su ineptitud; no podría perdonarse esa oportunidad perdida, tal vez para siempre.

—Me he quedado frente a ella, como un muñeco de nieve. ¡Hay que ser cretino! — se decía a sí mismo, demasiado tarde para poder hacer nada, pues el tren ya había empezado a moverse.

Josio lo siguió con la mirada hasta que se esfumó entre las tinieblas y en la nieve.

—¡Toda una hazaña coquetear con este tiempo inclemente! —le gritó el jefe de estación.

—Apareció y desapareció. ¡Como un sueño! —reflexionaba Josio en medio de la tempestad, con el corazón transido de pena y los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Vaya preciosidad! ¡Una mujer de bandera! ¡Unos pechos como un colchón de muelles! —comentó el jefe de estación.

Josio se volvió de inmediato hacia él y le dijo con acritud:

—Yo que usted no habría dejado partir el tren, puede quedarse atrapado en la nieve.

—Mejor, así tendrá usted la posibilidad de salvar a su princesa. —Se echó a reír, huyendo de la tormenta.

Josio regresó a la taquilla, dio órdenes a los subordinados y se dirigió al telégrafo.

—¿Qué tal está la línea en la frontera?

—Ya se ha atascado en la vía un mercancías, y habrá más...

—¡Ojalá se abra paso el expreso hasta Rudek! —murmuró Josio para sí.

—Se quedará atascado a la altura del bosque. El jefe de estación se ha empeñado en dejarlo partir y se le va a caer el pelo por eso.

Josio corrió hacia el andén y, a pesar del frío desgarrador y de la nevisca que le azotaba el rostro, pegado a la carbonera de la estación, contempló la oscuridad agitada e inquietante del mundo.

En lontananza, como suspendidos en el aire, titilaban las luces de los discos de señalización.

—¿Sabe si el expreso ha llegado a su destino? —volvió a preguntar intranquilo.

—No lo sé, porque se ha cortado la línea telegráfica, pero en principio debería estar a punto de llegar.

El tiempo se alargaba atrozmente.

Josio deambulaba por la estación con una febrilidad y un temor cada vez mayores, pero al mismo tiempo, en su corazón iba creciendo una dulce y embriagadora quimera: el expreso se encontraba hundido en la nieve, oía un grito desgarrador que traspasaba incluso el temible huracán que les atacaba; entonces él acudía en su auxilio a despecho de la noche y del temporal, gritando:

—¡Princesa, soy yo! ¡Princesa!

Y con todas sus fuerzas, vencidas todas sus debilidades, barría montañas de nieve, arañaba el cuerpo de los vagones, demolía obstáculo tras obstáculo,

buscando entre los escombros, buscando incansablemente. El grito de socorro parecía cada vez más cercano y más débil al mismo tiempo. Una especie de locura se había apoderado de su ser; luchaba con un frenesí absoluto hasta que por fin hallaba a la princesa.

Yacía blanca, preciosa, desmayada; la tomaba en brazos, arrebatada ya de la muerte, y la transportaba muy lejos, a un mundo dorado.

—¡Princesa, soy yo! ¡Princesa! —gritaba con un sentimiento contradictorio de esperanza y desesperanza.

La princesa blanca abrió sus ojos color violeta, le sonreía con dulzura y le susurraba con su voz baja y melodiosa, abrazándose a su pecho:

—¡Gracias, señor! ¡Gracias!

Josio ya se sentía morir ante esa inefable felicidad.

—Está usted temblando de fiebre. A lo mejor le iría bien un vodka bien fuerte con unas lagrimitas... —le preguntó la voz real de un conocido.

Volvió en sí y vio que se hallaba frente a la barra, ante una sonriente señorita Marina, que le servía una copa de aguardiente.

Se tambaleó como si su sueño hubiera recibido una bofetada.

—¿Qué le pasa? Vaya usted detrás del mostrador, le prepararé un vodka de miel, se lo tomará tranquilamente y yo iré después a hacerle compañía —le propuso Marina, mirándolo a los ojos.

—¡El jefe necesita al taquillero en su despacho! —gritó alguien en la puerta.

Josio se fue a toda prisa.

A pesar de lo avanzado de la hora y de la inclemencia del tiempo, en la estación reinaba la agitación y el bullicio. La gente corría nerviosa de un lado para otro y se oía un castañeteo fuerte y sordo, procedente de las máquinas recién sacadas del depósito.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Josio al jefe de estación.

Un trabajador se estaba calentando junto a la estufa las manos amoratadas, entumecidas, mientras contaba en voz alta:

—Y ya nos estábamos abriendo paso, cuando de repente se descompuso como una vaca preñada y nada... parados. Los pasajeros hasta aullaban de miedo. El ordenanza me llama y me dice: «Vete corriendo y dile al jefe de estación que te prepare comida y vodka para esta gente, que el tren hasta mañana seguro que no lo sacaremos». Empecé a correr como alma que lleva el diablo. Pero con este viento y estas nevadas, perdí la orientación y me dije a mí mismo: lo vas a pasar mal, desgraciado...

—He puesto un telegrama esta mañana; hay que defender la trinchera con todas nuestras fuerzas —declaró con voz severa el director de la sección—. Entonces, ¿habéis dejado a la gente en esa hondonada?

El trabajador se apartó de la estufa y contestó con descaro:

—Pero si hasta el amanecer doscientos cristianos se las vieron y se las desearon, pero todo en vano, porque sacabas una paletada de nieve y el viento te devolvía otra.

- Señor Josef, ¿quiere ir usted a la línea? —le preguntó el director.
— Con mucho gusto, no he visto nunca un tren sumergido en la nieve.
— Ahora mismo preparamos las máquinas. Se ocupará usted de la distribución de alimentos.
— ¡Y salvará usted a su princesa! —añadió en voz baja el jefe de estación.

V

Sin necesidad de escuchar nada más, se fue corriendo a casa, se puso las botas altas y la zamarra, y le dijo a Frania, quien le miraba con franca extrañeza:

— Me voy a la línea, no volveré hasta mañana.

La chica se le echó al cuello con una queja lastimera:

— Otra vez sola.

— ¿Qué te pasa? ¿Ya te empiezas a aburrir por aquí? Tengo que ir a ver un tren hundido en la nieve, tengo...

— Y yo temo que la gorda de abajo me monte algún nuevo escándalo.

— ¿Aquí en casa?

— No, pero me he tropezado con ella en la escalera y me ha insultado con unas palabrotas que más me vale no repetir. Ésta no se la paso, y como se vuelva a meter conmigo, la agarro por el moño. No me voy a dejar maltratar por una zorronga así. Yo ya sé lo que le pica, está celosa por usted.

— ¡Vaya problema el tuyo, mujer! Sólo me faltaba eso.

— Es verdad, le tiene ganas.

— Pues tírala escalera abajo, a ver si se enfría un poco.

— Se va a acordar de mí. ¡La gran señora! Sirvió en casa del jefe de estación, y ahora se da unos humos... como si fuera la mujer del presidente. Guarra, más que guarra, apesta de puro sucia, con las sayas hechas un harapo. Se va a acordar de mí. La oficinista, la gran figura, la voy a meter en vereda a palos. Ni que yo fuera una inclusera. Se ha cebado de tanto comer el pan de su marido, igual que una cerda se ha puesto, y ahora le pica la cosa y tiene ganas de juerga.

Frانيا gritaba de un modo caótico y con una furia cada vez mayor, hasta que Josio la besó y la calmó como pudo. Cuando éste ya estaba a punto de alcanzar la escalera, le anunció en voz alta:

— Anda, no me armes más líos, y el sábado iremos juntos a casa de Mikado a tomar unas copas.

— ¿Sí? ¿De verdad? — exclamó Frania, corriendo alegremente tras él.

Pero Josio ya no le prestó atención.

Se alejó deprisa y sin hacer caso de la presencia de Sofía, que acechaba por la puerta entreabierta, se plantó en un santiamén en la calle; se abrió paso entre la nieve y montó en el vagón, que ya lo aguardaba sólo a él y al que seguiría

otro, un furgón, cargado de alimentos, palas y gente.

—¡En marcha, señores! —gritó a guisa de saludo a los maquinistas.

La máquina arrancó el vuelo como un pájaro y se hundió a todo vapor en la tormenta; bajo las ruedas manaban torrentes de nieve y se alzaban nubes arremolinadas, blancas. Avanzaban con un silbido penetrante, y a su paso hacían trizas todos los cúmulos de nieve. Aún la estación se divisaba a sus espaldas, cuando un súbito huracán de vientos desenfundados cayó sobre ellos, les raptó con sus millares de garras dementes y les arrojó al fondo mismo del temporal, en medio de un caos convulso de sacudidas y gemidos violentos. A cada instante, les golpeaban con saña torbellinos como vigas de hierro; a cada instante, se levantaban por doquier tropeles de olas blancas, que les bañaban con sus aguas intempestivas y heladas; a cada instante, corrientes etéreas les azotaban, les devoraban los ojos, les fustigaban los rostros, les cortaban el aliento, bregaban con la máquina y les acosaban con su aullido enfurecido.

Y no obstante, la bestia metálica seguía adelante, precedida del resplandor de sus faros rojos y ciegos, levantando espuma blanca con sus ruedas y émbolos. En medio de un zumbido sordo, cruzaba la tempestad, aullante como una manada de lobos hambrientos; cruzaba las nieves alteradas; cruzaba la ofuscación que se derramaba con voz indómita sobre el mundo.

—Durmiendo a gusto, ¿no? —le gritó el maquinista a Josio.

Aunque el viento lo empujaba a responder, Josio guardó silencio, como si se hubiera atragantado. Permanecía agazapado sobre el tender, con la mirada perdida en el paisaje enfebrecido. De vez en cuando, el auxiliar del maquinista giraba la llave del horno y echaba carbón en sus fauces ardientes; entonces, merced a su resplandor rojizo, similar al fuego de un cráter, se reflejaban sobre el terraplén las siluetas de las casas campesinas y de los árboles en lucha desesperada contra los elementos. Pero tan pronto rechinaban las llaves al cerrarse, todo se desvanecía como una aparición y de nuevo avanzaban por una noche cerrada, impenetrable, en un espacio caótico que huía a sus espaldas violentamente. No había cielo ni tierra, sólo un terraplén negro y confuso, igual que el abismo insondable de un volcán.

El maquinista, sentado e inmóvil como una escultura de bronce, tenía puesta la mano sobre la manivela y, aunque parecía absorto en la contemplación de aquella opaca lejanía, cuidaba en todo momento del manómetro, de cada uno de los virajes del trayecto, de todas sus subidas y bajadas. Así que seguían adelante, y sólo de cuando en cuando reducía la velocidad para retomar fuerzas y después lanzarse vehemente contra las montañas de nieve que yacían sobre los carriles, para arrancarlas de raíz y aplastarlas.

—¡Maldita sea, nos hemos atascado en una zanja! —exclamó cuando el tren acabó por atorarse en un montón de nieve.

Les iba pisando los talones el silbido largo y repetido de otro tren invisible; eran silbidos que les llegaban lejanos, exhortantes, desesperados, y que la

tempestad terminaba por apagar del todo.

—Si ha sido Soczek quien ha amarrado el tren, nos vamos a quedar parados hasta el amanecer —gritaba el maquinista.

Finalmente, lograron salir de la hondonada y alcanzar la altura del terraplén. Avanzaron de nuevo y atravesaron como un rayo un puente largo y enrejado. El tren aminoró la marcha cerca de los bosques, donde era menor la fuerza del viento, aunque mayor la espesura de la nieve y la polvareda negra que se levantaba.

—¡Nos pondremos como el betún! —se lamentó Josio.

—Vaya usted a pie, que llegará más rápido. No le retengo —le respondió el maquinista.

Josio no contestó nada; se quedó mirando fijamente un poste, después la oscuridad, pues le seguía pareciendo que, en algún punto de la vorágine nevada, brillaban unos ojos violetas, unas manos blancas se tendían hacia él y una voz baja, melodiosa, gritaba en su dirección: «¡Socorro! ¡Sálvame!».

Se asomó por milésima vez con la intención de saltar a la tempestad, pero la mirada irónica del maquinista le hizo recobrar la conciencia.

Por fin, alcanzaron los bosques. Espumosas crines blancas llenaban las largas hondonadas. La máquina marchaba con lentitud y cautela crecientes, con silbidos cortos, preceptivos. A través de la nevisca, podían vislumbrar algo semejante al resplandor de unas hogueras, y el viento les traía algunos ecos lejanos de gritos y llamadas.

El huracán rugía y se revolcaba sobre las cimas de los bosques; los árboles entonaban un canto guerrero, ominoso, sacudiéndose con violencia, inclinándose hasta tierra, fustigando con sus ramas, para erguirse después relajados, amenazantes, similares, en medio de las brumas, a gigantescas sombras vacilantes. A veces se dejaba oír un trueno, a veces uno de los gigantes se derrumbaba hecho pedazos; otras, volaban por encima de la máquina ramas arrancadas y callaba de repente el temporal para ceder el paso a la melodía solitaria y lúgubre de los bosques. Era como un lamento agónico de destrucción y de muerte.

Arribaron a su destino; la máquina de vapor chillaba como la sirena de un barco y se movía trabajosamente, con prudencia, ya que frente a sí, en lugar de la señal acostumbrada, se divisaba un gigantesco arco de llamas rodeado de humo, chispas y nieve.

Josio, sin esperar a que la máquina se detuviera, saltó a tierra y corrió hacia el tren, parado a unos cuantos metros.

Las antorchas, alimentadas con petróleo y clavadas a ambos lados de la zanja, humeaban fúnebremente, como sobre una tumba negra y semicubierta de nieve; los pasajeros, apenas visibles en la distancia, deambulaban a su alrededor. El viento silbaba y barría sin tregua, formando remolinos, que estallaban con un sonido amedrentador. El guarda corría de aquí para allí, daba órdenes, amenazaba, pero ya nadie tenía ganas de escucharle. Todos se movían

somnolientos, ateridos de frío, extenuados. Además, no era posible oír ni una sola de sus palabras, porque la tormenta arrasaba todo, cosas y sonidos, y a cada paletada de nieve extraída respondía con un nuevo torbellino.

El tren naufragaba por momentos.

Sólo algunos vagones seguían iluminados; la mayoría estaban cubiertos hasta el techo; la máquina se hallaba enterrada por completo en la nieve y lo único que sobresalía era la chimenea, todavía humeante a intervalos.

Al cabo de un par de horas de lucha agotadora, vencieron los elementos.

La gente se rindió y abandonó aquel trabajo inútil; se agazapó bajo los vagones, mientras las antorchas se iban apagando.

A unas se las llevó el viento. Otras titilaron unos instantes más en medio de la tormenta, como sangrientas teas de guerra, hasta extinguirse por completo.

Sin embargo, en el tren hundido bajo la nieve reinaba la más absoluta calma.

Josio había conseguido llegar hasta el corredor y echaba ojeadas tímidas a los compartimentos, casi vacíos, ya que la mayoría de los pasajeros se había refugiado en el vagón restaurante, adonde a Josio le faltó el valor para entrar.

Salió al exterior y desde el terraplén miró por la ventana.

La princesa blanca estaba sentada en medio de un numeroso grupo de amigos, que parecían divertirse de lo lindo: chocaban las copas en interminables brindis, se reían sin parar; sus rostros brillaban de felicidad, mientras los camareros daban vueltas a su alrededor con las botellas envueltas en pulcras servilletas y las escanciaban una y otra vez.

Arabescos de hielo bordaban los cristales de las ventanas, de modo que, a través de esta placa helada, Josio pudo ver con relativa nitidez cómo un caballero obeso con una copa en la mano se dirigía a la princesa, cómo brindaban y cómo ella alzaba hacia él sus ojos color violeta con una sonrisa extrañamente feliz.

—¡Y yo, que soñaba y soñaba! — se incriminó Josio ante su propia alma.

Agachado en medio de la tempestad, cubierto por la nieve, azotado por el viento, parecía un perro callejero, que, con los ojos puestos en la ventana iluminada, implorara el amor de la princesa.

Ella estaba ahí, como un prodigio, un sueño.

Y como en un sueño, más allá del cristal helado de aquel lago embrujado, espejeaba su faz de cejas reales, de labios púrpura, de inmensos ojos color violeta y de cabellos negros trenzados sobre la frente.

En este sueño quimérico e irrealizable, su princesa blanca le sonreía con dulzura desde una gruta de oro y flores, de sol y alegría, ignorante de la existencia de cercanas tormentas, de huracanes, de un mundo estremecido por el miedo, de unos ojos soñadores que le suplicaban con muda idolatría.

Súbitamente, una nube de nieve pasó por encima de Josio y fue a estrellarse contra el vagón, ocultando a la vista las ventanas. El joven se incorporó, como si hubiera vuelto en sí.

—¡Menos mal que no me ha visto nadie! — pensó, echando una mirada a su alrededor—. Con lo ridículo que es mirar por las ventanas. ¡Ridículo!

Intentaba recuperar la lucidez haciendo burla de sí mismo, pero como recorrido por una gelidez insoportable, decidió entrar de nuevo en el vagón y tomarse unos vodkas.

—¡Buena idea! — se dijo para sus adentros, no sin sufrir grandes dudas—. Me conformo sólo con mirarla e irme. Me conformo con mirarla — se prometía alegremente.

Y abrigando una secreta y feliz esperanza, entró con valentía en el vagón restaurante.

Le cerró el paso un pasmarote con una chaqueta roja:

—¡No está permitido! ¡El restaurante es sólo para los pasajeros de primera clase!

—¡Vete a paseo! — le gritó Josio imperiosamente.

Aunque asustado de su propio descaro, cubierto de nieve de los pies a la cabeza y con la gorra puesta, se coló en el vagón restaurante, que estaba lleno de humo, y se sentó a una mesa.

Encendió un cigarrillo.

En las mesas más próximas se hizo un gran silencio. Le miraron con curiosidad y se apartaron de él como de un intruso, con una aversión explícita. Acudió presuroso un camarero ya entrado en años y le susurró, con una mezcla de humildad e impertinencia:

—Éste es un compartimento para no fumadores, y la cocina ya no sirve.

—Trae una botella de vodka, ¡zumbando! — le ordenó Josio con aire de superioridad.

—Señor revisor, ¿vamos a salir pronto? — le preguntó uno de los parroquianos.

—Cuando saquen el tren de la nieve — balbuceó con los ojos clavados en la princesa.

—¿Y cuándo lo van a sacar? Llevamos ya unas cuantas horas.

—¡Cuando lo saquen!

—¡Por Dios, qué orden que tenemos! En el extranjero, algo así sería impensable — se quejó alguien.

—También en el extranjero nieva — le espetó Josio con mordacidad.

Los de la mesa de al lado rompieron a reír ante su respuesta.

Estaba Josio tan aterido de frío, tan cansado y, a la vez, se sentía tan cohibido en presencia de los pasajeros y por la cercanía de la princesa, que apenas el camarero le hubo traído la botella, empezó a beber copa tras copa, con gran avidez, lo cual llamó la atención general. Unas señoras le observaban a través del cristal de las copas y hacían comentarios malévolos; los caballeros, por el contrario, se le acercaban deseosos de recabar información sobre el curso del temporal.

Josio les respondía gustoso, y con el fin de atraer aun la más fugaz de las

miradas de la princesa, se comportaba con una desenvoltura cada vez mayor, hablaba en voz alta e incluso bromeaba.

Sin embargo, la princesa blanca ni siquiera se percató de su presencia, entregada como estaba a conversar alegremente con el caballero obeso.

Josio, excitado por el vodka, por la compañía y por la indiferencia de su dama, largaba lo que le venía a la boca: contaba anécdotas propias de ferroviarios, tan cómicas como obscenas, que hacían reír a todo el personal; chocaba su copa con todo el que se le ponía por delante; bebía como una esponja; lanzaba unos enigmáticos brindis; soltaba unas tremendas carcajadas. Le rodeaban cada vez más personas, atraídas por su enloquecida verborrea.

Pero la princesa seguía sin prestarle atención.

En un determinado momento, se levantó de la silla, miró a su alrededor con ojos extraviados y farfulló:

— ¡Me he emborrachado como un cerdo!

Se rió con tristeza, desesperado; hizo un gesto de resignación con la mano y saltó del vagón.

La noche lo envolvió con un manto helado de viento y nieve, que dado su estado de enajenación, ni siquiera percibió. Erraba fuera de sí, en medio de la tempestad desencadenada.

— ¡Tonto de mí, qué ilusiones me había hecho yo! — sollozaba con una pena que le oprimía el corazón y hacía aflorar lágrimas a sus ojos.

Se sentía inmerso en una ebriedad absoluta, y no tanto a causa del vodka como de la mordiente decepción. Además, las aventuras vividas aquella noche extraordinaria formaban un auténtico caos en su alma: no podía distinguir a ciencia cierta la realidad de la mera ilusión. Antes de que pudiera dilucidar cualquier cosa, acabó por olvidarse del mundo y de sí mismo, y tras echar una mirada obtusa a la noche oscura y tempestuosa, se dirigió como un autómatas hacia su vagón.

Caminó a lo largo del tren sumergido en la nieve; no dándose del todo por vencido, miraba por las ventanas iluminadas como si tratara de distinguir a alguien en los corredores o los vagones, pero desde los cristales helados, sólo le llegó el perfil de rostros desconocidos, amenazantes, cuyos ojos brillaban con tal perfidia que le obligaron a retroceder definitivamente.

— No me ha reconocido la princesa; no me ha reconocido — susurraba en voz bajita y quejumbrosa, con los ojos húmedos y el corazón herido.

Se encontró por fin a campo abierto, en plena noche y en plena tormenta: el viento silbaba por encima de su cabeza y trataba de arrastrarlo por tierra como a la rama arrancada de un árbol. Presa de la ira, alzó el puño hacia el cielo y exclamó una y otra vez, con terquedad etílica:

— ¡Borrego! ¡Cretino! ¡Cretino!

Vagó después sin conciencia, con una ebriedad igual a la del mundo que le rodeaba; a la de la tormenta desatada, a la de los bosques azotados por el viento, que gemían en su lucha incesante; a la del viento huracanado, malvado,

demente. En su entorno no existía más que la nada, el movimiento, el grito y el combate contra las fuerzas salvajes de la naturaleza; todo era guerra, desarreglo, locura, y todo ello anidaba en su alma nostálgica, que lloraba tristemente por el ultraje sufrido.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gimoteaba a ratos, arrastrándose con paso vacilante, cada vez más lento.

Le embargó de pronto un hastío indecible; se sentó sobre un montón de nieve, y mientras escuchaba el rumor del viento, la melodía eterna de los bosques, fue cayendo en un sueño dulce, reparador. Los bosques lo mecieron con sus relatos secretos, mágicos; los vientos le susurraron ecos santos y anhelados, le acariciaron el rostro, lo cubrieron con su sudario blanco, mullido, suave.

Por fortuna, el frío acabó por despertarlo; se incorporó y siguió huyendo, camino adelante, con los ojos entornados, mortalmente hastiado y mortalmente somnoliento.

De pronto, una gigantesca hoguera, parecida a un árbol en llamas, se irguió frente a él y lo rodearon una multitud de personas.

—Señor Josef, ¡le estábamos esperando! La fiesta está asegurada, tenemos comida para dar y vender —le gritó Soczek mientras le acercaba de la mano a la fogata.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó otro—. El jefe ya iba a enviar una cuadrilla en su búsqueda, menos mal que lo rescatamos antes.

—¡Jacek! Sírvale, cabrón, un buen vodka al cajero.

—¿A lo mejor le apetecería más bien un *mélange* de coñac, anís y cerveza caliente? ¿Qué me dice?

—¡Un arac para hacer boca y un arenque para el diente! —propuso otro.

—O una cerveza fría, recién sacada del hielo. O un vodka de miel, venga, diga de una vez lo que le apetece.

—¡Ah! ¿Y qué me dice de una salchicha a las brasas con sus patatitas asadas?

—Lo que el señor ordene. Como ve, tenemos el buffet servido por todo lo alto —le proponían desde todos los rincones.

—¿Por qué pone usted los ojos como platos, igual que un gato sobre la ceniza ardiente?

—¡Déjale al pobre, está ya algo achispado! Huele a aguardiente que alimenta, o a algo mejor, más fuerte, incluso —gritó Soczek.

Josio no respondió, pero como si recobrara la lucidez por un instante, se sentó cerca de la fogata, apoyado contra las palas clavadas en la nieve y las ramas de los árboles trenzadas espesamente, que le proporcionaron un calorcillo y una seguridad no menor a la de cualquier habitación bien caldeada.

El ingeniero, un joven de cabellos rojos, se le acercó con timidez y le preguntó:

—¿Y qué ha ocurrido con ese tren?

—¡No me ha reconocido! —susurró Josio sin darse cuenta, pero de repente, al distinguir frente a sí los ojos claros, de pescado hervido, y la barba amarilla del ingeniero, soltó con violencia —: ¿Qué dice usted? ¡Váyase a paseo!

El ingeniero pegó un salto, asustado, lo que hizo que todos los presentes estallaran en carcajadas. Alguien exclamó burlón:

—¡No muerde, jefe! Sólo está trompa...

El ingeniero esbozó una sonrisa forzada y, aunque estaba pelado de frío, empezó a patear sobre la nieve, en su digna soledad, por entre los vagones de reserva, lanzando miradas de desprecio a los concurrentes de la fogata; de vez en cuando, se ajustaba los binóculos de oro sobre la menuda nariz y observaba la tormenta. Cada dos por tres se iba a encender un cigarrillo, y con gran ceremonia le hacía la misma pregunta al sargento de ferrocarriles que le daba fuego:

—¿Qué cree usted? ¿Durará mucho la tormenta?

—No le sabría decir —le contestaba el gendarme, llevándose la mano a la gorra.

—¡Pues hasta que se termine! —le respondió alguien a gritos, porque el ingeniero ya empezaba a molestar a todo el mundo.

—¿Tal vez le apetezca tomar con nosotros un aguardiente? —le propuso Soczek al ingeniero.

—Gracias, no bebo —contestó éste ásperamente, y se volvió a alejar con dignidad.

—Claro, él sólo entiende de vinos finos o de té con limón...

—Es un tío que se da muchos humos. Alza la cresta más que un gallo. ¡La trompeta de Jericó! —maldijo el guarda.

—Tiene miedo de sentarse, no vaya a ser que se le arruguen los calzones.

—Un sujeto importante, cuidado con él —comentaban maliciosos.

—Por supuesto que es alguien importante. Un funcionario; nosotros no somos compañía para él —afirmó con gran autoridad el sargento de ferrocarriles, al tiempo que removía con el sable las patatas que estaban asándose.

Se miraron entre sí y comenzaron a hablar más bajo, con observaciones cautelosas, echando ojeadas prudentes a uno y otro lado.

Josio no distinguía nada ni a nadie; permanecía sentado, hecho un ovillo, con los ojos somnolientos fijos en la hoguera, que chisporroteaba alegremente. Cientos de personas se agolpaban a su alrededor; sus rostros amoratados por el frío espejeaban bajo los resplandores rojizos, y el murmullo de sus conversaciones fluía imparable, mientras un cielo lúgubre y plomizo pendía sobre sus cabezas, y los bosques silbaban salvajes con el vaivén de las copas de los árboles. A veces se abatían remolinos de nieve sobre el círculo candente y silencioso de la hoguera, o golpeaba un fuerte viento, repentino, como las alas de un azor. Entonces se dispersaban las cenizas como pájaros de fuego asustados, caía la gente, se apagaban las llamas, imperaban el caos y el grito por

unos instantes para calmarse poco después; volvía a arder la hoguera arrojando sus llamas sangrientas sobre la oscuridad, se extendía el aroma a carne asada, andaban las botellas de aguardiente de mano en mano, todos se sentaban de nuevo en un círculo apretado y sus capotes, cubiertos de nieve, parecían desprender vapor. Unos se adormecían al calor del fuego, del vodka y del aburrimiento; otros mascaban lentamente, como si se fueran rellenando las tripas; había quien peroraba sobre el bien social y quien se quitaba las botas, se ponía en cuclillas sobre la nieve, descalzo, y se secaba los peales mojados o tostaba encima mismo de la hoguera el forro de piel de la zamarra.

Fuera como fuera, todos aguardaban pacientemente a que amainara el temporal para empezar a sacar el tren de entre las nieves.

Los funcionarios y empleados del tren formaban un grupo aparte y se divertían a su manera. Soczek se afanaba en la preparación del vodka de miel y relataba historias increíbles sobre cacerías. Todos se desternillaban de risa con sus fantásticas trolas.

—¡Os doy mi palabra de honor de que sólo cuento la verdad! —gritaba, escanciando solícitamente el vodka en los vasos de sus colegas—. Si no, que lo diga Swiderski.

—Miente, hermano, miente, pero los vasos cólmalos bien de aguardiente.

—Cuenta cómo mataste a tres jabalíes de un solo tiro.

—O lo de aquella liebre que salió huyendo de tu perro y se subió a un sauce.

—O lo de las perdices en el estanque.

—Todo eso no son más que fruslerías, moco de pavo. Os voy a contar lo que me sucedió el otoño pasado. ¡Bromas aparte! Swiderski lo puede confirmar, porque entonces me acompañaba. Iba yo conduciendo el tren de mercancías, y ante todo debo reconocer que siempre llevo en la máquina una escopeta, porque nunca se sabe cuándo le va a tocar a uno su día y su hora. Habíamos salido de Rudek muy temprano, al alba, cuando todavía la hierba estaba cubierta de rocío. Arrastraba setenta carros cargados; a la altura de la versta¹² cincuenta cuatro, cuando íbamos cuesta arriba, se nos hacía cada vez más difícil avanzar, y el tren jadeaba como si fuese un caballo... De repente, viene Swiderski y me da un toque, gritando: «¡Un gato! ¡Un gato!». Me restriego los ojos, miro: el gato corre y se desliza hacia el terraplén; toco el silbato, para evitar que caiga bajo las ruedas, pero no logro espantarlo y se arroja directamente contra la máquina. Me digo: no hay más remedio que disparar, y nada... Disparo. Y ¡paf! El gato no movió ni una pata. Lo trajo Swiderski... Un viejo truhán ese gato, tenía las orejas agujereadas a perdigonazos. Quería llevárselo a mi mujer para darle una sorpresa. Eliminamos unas cuantas cargas, hasta dejar sesenta, y apenas pongo en marcha el tren, aparece por el bosque una cabrilla

¹² Medida de longitud equivalente a poco más de un kilómetro; del ruso *wiersta*. (N. de la T.)

corriendo en nuestra dirección. Os lo digo de veras, yo tenía el corazón en un puño; reduzco la velocidad, preparo la escopeta... aguardo con el corazón que me late como loco... y la cabra..., la madre que la parió, se lanza, y aunque sólo estaba a cien pasos, le solté a bocajarro toda la munición. El animal ni gritó. Listo. ¡Alabado sea el Señor! Colocamos el cadáver en el tónder y fui a buscar al jefe, que no salía de su asombro. Pero ¿podéis creer que esto no es todo? Os lo juro, fue un día prodigioso; veréis, tan pronto como le di al vapor y nos pusimos en marcha, desde unos bosquecillos nos salen corriendo unos corzos, ¡que me maten como a un perro si estoy mintiendo!, eran unas decenas y todos corrían balando detrás de nuestro tren. Me quedé de piedra...

—Sí, iban con pañuelitos en la mano y lloraban por la cabrilla muerta.

—Hablo en serio, el pelo se me puso de punta. Cargué de perdigones los dos cañones...

—Oye, Soczek, como otra vez me dispares y me mates a un corzo, te arreo una paliza —gritó el guarda.

Todos rompieron a reír, y Soczek murmuró en un tono afligido:

—Disparé, pero marré el tiro, fallé vergonzosamente, que lo diga Swiderski... Pero aún hay algo mejor —exclamó mientras escanciaba otra ronda de vodka.

No le dio tiempo a empezar con la nueva historia, porque se les acercó inesperadamente el ingeniero, y tirándose de la barba rala, pajiza, les dijo en un tono brusco:

—Ustedes se lo están pasando en grande, pero hay que ir a ver cómo están los pasajeros.

—¡Claro! Jasiiek, enciende unas antorchas para que el señor ingeniero pueda ir hasta el tren. ¡Venga, granujas, rápido! —vociferó el guarda sin moverse de su sitio.

—¿A lo mejor usted también nos acompaña? —le preguntó el ingeniero con voz de mando.

—Cuando el viento amaine, me pondré manos a la obra con mi gente, pero ahora no siento la menor curiosidad por saber lo que pasa con los pasajeros, de modo que no tengo prisa —replicó con descaro.

El joven se ruborizó y se puso en camino rodeado de antorchas.

—¡Mocoso! Se piensa que soy su criado. Kaczynski, no se duerma —gritó, dándole un toque a su ayudante, que no paraba de dar cabezadas.

Kaczynski alzó la cabeza, se acarició la barba, abundante y canosa, y encendió la pipa.

—Pues el tío se ha emperifollado tanto para ir a la línea como para ir a la dirección —se burló el guarda—: zapatos de charol, chinelas, gorrita con estrella, uniformado de la cabeza a los pies.

—Es que el señor ingeniero, el funcionario, teme que le consideren sólo un ser humano, una persona.

—¡Vaya liberal! —metió baza un gordo, el jefe de revisores del expreso

sumergido.

—Y eso que se rumorea que tuvo una historia de aúpa con la policía, que por poco no acaba los estudios.

—Sí, muy liberal, y tan pronto consiguió el empleo, se amistó con el sargento y a la señorita Marina le montó un escándalo, porque según él se le había dirigido en un tono poco oficial. ¡Me cago en su madre y en su mazurca! ¡Hasta la coronilla estoy de liberales de esa calaña!

—Y no le da la mano a nadie —añadió uno de los empleados.

—Enséñale un billete de cien, hermano, y te tenderá las dos...

Estaban charlando así, a la pata la llana, aprovechando que el ingeniero y el sargento se habían marchado juntos, pero el guarda hizo con la mano un gesto de ir terminando, echó una ojeada al cielo y dijo:

—Dentro de una hora, más o menos, nos pondremos manos a la obra. El viento va a amainar; se nota humedad en el aire. Kaczynski, no te duermas.

—¡Quien duerme junto a la hoguera, vigila a todos y por todos! —refunfuñó Kaczynski; encendió la pipa apagada, dio un par de chupadas y volvió a quedarse medio dormido.

—Oiga, ¿es verdad que éste —le preguntó Swiderski al guarda, señalando a Kaczynski— participó en la insurrección?¹³

—Es verdad. Posee unos documentos espléndidos.

—¿Documentos? Como un certificado, ¿no?

—Efectivamente. Tiene las espaldas y los costados grabados como campos en rastrillo, le acribillaron a bayonetazos, un par de veces le dispararon, después se balanceó en la horca, de la que consiguió salvarse de puro milagro y, para terminar su curación, le condenaron a trabajos forzados a Siberia. Quince años de pena. Y ahora, el hombre descansa en un puesto grasiento, de viejo obrero, que le arregló su mujer mendigando por aquí y por allá.

—¡Una historia inaudita!

—Yo mismo he visto más de una en esta vida, amigo...

—¿Usted también participó...?

—¿Y qué te creías, que me he pasado toda la vida como un vulgar granuja, dándome de puñetazos, o como un pacífico hortelano, criando gallinas? Antes, amigo, nuestra vida tenía otro sentido; vivíamos con fantasía, con tristeza, pero también con elevación. Y nos rompían la crisma o nosotros se la rompíamos a quien fuera, si era menester. Pregúntale a Raciborski, él te contará cómo fueron aquellos años.

—Lo que no me cabe en la cabeza es lo que cuenta usted de Kaczynski. Pero si está a partir un piñón con el sargento y parece burlarse de todo.

—Le arrancaron al chico hasta el forro. ¿Qué quiere usted? Dio su vida y su fortuna por la causa, y todos sus sueños se los llevó el diablo. Y encima esta

¹³ Se refiere a la insurrección polaca de 1863 contra el Imperio ruso, violentamente reprimida por las autoridades zaristas. (*N. de la T.*)

miseria... Un rublo por día, mujer y seis hijos. ¡Viva usted con eso! No es de extrañar que todo le moleste y que ahogue las penas en alcohol. Está bajo vigilancia todo el tiempo, y si se codea con ciertos individuos, es para que no le echen del trabajo.

—Y su mujer no es polaca, ¿verdad?

—No, y sus hijos tampoco. Los traje de lejos. La mujer es de la misma piel del diablo y, para postres, ortodoxa. Un día estuve en su casa. Se lo digo, amigo, fue como si me hubieran dado con un palo en la frente; me quedé de piedra. La casa está limpia, en orden, pero por todos los rincones hay iconos y en las paredes, retratos con encajes y moñas.¹⁴ Y los niños andan con blusones rojos, a la rusa. ¡Pobre hombre! No lo culpo, me da lástima. Maldita sea, qué destino aciago el de los polacos.

Echó un juramento, y arrastrando su enorme barriga, se incorporó y tronó en dirección a los obreros:

—¡Levantaos, joder! ¡A trabajar, Kaczynski, no te duermas! ¡Manos a la obra!

Kaczynski se desperezó lentamente, mientras a la luz de la luna, Soczek vaciaba el resto del vodka en un botellón y gritaba:

—¡Swiderski, a la máquina! ¡Haga vapor que entramos en acción!

La gente se concentró delante de las máquinas, y se puso en marcha una falange variopinta con el guarda a la cabeza, igual que un pastor alemán que aterrorizara a su rebaño: vociferaba, blandía el palo y los puños, juraba como un carretero.

El único que permaneció inmóvil, en su lugar, fue Josio, que dormitaba con el cerebro en combustión.

El viento había amainado, y el susurro de los bosques se debilitaba por momentos; los copos de nieve, ya escasos, salpicaban de blanco la hoguera a punto de extinguirse.

Se desplegaba sobre el mundo una noche silenciosa, cerrada, como exhausta por el esfuerzo y el sueño. De cuando en cuando, gemían los cables telegráficos como si fueran dedos doloridos, o en alguna aldea lejana e invisible ladraban los perros.

Por el contrario, junto al tren sumergido se trabajaba con afán, y el trajín era incesante; al resplandor rojizo de las antorchas, clavadas en círculo, pululaba un enjambre de obreros con sus brillantes palas de hierro. Estallaban las conversaciones y los gritos de llamada, los silbidos de las locomotoras rasgaban el aire, las máquinas jadeaban penosamente, chirriaban las ruedas y se oía el estruendo sordo de los amortiguadores, que dispersaban los últimos cúmulos de nieve.

El guarda daba órdenes, a gritos, en una y otra dirección, mientras el sonido rápido y repetitivo de la nieve al ser excavada les mecía como en un

¹⁴ Alusión a tradiciones rusas y de la religión ortodoxa. (*N. de la T.*)

murmullo.

Se trabajaba con diligencia y eficiencia. Sin tregua.

Josio se despertó en algún momento. En un estado de plena lucidez, echó una mirada a su entorno y se encaminó hacia el furgón enganchado a la máquina.

Soczek volvió a emborracharle con vodka de miel, le cubrió con un enorme y cálido abrigo de pieles, y Josio cayó en un sueño profundo, al margen de cualquier tribulación ajena o propia.

VI

Josio se despertó al mediodía del día siguiente en la habitación de la oficina, tendido en el sofá. Entró corriendo un sirviente y empezó a zarandearlo y a gritarle encima mismo de las orejas.

—¡Ya ha llegado el ómnibus! Delante de la taquilla, los pasajeros están gritando hasta desgañitarse.

—¡Pues que griten hasta reventar, y que me dejen en paz! ¿Circulan los trenes?

—Circular circulan, pero muy lentamente, igual que vacas preñadas. En el terraplén, la nieve alcanza la altura de un hombre, así que la guardia está sacando a la gente de casa para que ayuden a limpiar.

—¿Aún hace tanto viento?

—Como haber viento, hay, pero se nota cierta humedad... —parloteaba el sirviente mientras subía las persianas de la oficina.

El sol arrojó sobre la sala una ancha franja de luz que, por el reflejo de la nieve, resultaba casi dolorosa a los ojos. Josio se puso de pie y se sorprendió al comprobar que no estaba en su casa.

—¿Quién diablos me ha traído aquí?

—El maquinista de la reserva.

—¡Soczek! ¡Ah, es verdad! ¡Es verdad! Tráeme un café negro con limón.

Cuando el sirviente regresó con el café, volvió a encontrarlo dormido sobre el sofá, a pesar de que frente a la ventanilla reinaba un caos cada vez mayor.

Finalmente, Josio se despertó del todo y preguntó:

—¿Hay mucha gente esperando?

—Bastante, y de un montón de países diferentes, y judíos, ciento y la madre.

Josio abrió la taquilla y se puso a trabajar, estirando los huesos doloridos.

Y de nuevo, cientos de manos se tendían hacia él; de nuevo, llovían exigencias breves, sofocadas; de nuevo, tras los cristales, fantasmearon rostros febriles y ojos inquietos, resonaban gritos en Dios sabe qué jerigonza y

estallaban peleas a matar, lo cual hacía que Josio sacara de cuando en cuando la cabeza por la ventanilla y gritara jocoso:

—¡Chitón! ¡A callar, judíos! ¡Que hable sólo el rabino!

Se acallaba el alboroto al instante, y él seguía trabajando como una máquina, tranquila y escrupulosamente, echando al olvido, paso a paso, todas las aventuras de la noche anterior.

Trabajaba sin descanso, puesto que los trenes ómnibus, retenidos desde la víspera a causa de la tempestad, salían uno detrás de otro; cada pocos minutos sonaba la campanilla de la estación, temblaban las paredes, los silbidos desgarraban el aire y nuevas hordas de pasajeros se apiñaban frente a la ventanilla.

A pesar del trabajo extenuante, se sentía extrañamente decaído y cada vez más angustiado; había momentos en que le embargaba una somnolencia invencible, que le obligaba a ignorar el tumulto de pasajeros frente a la taquilla, a tenderse sobre el sofá para tomar un respiro y volver en sí; pero apenas lograba hilar un pensamiento, tenía que volver al trabajo, porque en la ventanilla, los viajeros alborotaban con insistencia y enfado crecientes.

—¿Adónde? ¿En qué clase? ¡A callar, judíos! ¡No tengo suelto! —gritaba irritado sin poder dominarse, y arrojaba el cambio y los billetes con una furia tal, que se desparramaban por el suelo.

Entró en la oficina la sirvienta del jefe de estación, y como no la reconoció, le gritó de buenas a primeras:

—¿Qué quieres? ¿De dónde sales?

—La señorita que le envía esta carta y le pide a usted, señor cajero...

—¿Qué señorita? Yo no tengo ninguna señorita. No me marees.

—La señorita Irene, que le pide a usted por favor que...

—¡Vete al diablo, tú y tu señorita! —le gritó con furia.

La criada lanzó un paquete sobre la mesa y huyó despavorida.

—¡Gansa! —gruñó sin saber por qué ni a quién, y volvió a su trabajo.

No tardó en emprenderla también con los pasajeros; incluso insultó a una mujer que, cuando iba a pagar el billete, le rogó con voz quejumbrosa:

—Señor, ¿no podría usted hacerme una rebaja, aunque sea de un zloty?

Su exasperación crecía por momentos; se sentía enfermo y terriblemente desdichado. Le temblaban las manos, tropezaba con los muebles, se equivocaba al entregar los cambios, no comprendía lo que le decían y a veces ni siquiera los oía. Se movía en un estado de semiconsciencia. Y por si fuera poco; el trasiego en la estación aumentaba hora a hora; cada vez entraban más trenes, y cada vez más pasajeros se aglomeraban en los andenes y las salas de espera. De todas partes acudía gente que había sufrido retrasos a causa de la tempestad. Era tal el tumulto, que las paredes parecían temblar. A Josio le estallaba la cabeza a causa de la mezcolanza de voces, campanas, silbidos de máquinas y estruendo de trenes, y le enervaba hasta el dolor la luz del sol y el resplandor de la nieve, así que decidió bajar la persiana de la ventana. Al divisar la multitud de

caftanes negros sobre el andén, soltó con rabia:

—Deambulan por la nieve como cucarachas. ¿Por qué esos perros siempre andan de un lado para otro? Uno está clavado en su lugar como un canelo en su caseta, y un judío piojoso cualquiera se mueve como pez en el agua y se larga adonde más le gusta —monologaba encolerizado.

Tras la salida del tren ómnibus, cuando estaba aprovechando el intervalo más largo para dar una cabezada echado sobre el sofá, irrumpió Magda, la gordinflona sirvienta de los Soczek.

—El almuerzo está servido, señor.

—¡Ojalá revientes como una pompa de jabón! No voy a almorzar, ¡no tengo tiempo!

Y no fue, pero como tampoco pudo seguir durmiendo, se dirigió al bar para tomar un café. La sala estaba hasta los topes; la señorita Marina imperaba detrás del mostrador con toda su hermosa majestad, observando orgullosa a los mozos. Con los pechos bajo el jersey blanco arremolinados amenazadoramente sobre los entremeses, el rostro empolvado más blanco que la nieve, los labios encarnados como una herida abierta y los chispeantes ojos pintarrajados de negro, escanciaba las copas con toda dignidad y pompeaba la cerveza con auténtico placer.

Recibió a Josio con la más tierna de las sonrisas e incluso le concedió unos minutos de su precioso tiempo para regañarle.

—Temía por usted. Podría haber pillado un resfriado de muerte.

—Sólo agarré la borrachera del siglo y me quedé roncando en el furgón hasta el día siguiente.

—Sí, el señor Soczek me comentó que todos exageraron...

—Verdad, se pusieron morados de tanto comer y aún más de beber —respondió Josio con desdén.

Después guardó silencio, acosado por los recuerdos de aquella noche, que acudían a su mente con una claridad implacable. El corazón se le encogió de pena.

—Ni siquiera me reconoció, ¡que el cielo la confunda! —exclamó.

Y sin embargo, esta maldición furibunda no logró ni ahuyentar los fantasmas, ni aplacar el resentimiento, ni detener la melancolía. Una nueva ola de tristeza le embargó el corazón.

—¡Tuvo que ser algo fantástico! —balbuceó de nuevo la señorita Marina—. Con una noche así, de lobos, una hoguera, los trenes enterrados en la nieve, ¡qué barbaridad!

—Sí, fue algo maravillosamente estúpido —murmuró Josio como para sí mismo.

Raciborski fue a sentarse junto a ellos, e inclinándose y señalando al sol, afirmó:

—Vive Dios, que hoy se nota un aroma primaveral.

—Más bien, un aroma a coñac.

Josio se apartó ligeramente, porque el caballero apestaba como una cuba recién abierta, pero éste no pareció ofenderse y, con un suspiro tristón, replicó:

— Por desgracia sólo a cerveza.

— Al menos podría ser un vino húngaro.

— A caballo regalado no le mires el diente. Yo no soy hombre de exquisiteces, yo bebo lo que Dios tiene a bien darme, con tal de que sea en buena compañía.

— ¡Y con tal de que sea en cantidad!

— Le confesaré, con toda franqueza, que prefiero diez jarras de buena cerveza que una botellita de cualquier meado de éstos que dan por ahí. Así soy yo. A propósito, ya he entregado mi apelación al senado y dentro de un par de meses recibiré el veredicto final.

— Sí, sí, yo conozco a uno que se cansó de tanto esperar.

— ¡Una verdad como una catedral! Ganar, ganaré, como que hay Dios, pero entretanto estoy echando los bofes de tanto tormento. Además, ya se sabe, del árbol caído todos hacen leña. Uno tiene que ser escurridizo como una trucha para moverse entre esas sanguijuelas.

— El descamisado no teme que le quiten la camisa; no se preocupe tanto, no le arrancarán la piel.

El caballero se le acercó un poco más para lamentarse de su suerte a sus anchas, al mismo tiempo que tanteaba a cuánto podría ascender el sablazo de ese día. Josio parecía no escucharle, absorto en la cháchara de los viajeros y en los montones de maletas que se apilaban contra las paredes.

Observaba con suma atención los rostros de todos y cada uno de los pasajeros.

— ¿Adónde cree usted que va esa gente, y por qué? —le preguntó con animación repentina.

— ¡El Diablo lo sabe! En otros tiempos, uno sabía que el noble iba de visita; el judío, de viaje de negocios; el burgués, a Karslbad, y el campesino, de romería. Pero lo que es ahora, amigo mío, todo está patas arriba. Todos corren como un perro tras su propio rabo, y nadie sabe bien por qué, dónde y cómo.

— ¡Viajar se ha convertido en un placer moderno!

— ¿A esto le llama usted placer? Estrujados como arenques en un barril, tragando polvo y humo, empujándose, sacando los hígados por la boca, ojo avizor a las maletas y oreja a la escucha de los silbatos... ¡A la porra con ese tipo de placeres!

— ¡Exacto! De tren en tren, de ciudad en ciudad, de país en país, del barco al tren, de la barca al carro, al caballo o al automóvil... Lo que sea, con tal de que vayamos lo más rápido y lejos posible.

— ¡Usted también lo tiene fácil! Los billetes regalados, el dinero lo recibe en mano del señor Szenelcug y ¡hala, a correr mundo!

— Efectivamente, no tardaré en marcharme de aquí —afirmó Josio con gran seguridad.

—¿Lejos?

—¡A Europa! —respondió lacónicamente, y cayó después en un profundo ensimismamiento.

—A propósito, le quería comentar que mi casero es un miserable.

—¿Le ha desahuciado?

—¡Hombre, cómo iba a atreverse a hacerme algo así! Se limita a tomarme el pelo. Por ejemplo, esta mañana tenía ganas de fastidiarme: he llamado, como siempre, para que me trajeran el café, y nada, rato y rato esperando y no me lo traen. Vuelvo a llamar... Nada; grito pasillo abajo, porque tenía un hambre que me mordía los codos, y siguen ignorándome como a un perro. Ni un alma. Total, que he montado una de cuidado; poco ha faltado para que el hotel saltara por los aires. Acude volando el lacayo y se justifica diciendo que están arreglando la cocina y no habrá desayuno. Le he dado un soberbio guantazo y ha tenido que traérmelo de la pastelería. No me gusta nada todo eso. Es una provocación. No se lo voy a dejar pasar.

—Múdese usted, será la mejor forma de castigarlo —le sugirió Josio con malicia.

—Así lo haré. Se lo juro. Como esa gentuza no sea capaz de comprender el honor que les hago al alojarme en su casa, me pasará a la competencia.

—Sí, ya conozco a su casero. No es más que un bellotero que prefiere el dinero al honor —constató Josio.

—Desde luego, el dinero no lo va ni a oler. Bueno, a no ser que gane el proceso —dijo Raciborski.

—Pues tendrá que esperar un poco —considero Josio, mientras se levantaba de la silla, porque ya habían anunciado un tren.

Raciborski le acompañó hasta la taquilla, agarró un puñado de cigarrillos y, tan sutil como tenazmente, empezó a insistirle a Josio para que le prestara algo de dinero. Éste, por fin, perdida la paciencia, le respondió con brutalidad:

—¡Así no se consigue el dinero! ¡Hoy no puedo!

Raciborski, ofendido, se caló la gorra de medio lado, le tendió dos dedos a guisa de despedida y salió dando un fuerte portazo.

Josio, a quien el caballero ya había sacado de quicio, le gritó desde la puerta:

—¡Ni hoy ni nunca! ¡Carroza, loco, despojo de la nobleza!

Se puso a trabajar, pero en su estado de absoluta desconcentración sólo veía dos columnas de cifras sin orden ni concierto.

Trataba en vano de fijar la atención; se restregaba los ojos y ante él aparecía una niebla espesa que le velaba el mundo. Todo su ser se hallaba inundado por un raro anquilosamiento, por una apatía infinita; ni siquiera se sorprendió cuando al anoecer se presentó Frania, vestida como para emprender un viaje, con un fardo envuelto en periódicos bajo el brazo y unas botas de caucho de hombre. No percibió estos detalles, ni tampoco sus ojos llorosos o su alterado estado.

— ¿Te vas de paseo? — le preguntó Josio como si tal cosa.

— Seguro, para paseos estoy yo. Me voy...

— ¿Y ahora qué mosca te ha picado?

— Ya estoy harta de aburrirme en una casa vacía, así que me largo. Hasta un perro aspira a romper su cadena — respondió la joven, dándole la espalda y simulando observar el vagón de reserva sobre las vías.

— Pues haberte ocupado en algo. Tenías libros.

— Yo no entiendo sus libros. Las letras no son para mí.

— Siéntate. Todavía falta media hora para el rápido. ¿Has almorzado?

— ¡Me he hartado como cuatro putas!

Intentó reírse de su propia gracia, pero le asaltó un repentino ataque de tos. Se dejó caer sobre el diván.

— Estás terriblemente resfriada — le susurro Josio compasivo.

— Porque, ayer, esa atontada de Magda calentó tanto el horno que hube de abrir la ventana para no ahumarme como un salmón. Y he agarrado un buen resfriado.

No quería reconocer que su estado había empeorado por haber pasado la noche entera esperándole.

— Tienes que curarte de una vez. Te daré una nota para nuestro médico, el de los ferroviarios.

— ¡Ojalá me muriera de una vez! — exclamó frenética.

— ¿Adónde vas?

Josio alzó los ojos hacia Frania, pero no la veía.

— Hasta donde me lleve la vista. ¿Es que hay pocos hombres que me esperan?

Y se interrumpió con la esperanza secreta de que él la retuviera. Sin embargo, Josio no respondió; sentía más bien alivio ante su marcha, ya que Frania, en realidad, lo aburría e incomodaba.

— Me voy con mis clientes de siempre. Como estamos a primeros de mes, aún deben de andar bien de dinero; me haré con ellos todas las estaciones hasta la frontera, hombres no faltan... Y no todos son tan insensibles como usted.

Terminó de decirlo entre lágrimas, y al final, con la cabeza apoyada en un flanco del diván, estalló en un llanto doloroso.

— No berrees, que aún vendrá alguien y pensará que te he hecho algún daño — le dijo Josio con dureza.

— No lloro, sólo que algo me oprime el pecho — se justificó, enjugándose los ojos apresuradamente.

Y cuando Josio volvió a abrir la taquilla y a vender billetes para el rápido, Frania se sentó en un rincón junto a la caja de caudales con la mirada, llena de ternura, puesta en él.

— Toma unos cuantos cigarrillos para el camino, están en el cajón — le dijo Josio por encima del hombro.

La joven no se movió del sitio; enjugándose las lágrimas que le rodaban por

las mejillas, seguía mirándolo fijamente, como si quisiera grabárselo en la memoria de por vida.

—Quedamos en ir juntos a la fiesta de Mikado —le recordó Josio.

—Mikado también es un canalla, como todos los hombres —soltó ella con odio.

Se hizo un silencio largo y pesado. Únicamente se oía el tintineo de las monedas, los requerimientos nerviosos de los pasajeros y el ruido de los billetes al ser timbrados.

De vez en cuando, también se oían los suspiros ahogados de Frania.

Cuando el tren hizo su entrada en la estación, Josio se volvió hacia ella y le recordó:

—Ten cuidado, Frania. Aún te va a oír uno de tus hombres; incitará a otros y convocarán una huelga todos juntos.

—¡Que os parta un rayo a todos! —gritó sin poderse contener.

—¿Qué he hecho yo de malo?

—Usted, usted, usted... —repetía con una voz cada vez más sofocada, con las palabras atrancadas en la garganta y el pecho desgarrado por un dolor agudo. Apenas si podía respirar y faltaba poco para que el corazón le saltara del pecho—. ¡Usted es peor, el peor! —escupió por fin.

Josio la miró con asombro, sin comprender lo que le sucedía, y le dijo en un tono desdeñoso:

—El enojo estropea la belleza.

—Por su culpa he pasado una vergüenza... —Frانيا retomó la palabra, casi sin respirar, luchando contra sí misma para no estallar en una dolorosa queja.

—¿Por mi culpa? ¿Qué cuento es ése? ¿Cuándo? ¿Dónde? —le preguntó con dureza, acercándose a ella.

Se lo habría contado de no haber sido por un largo y extenuante ataque de tos, que al pasar, se llevó consigo el enfado, así que sólo tartamudeó:

—Cuando una está enfadada, no sabe lo que dice.

—Pues recuerda, Frania, a quién hablas y lo que dices —replicó Josio con severidad, y se dirigió de nuevo a la ventanilla.

Apareció el asistente, encendió las lámparas y se esfumó. Con una frecuencia y un encarnizamiento cada vez mayores, Josio discutía con los pasajeros y arrojaba el dinero al cestillo tan rabiosamente, que las monedas se desparramaban por el suelo. Ya más tranquila, Frania sacó del bolso un espejito, lápices, un papel con polvos y un pedacito de algodón sucio; se empolvó cuidadosamente la cara llorosa, se pintó los ojos enrojecidos, se aplicó carmín a los labios lívidos, se arregló los cabellos despeinados y agarró unos cuantos cigarrillos para el viaje.

Se sentó de lado para huir de las miradas curiosas de los pasajeros.

De vez en cuando, Josio le echaba una mirada, pero parecía como si de verdad no la viera. Ella, en cambio, lo contemplaba con gruesas lágrimas en las pestañas y los ojos embelesados, como un perrito pateado y fiel, que limosneara

su amor callado y tímido.

Apenas el rápido se detuvo en la estación, Josio cerró la ventanilla:

—Frانيا, ya es hora de irse. ¿Te doy un billete?

—Siempre voy de gorra... Si todos me conocen.

La joven se aprestaba a salir con lentitud, con la esperanza amarga de que él le dijera: «Quédate, Frania».

Pero no lo dijo; le deslizó en el guante un dinero y le ayudó a ponerse el abrigo. La primera campanilla resonó en el andén; Frania empezó a temblar de la cabeza a los pies, como presa de la fiebre: no podía anudarse el pañuelo de puro nerviosismo, las pestañas doradas batían como las alas de un pajarillo herido, los ojos parecían sin vida y en la garganta se le atravesaba una súplica. Sin embargo, sólo fue capaz de balbucear:

—En casa de Mikado siempre hay alegría... Irá usted, ¿verdad? ¿Irá?

—Claro, Es un compañero, tenemos que despedirnos.

—Hasta la vista, entonces, señor Josef, hasta la vista.

Quiso besarle la mano, pero él la apartó con impaciencia. Ella sonrió de un modo indefinible, mientras trataba de dar con la manija de la puerta.

—¡Hoy estás como en otro mundo! —exclamó Josio con inquietud, abriendo la puerta.

—Sí, estoy algo mareada... Me he debido de atufar con el horno... muy caliente...

De pronto, cerró la puerta violentamente y se apretó contra el pecho de Josio; le agarró del cuello y lo besó con toda la pasión, la fuerza y la potencia de un amor largo tiempo escondido. Con toda la desesperación del adiós.

—Frانيا, ¿qué haces? ¡Puede venir alguien! —se defendió Josio, desagradablemente sorprendido.

—Le quiero muchísimo, eso es lo que tenía que decirle, bueno, y también advertirle de que no ande en tratos con la señora Soczek —le susurró con febrilidad, entre besos más y más apasionados.

—Te has enfadado hoy por algo, ¿no? —le preguntó Josio, intentando arrancarse de sus brazos.

—Después, si quiere, écheme a patadas, pero antes óigame, porque usted me da lástima. Josio, yo no soy más que una cualquiera que va de estación en estación... Todo el mundo lo sabe... Pero la Soczek es cien veces, mil veces peor que yo. Usted, ni siquiera se lo puede imaginar. Está casada, tiene su casa, todos la consideran una mujer decente, ¿verdad? Pues anda con los oficiales. Podría jurarlo ante un tribunal. He visto con mis propios ojos a una alcahueta que la visitaba, una mujer de las que arreglan esa clase de cosas. Pregúnteselo a la vieja Golda. Esa zorra aún le va a contagiar algo que ni san Lázaro le curará. Pero si no es más que una puta de la soldadesca... ¿De dónde cree que saca el dinero para sus trapitos? No se enfade conmigo, por favor, tesoro mío, cariño... Yo daría mi vida por usted, yo... —balbuceaba inconsciente, sin poder casi respirar por la emoción.

Volvió a sonar la campana de la estación y se dejó oír el silbato del revisor.

Frania se separó de él y fue corriendo hacia el tren, que ya estaba arrancando.

Josio estaba tan sorprendido y aturdido por lo inesperado de la escena, que ni siquiera pudo ver el tren salir.

No lograba entender por qué lo había puesto en guardia contra la Soczek.

Le daba vueltas y vueltas al tema, sin dar con una causa definida; en cuanto a las acusaciones, no les concedió demasiada importancia. Sabía de sobras que a lo largo de toda la línea de ferrocarril circulaban los chismes de forma incesante, que no había ni una sola mujer a la que no hubieran difamado, denigrado y echado barro más de cien veces; que siempre y en todo lugar, todos escarnecían a todos, sin piedad ni misericordia, igual, por otra parte, que ocurría en toda Polonia, de modo que sonrió indulgente al recordar las palabras venenosas de Frania, mientras se limpiaba con aprensión sus besos apasionados de la cara.

—Me ha ensalivado como a un ternero; gracias a Dios que se ha largado ya.

Respiró aliviado y empezó a abrir el sobre que había traído la sirvienta.

Era un álbum enviado por la señorita Irene, quien, en una carta anexa, le rogaba que escribiera en él algún aforismo o algo por el estilo.

No le apetecía lo más mínimo, pero como en la carta le rogaba de una manera muy cortés que se lo llevara en persona ese mismo día, porque estaba a punto de salir de viaje, Josio se puso a hojear aquel álbum acartonado, paseando su mirada hastiada por los numerosos versitos, aforismos y sentencias escritas en tintas de colores que contenía. Por ejemplo, sobre una de las hojas, rodeado por una corona pegada con flores de edelweis, se leía un verso escrito en negro y con una caligrafía barroca y lánguida al mismo tiempo:

Buenas noches, amado rosal
Como quieras, vuélvete hacia la pared
Buenas noches

Estaba firmado con las iniciales K. T.

Unas cuantas páginas más allá pudo ver un aforismo de Stanislaw Przybyszewski.¹⁵

Le es difícil vivir a quien no está acostumbrado.

Y al final de la página, una feminista contumaz había añadido:

Incluso el mejor de los maridos es el peor de los hombres.

¹⁵ Stanislaw Przybyszewski (1868-1927), escritor polaco representante de la corriente naturalista-simbolista, creador del llamado «satanismo literario». (*N. de la T.*)

Acabó por leer todo el álbum, hasta el final, y extraordinariamente divertido, escribió en él:

En la vida, como en el tren, a todos nos gustaría ir de gorra...

El mundo es una gran estación de ida y vuelta; la gente se arrastra por todas partes y en todas las direcciones, pero sólo los maquinistas deben estar atentos a las señales de alto.

El taquillero es Dios, sólo ve las manos tendidas hacia él.

Lo firmó con una petulancia resoluta y se fue corriendo a casa de la señorita Irene, quien no mostró especial entusiasmo ante ese aforismo ferroviario. Con todo, le insistió para que se quedara a cenar. De súbito, en la habitación contigua, se oyó un gran alboroto. Era toda la panda de jefes de estación, que estaban de tertulia.

—Por nada del mundo, aún amo la vida —declinó Josio.

—Pues vayamos a mi cuarto, allí hay silencio...

—Gracias, pero por nada del mundo entraría...

—¿Por qué? No le comprendo. —Se puso a buscar sus binóculos con vehemencia.

—Porque ahí murió uno de mis compañeros.

—¿Murió? ¿Cómo es posible? ¡No sabía nada! —tartamudeó Irene asustada.

—Ahí pereció el desdichado. Ahí vivía también, tiempo atrás, la hermana de la esposa del jefe.

—Sí, mi prima; no entiendo la relación...

—¡Ahora mismo se lo explico! Era una mujer que sentía gran curiosidad, como todas las recién llegadas a la línea, de modo que se pasaba el día en la ventana mirando los trenes. Resulta tan agradable sonreír a los pasajeros. El auxiliar del jefe de estación era entonces un joven muy apuesto y, como ella también era una mujer agraciada, la historia empezó como suelen empezar esas historias: que si ella le guiñaba un ojo, que si él la observaba a hurtadillas, que si se lanzaban unas sonrisitas, hasta que por fin entablaron cierta relación. Vinieron a continuación los almuerzos en casa del jefe de estación, los envíos de flores, los paseos a la luz de la luna y la culminación: los encuentros a solas en esa habitación, y bueno... se tomaron tantas libertades, que pillaron al pobre chico y no le quedó más remedio que casarse. Es decir, desapareció para siempre y, en consecuencia, no debería usted extrañarse de que me atemorice esa habitación —concluyó entre risotadas.

La señorita Irene, que por fin había encontrado sus binóculos y se los ajustaba sobre su nariz puntiaguda, le lanzó una mirada fulminante y salió sin decir ni pío.

Josio se sintió algo ridículo, con la impresión de que se había pasado de la

raya.

—Bueno, me dejará en paz durante mucho tiempo — se dijo.

VII

Helaba ligeramente y crujía la tierra bajo los pies. Era una noche extrañamente turbia, con una pesadez plomiza que caía sobre la nieve y parecía fruto de una desmayada extenuación. Las estrellas, semejantes a mariposas pálidas, titilaban en medio de la oscura nevisca que cubría el cielo. Lloviznaban las luces de la estación cual arco iris rojizos y los árboles desnudos espejeaban como fantasmas negros.

En aquel silencio sepulcral, inquietante, sólo los cables del telégrafo emitían sin cesar su sonido quejumbroso; los trenes veloces, su sordo zumbido, y las locomotoras, sus silbidos, que se propagaban por toda la estación como ecos hormigueantes.

Aún no era tarde, y todas las ventanas estaban iluminadas; sin embargo, en casa de los Soczek, los postigos cerrados a cal y canto no permitían ni siquiera la entrada de una brizna de luz. Josio creyó que todos estaban ya durmiendo y se deslizó en el interior de la casa como lo haría una serpiente.

Encendió la lámpara y se quedó agradablemente sorprendido al ver, encima de la mesa, un par de macetas con jacintos violáceos entremezclados de florecillas amarillas de papel, a modo de adorno.

—¡Qué chica más bondadosa! — se dijo pensando en Frania, mientras se deleitaba con la fragancia embriagadora de las flores.

De repente, apareció Magda, la sirvienta, quien le gritó desde el umbral:

—¿Verdad que son preciosos? Mi señora ha ido en persona a comprarlos, a la ciudad.

—¿Tu señora? Pues dale las gracias de mi parte.

—Déselas usted mismo, porque la señora le invita a cenar.

No tenía unas ganas excesivas de ir, pero en vista de la soledad y el tedio reinantes aceptó la invitación.

En el comedor no había nadie, pero le esperaba una mesa redonda, a la luz de la lámpara, guarnecida con un jacinto y varios platos de entremeses.

—La señora aún se está acicalando — aclaró Magda con el samovar en la mano.

Josio se entretuvo contemplando una belleza enmarcada que colgaba de la pared. Oyó a sus espaldas un murmullo y, sin tener tiempo de volverse, notó unas manos cálidas sobre los ojos. Un halo amoroso le inundó el rostro al mismo tiempo que sentía estrecharse sobre su cuerpo unas deliciosas morbideces.

—¡Ay, por favor, no se vuelva, que llevo sólo el negligé! —le susurró una voz lánguida.

Josio se volvió al instante. La mujer pegó un brinco, haciéndose la asustada, y se cubrió con ambas manos el escote kilométrico.

—Ay, no puede ser, eso no está bien, no mire, por favor —le susurraba.

—Sí que puedo, sí que está bien y sí que está permitido mirar a la mujer del prójimo —le replicó él en el mismo tono.

—¿Le gusta a usted mi batín? —le preguntó la mujer como si de repente se hubiera olvidado de sus anteriores palabras.

—Un trapito monísimo, es la primera vez que veo algo parecido.

—Sí, sí, un trapito. Admírelo, admírelo —refunfuñó y se expuso a la luz de la lámpara en todo su esplendor—. Lo he hecho yo misma —añadió con orgullo, mientras revoloteaba alrededor de Josio.

El batín, que era amarillo con bordes de encaje e iba anudado con cintas azules, le caía amplio sobre sus abundantes formas. Lucía en las orejas unas turquesas enormes de dudoso valor, y en el cuello, entre las faldas de grasa, un collar de cuentas blancas.

Un montón de pulseras le sonajeaban en las muñecas. Tenía una cara de luna, gordinflona, que le brillaba a pesar de la capa de polvos, y sus ojos, esperanzados, chispeaban provocativos.

—Precioso. Pero ¿qué fiesta es hoy para que usted se haya ataviado así?

—¿Y no se ha dado cuenta? ¿No se le ha pasado por la cabeza? —repetía ella, atravesándolo con la mirada.

—De verdad que no, ¿acaso es el día de su santo? —le preguntó Josio con total sinceridad.

—Dios mío, pero ¿qué estoy haciendo? ¿Qué pensará usted de mí? —gemía la mujer, velándose los ojos.

—¿Y qué iba a pensar? —exclamó Josio con asombro, y se sentó a la mesa.

Ella se deslizó sobre una silla y le tendió la mano salpicada de anillos.

—¡Ni siquiera me ha saludado!

—Aún peor, ni siquiera le he dado las gracias por las flores. Se las doy ahora. De todo corazón.

Tras besarle la mano, le acercó la bandeja de entremeses, pero Sofía no tenía ganas de comer.

—No puedo, me duele la cabeza y estoy tan triste, tan triste —se lamentaba.

Con la barbilla apoyada en la palma de la mano, clavó en él sus ojos lagrimeantes.

—¡Y tú también te irás, canallita! —le gritó de repente, y con una servilleta, empezó a ahuyentar al perro, que se le echaba encima con alegres ladridos.

—Magda, ¡llévate al perro! Te he dicho un millón de veces que no lo dejes salir de la cocina.

—No lo voy a atar del rabo —replicó la sirvienta, arrastrando al perro, que aullaba lastimosamente.

La señora Sofía cerró la puerta del comedor con un tremendo portazo que hizo temblar las paredes; pareció calmarse y volvió a su pose de antes. Empezó a hablarle a Josio de su soledad y de la falta de un alma hermana, hasta que consiguió que él la mirara compasivamente.

—No poder hablar con nadie, no poder quejarse ni llorarle a nadie. Imagínesse usted lo sola que me encuentro —le decía.

—¿Y su marido? —le soltó Josio para terminar de una vez con aquella cantinela absurda y llorona.

—¡Mi marido! —exclamó Sofía con una risa insultante—. Mi marido viene a casa sólo a dormir, a jugar con el perro o con la sirvienta y a ensañarse conmigo. ¿Qué puedo tener yo en común con él? Si no fuera por las circunstancias... Si no fuera por mi orfandad...

—Pues él me comentó en una ocasión que usted se había casado con él por amor —sondeó Josio.

—¡Mentira! ¡Falso! —contradijo ella con vehemencia—. ¡Cómo se le ocurre que pudiera yo amar a semejante monstruo! Me casé con él por desesperación... porque era una pobre huérfana recogida por unos parientes, porque estaba solita en el mundo y era tan desgraciada, que me vi obligada a aceptar este matrimonio desigual. Yo me apellido Kijaszewski, y no me educaron para ser la esposa de un tal Soczek, de profesión maquinista ferroviario. Dios mío, no soñaba yo con una vida como ésta, no —sollozaba restregándose los ojos.

Mentía más que la gaceta, porque Josio sabía de buena tinta que se apellidaba Kijaszek, que era hija de un guardagujas y que se avergonzaba de sus propios padres; no obstante, siguió escuchándola con la mayor atención, le besó la mano y le dijo con lástima simulada:

—¡Pobre alma! Ignoraba que el señor Soczek se comportara en el hogar de un modo tan lamentable.

—¿Lamentable?... ¡Un grosero, un bruto, un villano, un borracho y un mujeriego! —soltó la mujer de una sola parrafada—. Se le pondrían los pelos de punta si le contara yo lo que quiso hacer de mí cuando le suspendieron de empleo y sueldo por haber entrado en la cantina con la máquina del tren. Sabe, invitó a tomar el té al jefe de la comisión investigadora, me ordenó que me acicalara bien acicalada y nos dejó solos a propósito. Si no fuera porque soy una mujer decente...

—Hay un tufo extraño en esta habitación, algo se está quemando —observó Josio, echando una mirada inquieta a su alrededor.

Sofía olfateó y comprendió de inmediato que la sirvienta había vuelto a calentar el samovar con carbón de piedra, así que corrió hacia la cocina, donde no tardaron en oírse portazos, chillidos, ruidos de platos rotos y los ladridos enconados del perro.

Volvió sofocada, roja como una remolacha, y se dejó caer sobre la silla entre resuellos.

—¡Dios mío, qué desgraciada soy! ¡Ten cuidado, que vas a romper el

samovar! —le grito a Magda, que volaba por la habitación como una locomotora jadeante.

Harto de todo aquel espectáculo, Josio se dispuso a marcharse.

La mujer saltó hacia la puerta como una pantera y la cerró con sus fuertes hombros.

—No lo voy a dejar marchar. He esperado tanto este momento. Tengo tantas cosas que decirle. Sólo usted me comprende. Quédese un poco más —susurraba febrilmente.

—La verdad, me estoy aburriendo tanto, que casi no me aguanto de pie —respondió Josio con ademán de salir.

—¡Por encima de mi cadáver va a marcharse usted!

Le cortó el paso en la puerta con un movimiento tan violento, que el batín se le abrió y le saltaron los pechos desnudos.

—De verdad, tengo que irme —le dijo Josio en un tono gélido, retirándose un poco y abriendo los ojos.

—¿Está usted enfadado conmigo?

La mujer dejó caer las manos y lo miró asustada.

—No con usted, pero a decir verdad, no comprendo...

Fue a salir por la puerta de la cocina.

—No se enfade usted conmigo..., le pido mil excusas..., pero tuve que echarla, lo tuve que hacer —empezó a decir Sofía.

Se le arrojó al cuello en un estrecho abrazo y se echó a llorar. Finalmente, él comprendió los motivos de sus súplicas y, en un arrebató repentino de furia, la empujó lejos de sí.

—¿Cómo se atrevió a echarla de mi propia casa? ¿Con qué derecho? —gritaba.

—Fue terrible para mí —se justificaba ella entre lágrimas—. Yo a usted le tengo tanta simpatía... Si todos los días, como un perro, como un perro, estoy de plantón frente a su puerta con tal de verle, y usted, usted, se trae a casa a una cualquiera, a una mujer de la calle de lo más tirado.

—Me mudaré dentro de tres meses. No necesito vigilancia, soy mayor de edad. Y por lo que respecta a Frania, ¡es una mujer con más virtudes que muchas! ¡Vale cien veces más! —le espetó iracundo y abandonó la sala.

Ya en su piso, se cerró con llave, encendió la lámpara y empezó a pasearse de un lado para otro muy alterado.

—¡A la mierda con semejantes protectoras! ¡Vaca sentimental! ¡Cerde! —repetía fuera de sí.

Sufría ante la idea de que Frania, tal vez en ese preciso momento, deambulara por alguna estación, sin cobijo, a merced de las heladas.

—Pobre criatura, ni siquiera se quejó del abuso, y yo ni siquiera me di cuenta.

Al recordar toda la escena de la despedida, una lástima creciente por la muchacha se fue apoderando de él, y decidió que la volvería a traer a su casa al

día siguiente.

Se oyó un murmullo sordo y alguien que llamaba tímidamente a la puerta.

— ¿Quién es?

Se detuvo en medio de la habitación y aguzó el oído.

Nadie respondió. Pero como oyera un sollozo sofocado, abrió rápidamente la puerta, casi persuadido de que Frania había regresado.

Entró la Soczek en silencio, cubierta por un albornoz negro con la capucha calada hasta los ojos; cerró la puerta con llave y se postró a los pies de Josio.

— Tiene que perdonarme. No saldré, soy capaz de suplicarle hasta el amanecer. Si no me perdona, ¡soy capaz de suicidarme! —le rogaba en voz baja, tendiendo las manos hacia él.

El albornoz se le cayó por el suelo, y se quedó con el camisón y con unos lagrimones que le bajaban hasta el pecho.

— Pero, ¿qué hace usted? —exclamó Josio, profundamente turbado, tratando de levantarla—. Yo no me enfado, simplemente lamento lo ocurrido. ¡Si Frania no es mi amante! ¿Qué le pasa a usted? Frania sólo vino a repasar la ropa blanca. ¡Señora Sofía! ¡Dios mío! —balbuceaba asustado al ver que se le desmayaba en los brazos.

La llevó hasta la cama; la reanimó con cuidado, frotándole las sienes con agua de colonia. Por fin, la mujer abrió los ojos entre profundos suspiros; echó una mirada errática a su alrededor y se irguió de pronto.

— Dios mío, ¿qué pasa? ¿Dónde estoy? ¡Si alguien me viera así!

— Tranquilícese, estamos en el primer piso. ¿Se encuentra ya algo mejor?

— Uf, cómo me molesta la luz de esa lámpara..., por favor, apáguela. ¡Agua!

Me siento muy débil — volvió a la carga.

Josio apagó la luz, y ella, tras beber un vaso de agua, apoyó la cabeza contra el pecho de él y susurró:

— Descanso un ratito y me voy, ahora me voy, ahora, ahora...

— No ahora, no, quédate —le respondió Josio cada vez más quedo, al sentir cómo ella le rodeaba con sus brazos desnudos, y los labios ardientes le buscaban ávidamente la boca.

La noche de marzo, gris y sombría, los miraba a través de la ventana; de cuando en cuando, se estremecían los cristales al paso de un rugiente tren; de cuando en cuando, sonaba sordamente la campanilla de la estación y los silbidos broncos de las máquinas se filtraban por las ventanas.

En la habitación reinaba un silencio sembrado de susurros ardientes, de sonidos de besos, de risas inconscientes y de suspiros.

A Josio le había invadido una especie de caos interno; se hallaba sumido en la vorágine de una locura singular, alienante. El mundo entero se había borrado de su memoria, y al mismo tiempo, todo con lo que había soñado, que había anhelado, cobraba una realidad vaga, entre la viva ilusión y la quimera; todo se

hacía visible y a la par totalmente inconcebible. Tan pronto le parecía que un tren le llevaba a velocidad vertiginosa lejos, muy lejos..., como que era la princesa blanca quien se estrechaba contra su pecho; que eran sus susurros apasionados, sus besos fogosos, sus abrazos; que eran sus brazos de fuego los que lo rodeaban y lo elevaban hasta las estrellas, hacia la infinitud.

—¡Siempre te había esperado! Siempre te había querido... ¡Siempre! ¡Siempre! —exclamaba inconsciente.

Y ante sus delirantes ojos, aparecía la imagen fantástica de aquella otra, y era a ella a quien se entregaba con un transporte apasionado.

La señora Soczek, arrebatada por el ímpetu amoroso de Josio, ululaba en un éxtasis salvaje, enloquecido:

—¡Me muero! ¡Me vuelvo loca! ¡No puedo más!

—¡Y yo que te deseaba tanto, que tanto te quería ya!... —repetía él con voz apagada.

—¿Me querías? ¿Me querías? Yo, desde el primer día en que te vi, ¿recuerdas? Después no podía dormir. Pasé toda la noche pensando en ti, tanta era la fuerza de mi deseo. Hasta las paredes arañaba..., ¿entiendes? ¡Dragoncito mío, caníbal, hombre de mi corazón, diablito de mi alma!

Ella estaba como trastornada por aquel torbellino de caricias y besos insaciables.

Y Josio tardó mucho en comprender de dónde provenían los suspiros, cuál era la verdadera situación. Fue cuando Sofía encendió la lámpara, que se enfrentó a toda su mísera realidad. Una vergüenza mordiente le oprimió el corazón, sin saber aún de qué se avergonzaba más: si de sus quimeras o de lo que realmente había ocurrido.

Sofía estaba sentada junto a él, en la cama, y mientras se trenzaba los espesos cabellos, contaba unas anécdotas tan necias como escabrosas, que iban despertando en Josio una sorpresa y un asco crecientes.

En ese momento le parecía una mujer vulgar, abyecta.

—¿De dónde sacas esas historias?

Ni siquiera podía soportar el sonido de su voz.

—Pero ¿tú qué te crees?, ¿que las mujeres nos chupamos el dedo?

—¡Qué porquerías que cuentas!

—Pensaba que a ti también te gustan las anécdotas divertidas. A todos nos gustan..., son requetesimpáticas.

—Son historias para ferroviarios o para contar en la taberna, pero no resultan en boca de una mujer.

—¡Uy, uy! Si Josio se comporta como un niño malo, ahora mismo Sofía agarra el portante y se va a jugar a otro patio —hablaba con la nariz, como imitando la voz de los niños.

—Es la primera vez en mi vida que oigo algo semejante en boca de una mujer.

—Bueno, siendo así, es mejor que me vaya —replicó Sofía algo afectada.

—¡Es inmundo, asqueroso, sórdido! —estalló Josio, cada vez más irritado.

—Y Josio es malvado y desagradecido, y por eso Sofía se está poniendo muy triste, mucho. Ahora mismo tiene que pedirle perdón —farfullaba mientras lo cubría de besos.

Josio la miró con una aversión tal, que la mujer saltó de la cama, se puso el albornoz sobre los hombros y se quedó mirándolo asustada, con el aliento contenido; sin aguardar respuesta alguna, se estrechó contra su pecho entre risitas entrecortadas y alegres. Estaba convencida de que él también hacía teatro y que fingía seriedad para bromear.

Josio permitió que lo besara con una aprensión apenas simulada, y para zafarse de ella lo antes posible, le dedicó un par de trivialidades cariñosas. Ella se tragó la bola, y con el corazón que no le cabía de contento, le dio un último y apasionado beso.

—¡Tengo que irme volando! ¡Él vuelve a las tres! ¡Dios mío, cuán difícil me resulta separarme de ti! —exclamó sofocada—. Y recuerda que si miras a otra, ¡te arranco los ojos! ¡Otro en la boca! ¡Abrazame! ¡Más, más, más! Te quiero. Hasta ahora, mi hociquito dorado. Y no te me pongas triste, ni me extrañes, porque mañana vendré y pasado también. Todos los días, tesoro. *Ciao, ciao.*

—Ni mañana, ni pasado, ni nunca —tenía ganas de replicarle Josio, que cerró la puerta con doble llave, apagó la lámpara y se echó a dormir.

La noche lo envolvía enteramente con sus tinieblas grises, pero no podía conciliar el sueño. Además del cansancio y del nerviosismo que le atenazaban, tras la ventana, los trenes no cesaban de retumbar sobre las vías: corrían y corrían, venían de todas partes, iban a todas partes, pasaban sofocados y febriles. El brillo de los faros de sus locomotoras centelleaba a través del techo, y su sordo trepidar sacudía las paredes, golpeaba los cristales, mecía la lámpara.

Josio hacía memoria de todo lo sucedido; en una amalgama de pesadumbre, rencor y remordimiento, lanzó un gemido desesperado. Se preguntaba cómo podría mirar a los ojos al señor Soczek; se tachaba a sí mismo, una y otra vez, de canalla y estúpido.

Entre las amargas cavilaciones sobre sí mismo y el sonido ahogado de los trenes, volvió a rendirse poco a poco a la realidad y a abismarse en su océano de viejos deseos no cumplidos, de ilusiones, de nostalgia de aquella otra, que en esos momentos carecía de nombre y de figura, e incluso de contornos, de aquella que tal vez nunca existiría en parte alguna del mundo. Un anhelo infinito de una vida distinta, rica, y de un amor grande y poderoso.

Rompió a llorar, y entre lágrimas ardientes, tendió de deseo los brazos hacia las estrellas, hacia el firmamento, hacia algún lugar en el mundo, hacia donde se dirigían todos los trenes, hacia donde su corazón desamparado y sus ilusiones le transportaran.

Cuando, a la mañana siguiente, le despertó el guarda para anunciarle que ya había llegado el primer tren ómnibus y que frente a la taquilla aguardaban

un montón de pasajeros, montó en cólera y se rebeló contra su destino:

—No voy a trabajar, ¡que se vaya la estación entera a tomar viento! Di que estoy enfermo.

Y fue la primera vez desde que había empezado a trabajar en los ferrocarriles que no acudió a su oficina; se dio la vuelta y se quedó dormido como un tronco. Ni siquiera las violentas sacudidas de Magda lograron despertarlo.

Sería ya mediodía cuando abrió los ojos y, desperezándose, alargó la mano para coger un libro, pero asaltado por un pensamiento repentino, pegó un brinco, se vistió a toda prisa y empezó a hacer el equipaje en una maleta llena de pegatinas coloreadas con direcciones de hoteles del mundo entero.

Aunque intentó salir de la casa sin ser notado, Sofía, que acechaba tras la puerta, lo empujó hasta el zaguán.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás enfermo? Me has dejado preocupadísima, ni siquiera la criada te ha podido despertar.

—He recibido un telegrama urgente, me voy a Varsovia y regreso mañana por la mañana. Hasta la vista, el tren ya...

—¿Y no me das ni un beso? —le susurró en un tono de reproche, abrazándolo.

Los sobresaltó Soczek, quien desde el interior de la casa, pedía a gritos a su mujer o a la criada que le dieran las botas.

VIII

El tren ya se hallaba parado sobre la vía, y una multitud de judíos lo tomaba por asalto. Josio consiguió entrar en el vagón a escondidas y se pasó todo el trayecto en los corredores, yendo y viniendo sin parar, de compartimento en compartimento. El vagón de tercera clase iba lleno hasta los topes de gente, de la jerigonza de esta gente y del humo de su tabaco. En los de segunda viajaban menos pasajeros y los de primera estaban prácticamente vacíos. En uno de estos compartimentos, se reunían los revisores, entre estación y estación, para montar timbas de cartas y armar broncas.

El tren marchaba a toda velocidad y, con su silbido penetrante, dejaba atrás las pequeñas estaciones para detenerse en las más importantes, arrojar a los pasajeros, recoger a los nuevos y volver a volar con toda la fuerza de su vapor, trazando a su paso remolinos de humo negro.

Y Josio seguía paseando como un sonámbulo por los corredores vacíos, atisbando, por las puertas entreabiertas de los compartimentos, las caras desconocidas, y escuchando sus conversaciones, ahogadas constantemente por el traqueteo de las ruedas. La tercera clase le resultaba demasiado sucia y

hacinada, y para colmo, un golfante borracho tocaba sin cesar el acordeón y zapateaba con vehemencia. Por otra parte, en segunda todo parecía aburrido; los pasajeros permanecían sentados con semblantes solemnes, hablaban entre susurros y lo observaban con desconfianza, de modo que decidió volver a primera.

Abrió la ventana y contempló durante largo rato los campos nevados, cerrados por la línea azul oscuro de los bosques.

En el aire se dejaba sentir la primavera; el sol brillaba nítido, y nubes límpidas de algodón yacían sobre un cielo azul, despejado; por entre los árboles desnudos gorjeaban los gorriones, y un vientecillo fresco le refrescaba la cara encendida.

— ¡A quien le pique un rublito, que se vaya a jugar al billarcito!

— ¡Ignacy, baraja como Dios manda, no vayas a recibir una castaña de nuevo!

— ¡Sin cumplidos! ¡Coger, cortar, listo! ¿Quién apuesta conmigo?

Los revisores gritaban a sus espaldas; con profundo desdén se alejó de ellos, y como ya habían dejado atrás la penúltima estación, se encerró en un compartimento vacío, abrió la maleta y se vistió con un extraordinario atuendo de viajero: un abrigo impermeable ancho, un catalejo de viaje a la cintura, una gorra plana a la inglesa y binóculos sobre la nariz.

En cuanto el tren se detuvo, saltó al andén. Su vistoso traje a cuadros llamaba mucho la atención, así que no tardaron en acercársele un tropel de mozos de equipaje. Les entregó la maleta y, en un polaco chapurreado, encargó una calesa con dirección al Hotel Europejski.

En el hotel, como no pudo hacerse entender, tuvieron que llamar a un intérprete. Se inscribió en el libro con un nombre inglés y, tras advertir al recepcionista que podría verse obligado a viajar esa misma noche, ordenó que le condujeran hasta una cafetería.

El Lours estaba lleno hasta la bandera; a duras penas halló una mesa libre. A voz en grito, pidió en inglés un whisky con soda y el último número del *Times*.

Con su inglés y su vestimenta llamaba la atención de todo el mundo.

Los clientes de la mesa vecina ya hacían comentarios malévolos a su costa, en tanto que unas damas pintarrajeadas le sonrieron con dulzura.

Él lo soportaba todo con valentía y orgullo, y ni siquiera tembló al oír exclamar a una de esas damas, que le observaba a través de su *pince-nez*.

— Va vestido como August, el del circo, pero con todo, es un muchacho guapísimo.

— Tal vez sea un acróbata o un malabarista —añadió la otra.

Acabó de leer el *Times* y, seguido de muchas miradas curiosas; se plantó en la calle.

Sobre la ciudad caía un crepúsculo violáceo: se encendieron las farolas, y la luz de los escaparates de las tiendas se derramó sobre las aceras, atestadas de

transeúntes.

Las campanillas de los trineos resonaban a su paso.

Josio, algo aturdido por el bullicio y el tráfico de la calle, caminaba cada vez más despacio, mirando por encima del hombro a los viandantes. En la esquina de la calle Krolewska, lo abordó una bruja harapienta con un niño berreando de la mano. Se la quitó de encima con gesto altivo. Después, un vendedor de periódicos le cortó el paso a los gritos de:

¡El Correo de Varsovia! ¡El Correo de la tarde! ¡Cómpramelo, caballero! Quizá, señor conde...

Josio lanzó un juramento cuando el muchacho se le puso en medio, que entonces pegó un brinco y le soltó:

—¡Simio vestido a cuadros! ¡Más vale que te pintes de verde, burgués de mierda!

Josio apretó los dientes y siguió adelante con un caminar tranquilo, equilibrado.

Lo abordaron también unas chicas de vida alegre, pero pasó de largo, como si no fuera con él la cosa; los conductores de trineo no cesaban de invitarle a subir a sus vehículos, pero Josio fijaba en ellos una mirada vidriosa, auténticamente inglesa, según a él le parecía. Estuvo vagando así, sin objetivo, durante un par de horas, entrando en las cafeterías más importantes para imponer al personal con su atuendo, su inglés y su whisky con soda. En todas partes, su experimento surtía el mismo efecto: sorpresa, rumores ahogados, miradas curiosas y comentarios maliciosos.

—¡La provincia profunda! ¡Un agujero asqueroso! —pensaba con desprecio acerca de Varsovia, mientras seguía con su traje a cuadros y su inglés macarrónico.

Estuvo también en un par de salas de cine, y al filo de la medianoche, entró en un cabaré de baja estofa, donde ya reinaba un alboroto indescriptible y no había ni un solo sitio libre. Por fin, se le acercó un individuo de cabello rizado y rojo, que le invitó a sentarse a su mesa. Cuando Josio ordenó al camarero un whisky con soda, el hombre le sonrió con amabilidad y empezó a hablar en el inglés propio de los compañeros de botella:

—Usted está de paso, ¿verdad?

—*Yes!*—masculló Josio, echando una ojeada a la sala atestada de parroquianos.

—¡Enseguida me he dado cuenta de que es usted extranjero! ¡Si tengo yo un ojo! Éste es un local de primera, espléndido, se lo puede pasar en grande —le explicaba, acercándosele más—. ¿Le gusta aquella morena? —Y señaló a una dama con escasa ropa que brincaba por el estrado—. ¡Una muchacha estupenda! Húngara por los cuatro costados. Mire qué cuerpo. Eso no es una mujer, sino un monumento. Un pedazo de carne magnífico.

Chasqueó la lengua, y se la pasó por los labios, gruesos como belfos, lascivos.

Josio guardaba silencio, porque su atención se dirigía a un grupo de personas que en esos momentos brindaban.

—¿Es la primera vez que está usted en Varsovia? —le preguntó el hombre, infatigable, mientras se servía un whisky.

—*Yes!*

Lo cansaba la insistencia desvergonzada de aquel tipo.

—No le gusta esa morena, ¿verdad? Tiene usted mejor gusto, eso es carne para oficiales. Si tengo yo un ojo, me basta con mirarle a uno y ya sé de qué va. Si le apetece, pero que conste que no le insisto, podemos ir a otro lugar. Yo tengo aquí muchas relaciones. ¿A lo mejor prefiere algo más refinado? ¿Unas auténticas damas? También de eso hay, con tal de soltar la mosca...

Y se rió de un modo tan repulsivo que Josio tuvo que contenerse para no reventarle la botella de soda en la cara.

—Conozco una casa privada, primera categoría, sólo para la aristocracia. Ahí uno se puede divertir de verdad, se pueden ver unos espectáculos..., hay para todos los gustos. E incluso, muy en secreto, se puede uno liar con una condesa de verdad. Palabra, me dará usted las gracias. ¿O a lo mejor es que usted prefiere otra cosa? —Y le susurró algo al oído con una sonrisa de conmiseración.

Josio enrojó hasta la raíz del pelo, pagó la cuenta y salió sin decir palabra.

El pelirrojo lo alcanzó en la puerta y le dijo algo turbado:

—Yo se lo decía desinteresadamente, en plan de amigos...

Josio se volvió de golpe y le soltó en un polaco perfecto, con dureza:

—¡Lárgate, no sea que como amigo te parta la cara, alcahuate!

El pelirrojo se retiró rápidamente y, aún más rápidamente, se perdió entre la muchedumbre.

Josio llegó hasta el guardarropía, y cuando ya se hallaba en el umbral, se dio de bruces con un colega de la estación vecina, que, con una curda monumental, se le echó a los brazos:

—¡Qué tal, Josio! ¡Una montaña no tropieza con otra, pero una jeta con otra, siempre!

Josio lo apartó con brusquedad y le respondió en inglés, con engreimiento:

—Perdón, no tenemos el gusto de conocernos.

—¡La Virgen Santísima! Yo que hubiese jurado —balbuceó el otro, asombrado.

Josio pareció no inmutarse y, aunque en realidad estaba algo nervioso, lo miró de arriba abajo y, sacudiendo los hombros, salió a toda prisa del local.

Sin embargo, una vez en la calle, se ruborizó de vergüenza y por un momento lo hastió todo aquel simulacro.

Ese encuentro lo había deprimido y enojado.

En el hotel armó un escándalo, sin motivo alguno, de modo que acabó por agarrar la maleta y volver a casa en el primer tren que pasaba.

IX

Por la mañana, a la hora de costumbre, Josio se fue a trabajar. Anduvo todo el día taciturno; suspiraba, miraba fijamente los campos soleados y, cada vez que entraba un tren, salía de la oficina.

—¿Espera usted a alguien? — le preguntó el jefe al final.

—¡No, no!— contestó, sonriendo de forma ambigua.

—Ayer, otra vez fue usted a Varsovia. ¿Alguna cita de amor?

—¡De qué me habla!... Tuve que hacer unas gestiones.

—¿Rubia o morena? Reconózcalo — insistió el jefe.

—¡Pelirroja! — susurró Josio enigmáticamente—. Terciopelo y lirio. Una piel de melocotón.

—Pecosa, seguro, y a lo peor judía. Gracias por ese melocotoncito cebollero.

—Una inglesa de pura cepa. Ni una palabra de polaco. ¡Una mujer de mundo! — murmuraba Josio con creciente arrebató.

—¿Y de dónde ha sacado usted semejante ejemplar? — le preguntó el jefe con gran curiosidad.

—¡En el tren! — exclamó él triunfante, y en medio de la sala de espera le empezó a contar una historia inaudita:

—Había emprendido yo un viaje de negocios, es la pura verdad. Me fui a sentar en primera clase, y cuando entré en el compartimento, ya había una pareja. Ella, un ensueño rojizo y dorado con ojos de zafiro, blanca como la nieve, la boca de sangre, una presencia de emperatriz. Él, un pasmarote que tocaba con la cabeza al techo, afeitado pulcramente, mandíbula de cocodrilo, ojos de carpa hervida, vestido a cuadros de los pies a la cabeza, en fin, una cara de lord como las que salen en las revistas de humor. Me senté frente a ella. ¡Una mujer-champán! Así que al cabo de un ratito, empecé a echarle miraditas, nada; intensifiqué el ataque, nada. ¡Un mármol! Traté de echarle un cable..., retiró el piecico y sonrió.

—¿Es usted tan atrevido?

—Es mi método. Con las mujeres, hay que ir con pasión y descaró... O recibe uno un tortazo en el acto, lo cual por otra parte no excluye nada, o la cosa va como la seda...

—También se puede recibir un bastonazo del marido — observó irónicamente el jefe.

—¡Qué va, era una gente muy educada!—replicó Josio con una soberbia demoledora.

—También los educados arrear leña a los amantes de sus mujeres. ¿No recuerda como el jefe de la estación de Rososzy apaleó al Petirrojo?

—Bah, ¡esos eran unos ordinarios! Se apuñetaron como un par de jornaleros, en pleno andén, delante de todo el mundo. Resulta difícil considerarlos educados. ¡Qué dice, hombre! Vuelvo a mi historia. La pareja hablaba en inglés; discutían con saña, como un matrimonio de verdad. En este aspecto, la aristocracia no se diferencia en nada del vulgo. Me oculté tras el periódico, y mirándolos de reojo, seguía yo con mi maniobra. Por fin respondió, al mismo tiempo que me hacía una señal de advertencia en relación a su marido... —contaba Josio con pasión, exaltado por sus propios embustes.

—Pero sería una mujer ligera de cascos, ¿no?

Josio le sonrió condescendiente y le dijo con profunda convicción:

—Respetable señor, incluso la mujer más decente puede permitirse el lujo, por lo menos una vez en su vida, de echar una cana al aire, si no es demasiado fea ni demasiado estúpida. Así que, estimulado por su sonrisa, intenté de nuevo enviarle señales, cuando de repente, el pasmarote de su marido se levantó y empezó a buscar algo por el compartimento. Resulta que se había olvidado una maleta en la frontera. En la primera estación trató de poner un telegrama, pero como es natural, nadie entendía ni jota de lo que decía. Entonces yo desempeñé primorosamente el papel de Ángel de la Providencia; les arreglé todo lo que había que arreglar y seguimos nuestro viaje en la mejor de las compañías. Al atardecer estábamos ya tan amigos, que me pidieron, con plena confianza, que les mostrara la vida nocturna de Varsovia. Ella me miraba cada vez más amorosa. Pernoctamos en un hotel, y el resto ya marchó por sí solo, sobre ruedas, se lo digo, sobre ruedas...

—Es francamente increíble, ¡vaya suerte! —suspiró celoso el jefe de la estación—. Pero sinceramente, no entiendo cómo... ¿y cuándo...? Eran un matrimonio, debieron haber tomado una misma habitación.

—Ante todo, un pequeño detalle: la gente de esa clase toma, por lo general, todo un apartamento, puesto que llevan servicio. Además, Dios mío, ¿para qué está el ingenio, la sutileza y la maña? —Se rió con una lacerante seguridad en sí mismo—. Los llevé a diferentes lugares de Varsovia a fin de enseñarles lo único digno de enseñar entre la medianoche y la salida del sol. Naturalmente, lugares sólo abiertos para los iniciados, lugares donde sólo se juega y donde sólo se elige, y lugares donde sólo se mira...

—¿De verdad conoce usted locales de ese tipo en Varsovia? —le preguntó el jefe con mirada incrédula.

—Lo puedo convencer a usted, pero se lo advierto, cuesta un ojo de la cara.

—¡Qué barbaridad! ¡Una historia de novela!

—La vida, amigo, es la más interesante de las novelas —sentenció Josio.

—¡Un tío afortunado es lo que es usted! Madre mía, yo sólo una vez intenté en el tren un numerito semejante y se armó tal escándalo, que por poco me echan a la calle. Resultó ser la hermana de uno de nuestros dignatarios. Y lo que me hizo pasar después mi mujer, no se lo deseo ni al peor de mis enemigos. Bueno, me voy ya... Pero viene usted a cenar con nosotros... Ha llegado la

señorita Kalinski.

—En su casa no hay más que una tripulación permanente de solteras, que, por otra parte, va cambiando.

—Porque a mi mujer le encanta hacer de casamentera.

—Y usted también saca algún provecho del negocio, ¿no?

—A veces, a veces. ¿Vendrá? Porque debo advertirle que...

—Hoy no puedo. Esta tarde voy a casa de Mikado, a su fiesta de despedida.

Salió del trabajo antes de lo habitual y corrió a casa para cambiarse de ropa, pero Sofía le andaba a la zaga..., de modo que se vio obligado a marcharse en un tren de mercancías, al filo de la medianoche.

X

El tren lo arrojó en una estación de cercanías y después siguió su trayecto.

En el andén reinaba el vacío, el frío y una humedad oscura; sólo en algún punto de la estación titilaba la luz roja del disco de señalización. Era una noche cerrada; el viento murmullaba sordamente, caía una lluvia molesta y menuda, y griseaban los campos empapados en nieve. Josio echó una ojeada a la oscuridad circundante, se guardó el binóculo, alzó el cuello de la chaqueta y avanzó decidido por el campo de la estación, mojándose en los charcos y tropezando con los raíles.

Mikado vivía a dos verstas de la estación, pero, afortunadamente, en el primer paso a nivel lo estaba esperando el guardabarreras, quien, al oír sus pasos, agitó la linterna y gritó:

—¡Estamos aquí! ¡Chicos, preparad el carro! Pensábamos que ya no vendría.

—Es que perdí el tren ómnibus. ¿Hace mucho que esperáis?

—Desde que ha pasado el rápido. El guarda nos ha ordenado esperarle, aunque fuera hasta el amanecer.

Rechinaron las ruedas del carro sobre los raíles y alguien gritó en la oscuridad:

—¡Preparado! ¡Nos plantaremos en un santiamén! ¡Wojtek, da con el palo! ¡Venga, más ánimo!

Dos obreros pusieron el carro sobre el terraplén y empezaron a empujarlo con unos palos largos, como si fuera una barca en un banco de arena; un tercero se precipitaba por detrás y golpeaba con todas sus fuerzas, asomándose de cuando en cuando al borde para tomar un respiro. El carro retronaba, y al enlazarlo a los carriles, rodó como una bola por una pendiente.

—¡Ten cuidado con las señales! —recordó Josio, que se sentó en la parte delantera, al lado del guardabarreras de la linterna.

Frente al carro, volaba un círculo de luz en el cual centelleaban los raíles; las traviesas húmedas, grises y temblorosas bajo la llovizna; los postes de telégrafos, y las dormidas casitas de los guardavías.

—¿Hay muchos invitados?

—No pocos. Desde el tren correo he llevado tres carros cargados.

—¿Y sólo hombres? —le preguntó Josio.

—¿Con quién iban a venir? ¿Con sus esposas? Sólo hay una mujer, esa chica que siempre anda deambulando por las estaciones. Y sin ella también hubiera habido fiesta. Llegó anteayer por la noche y ahí está metida...

Se cruzaron con un tren de mercancías que resoplaba pesadamente al avanzar cuesta arriba.

—Un tren nos pisa los talones, ¡ahora viene la estación! —anunció uno de los trabajadores.

—Ánimo, chicos, por lo menos que lleguemos hasta el paso a nivel.

Un estruendo sordo, rápido, monótono y trepidante se les acercaba a una velocidad vertiginosa; apenas abajado el carro, el tren les pasó por delante como un huracán, entre los destellos de sus luces rojas, para desvanecerse de inmediato en la noche, en la profundidad de las zanjas.

—¿Y qué sucede allí? ¿Se están golpeando, o qué? —preguntó Josio, señalando una ventana iluminada, no muy lejos del paso a nivel, de donde procedían unos ayes lastimeros.

—¡Ojalá fuera así! Es Kowalik, que está a punto de irse al otro barrio. Es ese desgraciado al que se llevó por delante un tren —explicó el guardabarreras.

—No estoy enterado del caso. ¿Cuándo fue?

—Hace unas cuantas noches, cuando los trenes se quedaron parados. Estaba haciendo la ronda y se levantó una gran tolvanera; no distinguía ni sus propias manos, y el expreso lo golpeó con los topes. Se le reventaron todas las costillas. ¡Y pensar que sólo hacía un año que el jefe le había dado el puesto de guardavías! Pronto le ha llegado el retiro, pronto. ¿Aún respira, Michaz? —le gritó a alguien que caminaba de regreso a su casa con un farol.

—Está en las últimas. No pasará del alba. El pobrecillo sufre tanto que se le parte a uno el corazón —le respondió el transeúnte con la voz emocionada.

—¿Ha venido el médico?

—Tres veces ha estado. Hizo lo que pudo y ahora la muerte hace el resto...

No hubo más tiempo para charlas: el carro volvió a bambolearse, pero ya más lenta y pesadamente, ya que el camino subía y a trechos viraba; además, las ráfagas de viento y lluvia se intensificaban por momentos, de modo que debían avanzar con mucha cautela, atentos a las luces de señalización que, como ojos asomados a la oscuridad, vigilaban la línea ferroviaria.

Al franquear el bosque de altos y negros árboles, el miedo les atenazó la garganta; en medio del susurro lúgubre de la naturaleza, del gemido de los cables telegráficos, de los sonidos incógnitos procedentes de recodos impenetrables, sintieron que la muerte les acechaba.

Alguien empezó a musitar una oración mientras el guardabarreras se lamentaba a Josio de su triste destino, de la fiereza de las máquinas, de lo extenuante del trabajo, día tras día, sin fiestas, lloviera o helara, hubiera sol o luna.

Josio asentía, pero de repente, lo interrumpió con cierta aspereza para preguntarle si estaban muy lejos del final del trayecto:

—A unas tres verstas, más allá del bosque.

—¿No lamenta usted la partida de Buczek? —sondeó Josio, un poco sin ton ni son.

—Claro que sí, es un buen hombre, justo, comprensivo y no un chupasangres como otros. Habla con todo el mundo de tú a tú, se ríe y se interesa por todo; hablar con él le alivia a uno el alma. Fue él quien sostuvo a mi hijo frente a la pila del bautismo. ¿Es verdad que se va a París a estudiar pintura?

Tras oír la respuesta afirmativa de Josio, el guardabarreras expuso, en un tono algo más serio, sus temores sobre el proyecto de Buczek, lo desacertado que resultaba que, siendo todo un señor ingeniero, un funcionario, un erudito, un hombre que gozaba del respeto de todos los que le rodeaban, incluso del presidente, pues él mismo los había visto más de una vez tomados del brazo, un caballero que no tenía mal empleo, apreciado por la estación entera, que se iba a jugar sus partidas con el cura y poseía además un buen pedazo de tierra y caballerizas, se marchara a París, a escalar paredes con el pincel, como si fuera una ardilla, y a vivir como un miserable. En fin, que sólo alguien que hubiera perdido el juicio podía haber tomado una decisión de esa índole.

Y lo que era peor: algunos mantenían que Buczek escapaba a tierras más cálidas, a la buenaventura, y no a París a hacer de pintor.

Josio se partía de risa y soltó con sorna:

—Sí, a tierras más cálidas, donde crece la pimienta y todo está rodeado de canela.

—Yo no sé nada. Sólo repito lo que andan contando —replicó el guardabarreras.

—Lo que le pasa a Buczek es que ha perdido un tornillo —quiso cerrar la conversación Josio.

—Lo mismo dice el jefe de estación, dejar un empleo así...

Josio no volvió a abrir la boca; se quedó sentado, con aire tan taciturno como la noche que los envolvía. La envidia le devoraba el corazón, y en esos momentos sentía por Buczek una aversión tan extrema que, una vez llegaron a destino, dijo a bocajarro:

—Ya se convencerá Buczek de que en todas partes los perros caminan descalzos y volverá a nosotros con el rabo entre las piernas.

—Pues como guardar el empleo, no se lo guardarán.

—Siempre puede trabajar de obrero —cortó Josio en un tono despectivo.

La casa de Mikado Buczek se alzaba en el fondo de un huerto anexo a un

bosque. Aunque todas las ventanas y puertas estaban cerradas, ya desde las vías se percibía el alboroto que reinaba en el interior.

—Se divierten como lechones bajo la lluvia — se dijo para sus adentros Josio al entrar en el vestíbulo—. ¿Está el señor en casa? —le preguntó a Macius, el criado.

—¡Están todos! ¡Una fiesta por todo lo alto! ¡Una juerga de miedo! —se sonrió, melifluo, el sirviente.

Del fondo de la casa procedía un torrente de risotadas y ruido de conversaciones, pero como nadie salió a recibirlo, Josio, ofendido, creyó que lo mejor era emprender el camino de vuelta. De pronto, Frania acudió a su encuentro, corriendo y gritándole palabras cariñosas. La muchacha, que había bebido como una esponja, apenas se mantenía en pie, y daba vueltas a su alrededor, olfateándole.

—Perfume de heliotropo, como el que usa la señora Soczek. No sé por qué se deja usted tentar por una vieja cotorra como ella.

—Déjame en paz y no te metas en mis asuntos —replicó Josio—. Anda, vamos a comer algo.

Del comedor procedía el trueno potente de un canto que estremecía las paredes:

Nuestra bandera se agita...

—¡A callar, burgueses! ¡Viene el señor Josef! ¡A callar, joder! —gritaba Frania en vano, ya que nadie en aquel coro salvaje, desentonado y ebrio, tenía intención de oírla.

La habitación estaba negra de humo, y hacía tanto calor que todos estaban sentados al desgaire, sin chaquetas ni chalecos; les caía el sudor por los rostros enrojecidos y tenían los ojos llameantes, vidriosos.

Chillaban con todas sus fuerzas, apuñeteando la mesa y zapateando vigorosamente, hasta tal punto que las paredes temblaban, los cristales trepidaban y los perros del patio ladraban. Mikado permanecía de pie y llevaba el compás con la mano; era el que más berreaba y taconeaba. El guarda dormitaba espatarrado en el diván con su enorme barriga y, de vez en cuando, unía al coro su poderoso chorro de voz; sólo Kaczynski callaba, y encogido en un cabo de la mesa, se encendía la pipa, que se le apagaba a cada instante, y bebía vodka tras vodka intercalados con cerveza.

Y los maldecía con furia creciente.

—¡Mira lo que están cantando, la madre que los parió! ¿Bebemos un trago? —le murmuró a Josio, quien, a su lado, se deleitaba con la comida servida diligentemente por Frania.

—¿Por qué no? ¡Que canten si con eso se desahogan! ¿Está Soczek?

—Está metido en la cocina, preparando el aguardiente de miel. ¿Qué pasa, siente nostalgia de él?

—A mí ya se me revuelven las tripas de tanto oírles. ¿Bebemos otro trago?

—Dicho y hecho. Desde el terraplén se les oye; sólo falta que les oiga quien no tiene que oírles.

—Macius; suelta al perro que vigile un poco. Venga, Frania, ¡más cerveza! A mí estas canciones ya me revientan; se me suben más a la cabeza que el vodka.

—Chillan como un perro en luna llena. ¡Su puta madre! —gruñía Kaczynski con más y más rabia.

—¿No le gustan a usted éstas canciones? —le preguntó Josio.

—Yo soy del sesenta y tres,¹⁶ no una basura internacionalista —respondió Kaczynski amenazadoramente.

Y Frania le volvió a escanciar la copa, mientras ella se bebía otra.

—No bebas más, mujer, ¡que casi no te aguantas de pie! —le advirtió Josio, retirándole el vaso.

—¡Sólo una pizquita! Sólo una gotita, ¡pero si sólo me mojo los labios! ¡Si he sido yo quien ha elaborado este licor! —farfullaba Frania casi inconsciente, mientras trataba de agarrar la botella. De repente estalló en una carcajada, saltó sobre la silla y se arrancó a cantar, agitando los puños, con voz ronca, borracha:

¡Muerte al mundo viejo y ruin!

¡Venga, adelante, adelante! Alcemos nuestro canto...

De súbito se oyó un fuerte timbrazo. Todos callaron en el acto.

—¡La bofia! —exclamó alguien con temor.

—¡No los dejéis entrar! ¡Apaga las lámparas, Macius! Di que no hay nadie en casa.

Se oyeron llamadas en voz baja desde todos los rincones, y como Macius tardaba en aparecer, el mismo Mikado fue a ver quién llamaba a la puerta.

Reinaba un silencio agorero, se miraban los unos a los otros con inquietud, y Frania, muerta de miedo, se abrazó a Josio. El guarda se puso cara a la pared y empezó a roncar como si estuviera durmiendo.

—¡Qué tíos más valientes, su puta madre! —refunfuñó Kaczynski—. Bebemos un trago, ¿vale?

Al cabo de un rato, apareció Mikado con un telegrama en la mano, radiante de alegría:

—Mi mecenas, que me obsequia con un poco más de dinero para el viaje.

—Pues si es así «A la salud de este mecenas grande, bebamos señores bastante» —rimó con un gesto de brindis el telegrafista flaco a quien apodaban el Petirrojo.

—¡Viva el mecenas y que le nazcan muchos hijos! —tronó el guarda,

¹⁶ Se refiere a la insurrección patriótica (1863) de los polacos en los territorios ocupados por la Rusia zarista. (*N. de la T.*)

levantándose del diván de un salto.

—¡Bravo! ¡Viva! ¡Arriba con él!

Y tintinearón las copas al brindar.

—¡Sigamos cantando! ¡Voy allá! ¡Un, dos, tres! «¡Y el color...!» ¡Listos, señores! ¡En marcha!

—«*Y rojo es el color de mi bandera...*» ¡Mal, Swiderski, desentonas, joder! «*Y rojo es su color...*»

—¡Zielonka, cierra el pico! ¡No cantemos eso, que la broma nos puede costar cara! —le frenó con energía el guarda.

—¡Piérdete, hermano, y hagan sitio, que ya viene el vodka! —se desgañitaba Frania, apartando a todos a codazos, con una enorme y llameante ponchera en las manos.

Se apagaron todas las lámparas, y a la luz de las llamas azules y rojizas, titilantes, del ponche, los rostros cobraron un aire fantasmagórico, cadavérico; agazapados en silencio en torno a Buczek, todos tendieron los vasos, que éste iba llenando con solemnidad. Una vez concluida la ceremonia, el Petirrojo se dirigió al anfitrión en voz alta:

Y ahora seamos rojos, seamos blancos

Brindemos a la salud de Mikado.

De repente, se pusieron a berrear con todas sus fuerzas, levantaban a Mikado en hombros, lo besaban. Parecían posesos. Zumbaban como abejas en una colmena, pero el ruido aun se hizo más insostenible cuando irrumpieron tres perros enormes en la habitación, correteando y ladrando alegremente, tras los que andaba el sirviente con la vana intención de agarrarlos. Era un espectáculo de circo; Frania, tumbada sobre el sofá, con las piernas en alto, reía y chillaba. El Petirrojo golpeó una vez más la botella para pedir un momento de silencio y pronunciar de nuevo unas palabras a guisa de brindis:

Ha llegado la hora, caballeros,

de brindar a la salud de Soczek, su hijo y su señora.

Estallaron más vivas, más risas, más gritos.

Volvieron a encenderse las lámparas, y todos se sentaron, a sus anchas, donde más les plació. Mikado se puso junto a Josio, y se sumieron en una conversación secreta, en voz baja. Kaczynski había entablado una encarnizada disputa con Zielonka y Swiderski; tronaba iracundo, encendía pipa tras pipa y se mesaba la barba, mientras el guarda se refocilaba con Frania sobre el sofá, entre sus risotadas histéricas, y el Petirrojo se paseaba con un vaso en la mano y hablaba consigo mismo a media voz. Algunos se pusieron a jugar a la baraja en una esquina de la mesa, y los perros andaban royendo los huesos en una enorme palangana cerca de la mesa. El único en cuidarse de los invitados era

Soczek; en cuanto divisaba un vaso vacío, acudía solícito a llenarlo.

Estaba rojo como una remolacha y tan enternecido por los efectos del vodka que con todos brindaba y a todos besaba, con los ojos llenos de lágrimas.

—Así que te vas mañana con toda seguridad... —le dijo Josio a Mikado, mientras bebía un trago.

—Sí, mañana es el día de mi liberación. Pasaré un par de horas en Varsovia para despedirme de mi mecenas, y por la noche, a correr mundo. ¡El mundo, grande y libre! —exclamó Mikado con una faz radiante.

—¿Ya tienes todo preparado? —Josio apenas podía pronunciar estas palabras.

—Todo. El pasaporte en el bolsillo y el dinero cerca del corazón. Mira, un giro por valor de mil doscientos francos, a cobrar en París, y unos cuantos billetes —respondió Mikado, echando sobre la mesa cinco billetes de cien y contemplando con fruición sus colores de arco iris—. Son mis vacas, mis caballos, toda la hacienda y los ahorros —añadió con orgullo.

—Con eso sólo tienes para pasar un día en París —susurró Josio con una sonrisa forzada, sin poder apartar los ojos del dinero y sin poder contener el deseo de acariciarlo con las puntas de los dedos.

—Bueno, no voy a París de juerga. Tiene que bastarme por lo menos para dos años. El billete de tren hasta París me lo ha regalado la dirección, y antes del viaje ya no voy a gastar ni un céntimo.

—¿No tienes miedo del futuro? —insistió Josio.

—Si poseo talento, el futuro es mío, si no... —dudó con timidez...

—Siempre puedes volver a los ferrocarriles... —prosiguió Josio con ironía—. No me cabe la menor duda de que aún veremos ese día feliz.

—No dentro de un año, quizá dentro de diez... De todas formas, daré que hablar.

—¡Espera sentado, que de pie te cansarás! —escupió maliciosamente Josio, incapaz ya de ocultar su irritación.

Mikado no pudo oírle, porque en ese mismo instante había estallado una fuerte disputa entre los que se hallaban sentados a la mesa.

Swiderski se esforzaba con vehemencia en demostrar algo que la mayoría de los comensales parecían rechazar. Finalmente, Zielonka pegó un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Maldita sea, asquerosos burgueses! Hay que escaldaros a todos con agua hirviente, como a las chinches, para que así tal vez sintáis que un obrero es una persona y que tiene sus derechos como tal. Pero os lo digo yo: llegará el día de ajustar las cuentas, y nosotros seremos los jueces.

—Llegará, llegará, y más de un camarada tendrá que volver a la azada —replicó el guarda a voces, levantándose del sofá y zarandeando a Kaczynski—. Venga, no te duermas, que ha llegado la hora de marcharnos.

—Pues volverán a la azada; los que no podrán volver a nada serán los ex hacendados. Como no sea a dormir bajo un puente y pedir limosna.

—Señores ex humanos y señores futuros humanos, pido la palabra — exclamó el Petirrojo, tamborileando en la botella.

Pero su voz se perdió entre los gritos y las voces del resto de la compañía.

Kaczynski entreabrió los ojos, encendió su pipa y se dirigió a Josio:

—Cerdos demócratas. Hace dos días que andan a dos patas y con sus galas socialistas, y ya están tratando de imponerse a los demás — dijo mientras un joven de corbata roja y cuello engominado llamaba desesperadamente a la concordia.

En vano rogaba y maldecía el muchacho; todos hablaban e intentaban convencerse mutuamente a voces, sobre las que dominaba la voz de bajo del guarda. Hasta las lámparas se balanceaban. La trifulca arreciaba por momentos y ya se mezclaban asuntos personales, conatos de lucha y ojos que echaban chispas de rabia.

Soczek se esforzaba por atenuar la violencia sirviendo vodka y bebiendo con cada uno por separado.

Francia se había quedado dormida sobre la otomana, en tanto que los jugadores seguían con su partida intercambiando frases breves y apagadas.

Josio era el único en mantenerse aparte de todo.

Sentado al lado de Kaczynski, no apartaba los ojos de Buczek, en cuyo rostro se reflejaba la felicidad. Como le fue imposible soportar tal visión, empezó a merodear por toda la casa. Incluso echó una ojeada a la cocina, donde el sirviente y un par de obreros bebían sus vodkas la mar de alegres.

Por fin salió afuera de la casa.

Expuesto al fuerte viento y a la lluvia, no podía barrer de su corazón la pena, la envidia devoradora y un sentimiento descorazonador de impotencia.

A ratos se llevaba la mano al bolsillo, como si quisiera tocar el fajo de billetes que Mikado le había mostrado. Caía la mano y helaba su alma una bruma de inquietud y odio aún más devastadora. Había bebido con Soczek, había bebido con Kaczynski, había bebido con todo aquel que se lo había propuesto, pero el vodka no le había producido ningún efecto.

Era dolorosamente consciente de todas las sensaciones que lo embargaban.

Finalmente, decidió volver al interior de la casa y se echó sobre la otomana. Tumbado con los brazos abiertos de par en par, se ensimismó en lo más profundo de sí; se sumergió por completo en un abismo adonde todos los sonidos externos llegaban como un eco debilitado, apagado; le acechaba una idea que aparecía paulatinamente clara, perfilada e imperativa.

Era ésta una idea tan salvaje y horrenda que se sintió recorrido por escalofríos. Y sin embargo, se asía a ella febrilmente, la iba grabando en su mente como con un buril de hierro, lo reconfortaba y engendraba en su alma una decisión inquebrantable.

No faltaban momentos en que se dejaba oír la voz acallada de su conciencia; entonces, Josio observaba los rostros de sus compañeros y escuchaba su algarabía con el corazón acelerado, pues se le antojaba que

secreteaban entre sí y miraba en su dirección de un modo extraño. Se sentía como si tuviera la cabeza en la picota; con el corazón encogido y empapado de sudor, se deslizó furtivamente hacia el vestíbulo sin atreverse siquiera a levantar los ojos.

Huyó, pero la idea imperiosa lo hizo volver; se tumbó de nuevo sobre la otomana y se entregó a sus cábalas, cada vez más osada y detalladamente.

—¿Te encuentras mal? ¡Toma un café! —le aconsejó Mikado al darse cuenta de sus idas y venidas.

Josio no contestó, simulando estar profundamente dormido.

Daban las dos de la madrugada cuando empezaron a levantarse de la mesa y a prepararse para salir; sacaron de la otomana a Frania, y Soczek le gritó a Josio:

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡Arriba! —le chilló al oído con todas sus fuerzas.

—¡Ha agarrado la curda del siglo! ¡Señor Josef! ¡Los carros ya nos están esperando! ¡Perderemos el tren!

Josio farfulló algo como entre sueños; se volvió de cara a la pared y se puso a roncar. Soczek renunció a su labor y echó un trago a toda prisa; bebieron todos la copa de despedida y dijeron adiós a Buczek entre abrazos y deseos efusivos de suerte en su nueva vida. Muchos tenían los ojos llenos de lágrimas sinceras, y Frania, bajo el efecto de aquel enternecimiento general, empezó a llorar y a besar a todos.

A Buczek se le hizo un nudo en la garganta de la emoción.

Ya estaban a punto de salir cuando a Soczek se le ocurrió una idea de lo más extravagante: beber a la salud del pobre de Josio.

Chocaron las copas, rodearon al durmiente, y el Petirrojo pronunció el último brindis de la velada:

A la salud del pobre desgraciado de nuestro taquillero
¡Que siga roncando y nunca esté muerto!

Se retiraron entre carcajadas, y al cabo de unos instantes, se oyó el traqueteo de los carros que se alejaban. La casa quedó sumida en el silencio.

Macius sorbió los restos de alcohol de las copas, apagó la luz y se marchó a dormir.

El dormitorio seguía iluminado; como las puertas estaban abiertas de par en par, un haz de luz alcanzaba la otomana sobre la que yacía Josio, quien oía y veía todo. Frania se estaba poniendo unos papillotes en el pelo, y Mikado tiró la corbata y el cuello de la camisa a un rincón; escondió la cartera bajo la almohada, se desnudó deprisa y se metió en la cama.

—Mañana ya dormiré en el tren —exclamó alegremente—. Qué fiestorra, ¿eh?

—Han bebido y gritado por y para toda la vida, pero el único que se ha emborrachado como una cuba ha sido Josio.

—Porque ha chupado como cuatro. El marquesito se cree que es ves a saber quién, y para la bebida tiene la cabeza de una niña. —Mikado bostezó largamente—. Querida, ponle algo debajo de la cabeza y cúbrelo, no vaya a ser que se nos enfríe.

Josio cerró los ojos y fingió de nuevo respirar profundamente; Frania le puso la almohada, lo cubrió con un capote de piel, acariciándole cariñosamente el rostro, y cerró la puerta del salón tras de sí.

—¡No cierres, que nos vamos a ahogar! ¡Venga, ven a la cama, que tengo mucho sueño!

Se apagó la lámpara, y el reloj dio las tres de la madrugada.

—Podemos divertirnos aún hasta el mediodía, eh, Frania —susurró Buczek somnoliento.

Aunque del dormitorio procedían unos débiles chasquidos, el silencio se fue apoderando de toda la casa. En el cuarto donde yacía Josio; las cortinas de las ventanas estaban abiertas, así que reinaba una oscuridad parcial; la noche se filtraba a través de los cristales, y la lluvia repiqueteaba con un ritmo continuo, narcotizante. Las tuberías gorgoteaban sin cesar; a veces, el viento rugía y forcejeaba con los árboles.

Josio permanecía sumido en sus elucubraciones; de repente se dijo a sí mismo, casi en voz alta:

—A las diez ya estaría en la frontera...

Se asustó de su propia voz; aguzó el oído tratando de percibir el menor de los sonidos. Nada se oía en la habitación contigua: la pareja parecía haberse quedado dormida. Sólo de detrás de la estufa brotaba una especie de murmullo.

Pasó un tren con el bramido de un trueno. Las paredes se estremecieron.

—¡Algún expreso! —pensó Josio, saliendo de debajo del capote, que le quemaba como un fuego.

Se sentó en la otomana y se convirtió en un ser todo oídos.

Tenían un sueño intranquilo. Frania murmuraba algo entre sueños. Buczek no paraba de dar vueltas y la cama de rechinar.

Josio oía los latidos violentos de su corazón.

En lontananza, ladraban los perros y un tren avanzaba jadeante.

Josio se puso en pie cautelosamente, pero con todo, el suelo crujió. Se quedó como petrificado. Miró hacia las puertas abiertas de la habitación con el aliento contenido.

Dormían; pudo oír sus respiraciones entrecortadas, febriles, y el monótono frufrú del péndulo del reloj.

Sacando fuerzas de flaqueza, siguió adelante, pero con tan mala suerte que a su paso tiró una silla con gran estrépito. Fue como si el techo se le viniera encima; el pánico le ahogó un grito en la garganta. No se atrevía a moverse, ni siquiera a respirar. Como una eternidad, los segundos transcurrían en su cerebro tumultuosamente; se inclinó como un árbol talado, casi sin conciencia.

Sin embargo, nadie se despertó; Buczek seguía roncando ruidosamente.

Suspiró con alivio tras la terrible conmoción, y con los ojos inquietos, calado en sudor, avanzó hacia las puertas abiertas extendiendo las manos precavidamente para tentar el terreno. Debía detenerse a menudo, ya que a momentos le faltaban las fuerzas para continuar, como si hubiera caminado siglos enteros.

El reloj dio la hora, pero no pudo captar cuál. Sólo había percibido un sonido continuo, agudo, que se dispersaba.

Aunque avanzaba sin cesar, le seguía pareciendo que las puertas estaban demasiado alejadas, como en el confín de un desierto inabarcable. Era tal su nerviosismo que incluso se olvidaba en algunos momentos de dónde se encontraba, y cualquier rumor se le antojaba un estruendo.

El susurro del viento era como un huracán, y la oscuridad lo sumía en una profunda angustia.

Echó una ojeada a su alrededor de modo inconsciente. Creyó adivinar miradas ominosas a su entorno, sombras acechantes que, desde todos los rincones, le abordaban y le susurraban palabras ininteligibles.

Con todo, no se rindió a ese delirio alucinante; algo más poderoso que el miedo anidaba en su alma y lo empujaba irremediadamente, sin que pudiera resistirse a ello, aunque lo hubiera deseado. Por fin, una vez hubo alcanzado la puerta, huyeron todos sus temores y todas sus alucinaciones, y se sintió en perfecta calma y decidido a lo que fuera.

Se encorvó como si fuera a dar un salto mortal y tendió sus rapaces manos.

La cama se hallaba al otro lado de la habitación, junto a una amplia ventana, por la que se filtraba el resplandor de un amanecer turbio. Los árboles se inclinaban tras los cristales, y de cuando en cuando, una rama los golpeaba como si de un dedo seco y huesudo se tratara. Las almohadas blanqueaban en la negritud, y el reloj murmuraba su eterno tic-tac, tic-tac. El sonido de las respiraciones se difundía rítmicamente.

Estaba ya al lado de la cama cuando Mikado se agitó y murmuró algo entre sueños.

Sin inmutarse, Josio aguardó pacientemente un buen rato.

Pero el rato pasó, así que hubo de acercarse a la cama. Se inclinó tanto sobre su compañero, que pudo sentir el fuerte olor a vodka que despedía su aliento. Se incorporó un instante como para tomar aire, y a pesar de su absoluta calma, el corazón le latió locamente.

Sintió que lo inundaba una ola de calor.

Había llegado el último momento... un paso más y ya estaba... sólo era menester un último acto de voluntad... bastaba con tender la mano... Ahora... qué raro que no gritara, pues había tocado sin darse cuenta la cabeza de Frania, que lo había quemado como una plancha al rojo vivo... Hubo un último instante de vacilación... pero sacó fuerzas de flaqueza; alargó la mano por debajo de la almohada y sacó la cartera, golpeando al mismo tiempo con el codo la mesilla de noche, de la cual cayó algo con gran estrépito.

Se quedó inmóvil, como muerto.

—¿Quién anda ahí? —murmuró Frania—. ¿Quién? —repitió, palpando la mesilla.

—¡Estaba buscando cerillas! —balbuceó Josio con un nudo en la garganta.

—¿Qué hora es?

La muchacha se encendió un cigarrillo y le pasó las cerillas.

—Ya despunta el alba; debo tomar el tren...

Frania dijo algo más, apagó el cigarrillo en el suelo y volvió a caer rendida de sueño.

Josio esperó unos minutos y salió con paso regular, de autómeta, cerrando cuidadosamente tras de sí todas las puertas.

Se quedó en el vestíbulo otro rato, con el oído alerta; después, a tientas, se puso el abrigo y se marchó con toda flema, pero una vez se halló fuera, frente a la casa, las fuerzas le fallaron y tuvo que apoyarse contra el muro con la respiración entrecortada. Por fin, cuando los perros se le echaron encima para saludarle alegremente, reaccionó y salió huyendo a la carrera, pues le había parecido oír que alguien gritaba a sus espaldas:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Detenedlo!

Escapó a través del jardín, enloquecido.

A la altura del terraplén, se topó con un tren que marchaba extrañamente lento; centelleando por las ventanas iluminadas como si fueran éstas una fila de ojos huidizos, desencajados. Josio sintió una pulsación acompasada en las sienes; por un momento olvidó todo.

Un silencio sordo lo hizo volver en sí.

Miró a su alrededor, asustado: el tren no se veía por ninguna parte, y tras la casa de Buczek, que griseaba bajo las nieves del tejado, se extendía el poderoso muro del bosque. Josio dio un par de pasos y volvió a detenerse, como si recordara repentinamente alguna cosa; observó con atención el entorno y aguzó el oído. La noche era callada; había cesado de llover, pero de inmediato empezó a caer una nieve abundante, esponjosa; en la oscuridad revoloteaban miles de mariposas de alas infinitas, que cubrían el mundo de resplandores violáceos y difusos, y de susurros apenas perceptibles. Sólo de vez en cuando, gemían los cables telegráficos, como presos de un suspiro sollozante, o retumbaban lejanos los trenes a su paso.

Igual que si estuviera al borde de un abismo, Josio se agitaba en una atormentada conversación con su propia alma; ora gemía dolorosamente, ora temblaba atravesado por escalofríos, e iba inclinando la cabeza cada vez más, hasta que, por último, se rindió al imperativo de su alma y, con resignación heroica, volvió a casa de Buczek.

Entró ex profeso armando un gran alboroto, golpeando las puertas. Volvía con la intención de devolver la cartera al grito de «¡He robado!», y esperar con calma el final de la historia. Y esperar, Dios mío, esperar.

Sin embargo, la pareja seguía durmiendo como troncos. Les gritó, les

zarandeó, pero nadie se despertó. Dejó la cartera en el mismo lugar de donde la había tomado y se retiró de puntillas.

Los perros lo acompañaron hasta el terraplén entre gruñidos hostiles.

Ni siquiera los oyó mientras deambulaba torpemente, tropezando a cada paso con los carriles y las traviesas, pues si bien había devuelto el dinero robado por su propia voluntad, dispuesto a entregarse al favor o no favor de Buczek, la voz severa, castigadora, de la conciencia no cesaba de repetirle con venganza implacable:

—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Miserable!

En vano tendía las manos suplicante, en vano se humillaba corroído por los remordimientos, en vano mendigaba misericordia, la voz siniestra no callaba, seguía destrozándole el cerebro con fuerza inequívoca, fustigándolo con el látigo de su vergüenza.

La nieve caía en espesos remolinos, como vertida desde unos sacos invisibles, y cubría la tierra de una capa húmeda, algodonosa la noche palidecía transformada en una niebla grisácea; los bosques permanecían inmóviles, silenciosos, entumecidos, ensimismados bajo el diluvio de nieve; de vez en cuando, bajo la capa de blancura láctea, asomaban unas ramas negras y nudosas que se tendían hacia Josio como manos apiadadas. A pesar de su tormento interno, éste las examinaba con una atención cada vez mayor.

En la casita donde desde la tarde agonizaba el guardavías, había luz y las puertas estaban abiertas; echó una ojeada, casi sin querer, y se quedó mudo de espanto. Sobre la cama yacía el cadáver, rígido y cianótico, y a su lado se veía un cirio enorme, que difundía por toda la habitación una luz amarillenta, supurante. A los pies del moribundo, dormían dos niños entre gemidos; en un rincón, envuelta en andrajos, estaba tumbada de espaldas una mujer con la boca abierta de par en par. Tenía el rostro enfebrecido y vítreo por las lágrimas cuajadas, y parecía dormir como si también estuviera muerta; junto a la puerta, hecho un ovillo, roncaba un anciano campesino con su gorro de piel de cordero en la cabeza. Desde la pared, los observaban unos ojos severos, muertos, grandes y santos, y se oía el tic-tac monótono de un reloj blanco.

El interior de la casa parecía un campo después de una batalla en la que la muerte hubiera salido triunfante, dejando tras de sí ecos agonizantes de llanto y de fracaso.

Conmocionado por un sentimiento de infinito abandono, Josio retrocedió con los ojos arrasados de ardientes lágrimas.

—¡Todo se ha ido a pique! ¡Todo! —se repetía con voz desconsolada, corriendo entre la nieve, que caía infinita.

En la estación todo estaba aún cerrado; únicamente se veía luz en el despacho del jefe de estación, donde permanecía pegado al telégrafo el empleado de guardia, quien alzó sus ojos enrojecidos hacia Josio, hizo una inclinación de cabeza y siguió golpeando el aparato como un verdadero estúpido.

Sobre el sofá, junto a la pared, soñaba en voz alta Soczek.

—Tiene que entrar de servicio a las ocho y aún no ha pasado por su casa — se extrañó Josio.

—¡El mercancías en la señal de alto! —gritó alguien a través de la ventanilla.

—Soczek me pidió que lo trajéramos hasta aquí; quería descansar un poco y se quedó... —aclaró el empleado de guardia.

—¡Una cogorza monumental! Se preocupaba tanto de su vodka de miel, que acabó por no saber dónde tenía la cabeza y dónde los pies...

—La fiesta ha debido de ser de aúpa. Iban todos que les salía humo; al parecer Kaczynski tuvo una buena agarrada con Zielonka.

—¿Y por qué? —preguntó Josio con indiferencia, tratando de poner en pie a Soczek.

—Les llamó rojos piojosos, y Zielonka le pegó un puñetazo en todos los dientes, con lo que empezaron a arrearse a base de bien, casi no podían separarlos.

—Kaczynski no se lo va a dejar pasar.

—Ya se lo devolvió allí mismo, y con un buen tanto por ciento. Por otra parte, los dos estaban que no se aguantaban de pie. Al parecer, tampoco usted les fue a la zaga, no podían ni despertarle.

—Pues simplemente dormí la mona y ahora, como puede ver, estoy aquí y en estado de absoluta sobriedad.

—Carajo, y yo toda la noche aquí, ojo al quite, como un perro de cadena.

—¡Levántate, que el tren ya está en la estación! —gritó Josio, arrastrando a Soczek, quien por fin abrió los ojos y empezó a canturrear con voz ebria: «¡Ya es la hora, ya es la hora, a brindar por la salud del señor de la casa!».

Y se derrumbó de nuevo sobre el sofá.

Tuvieron que llevarle a cuestas hasta el tren. Sin embargo, en cuanto se oyó la señal y los vagones se movieron chirriantes, Soczek se despertó, se puso de pie y manoteando, balbuceó:

—¡Adelante, Swiderski! ¡A toda máquina!

Ejecutó unos cuantos movimientos de autómatas y volvió a quedarse dormido.

Josio lo vigilaba atento, y aunque también se sentía infinitamente hastiado, no pudo dormir ni por un segundo; miraba todo el tiempo por la ventana con el ánimo ensombrecido.

Un amanecer triste, desdibujado, se perfilaba en el espacio; se avecinaba un día de marzo feo, húmedo y frío. Se distinguían los árboles cubiertos de nieve y los campos extendidos como manteles mojados, rotos y manchados. Desde el cielo sucio, caía una llovizna penetrante.

—Tengo que empezar a vivir de otra manera —reflexionaba Josio—. Como la gente de orden, de una manera normal —se prometió con firmeza mientras andaba junto a Soczek.

Éste ya se había casi serenado, pero, camino de casa, hubo de apoyarse en Josio, porque seguía haciendo eses y perdía de continuo el equilibrio, sin parar de reprocharse a sí mismo los excesos de la noche anterior y de suplicarle que no le comentara nada de la fiesta a su mujer.

En el vestíbulo, Magda preparaba el samovar, que se había llenado de humo.

—¿Ya se ha levantado? —le preguntó Soczek, tratando de sostenerse en pie.

—Claro, lo llevo esperando desde la medianoche.

A pesar de la resistencia contumaz de Josio, lo arrastró hacia el interior de la casa so pretexto de invitarle a tomar un té, pero con la secreta intención de que le sirviera de salvaguarda ante la tormenta doméstica que se avecinaba.

En efecto, desde las puertas entornadas de la habitación no tardaron en oír a la señora Sofía con un rosario de insultos contra su marido; después las puertas se cerraron con gran estrépito y los dos hombres se quedaron mirándose.

Con una sonrisa infeliz, Soczek dijo:

—Así es con las mujeres si no se les da una zurra al momento, pero todo se acaba en unas lagrimitas, un moratón y unos platos rotos... A lo mejor podríamos bebernos una copita para la resaca, acompañada de un arenque con cebolla y una buena rebanada de pan negro con tocino...

Le pidió a voces las llaves de la alacena a su esposa, que se las entregó de mal grado.

—Mira que si no me las das, nos iremos con Marina —bromeó, envalentonado por la presencia de Josio.

—Por mí, te puedes largar ahora mismo, no te lo impido —respondió la mujer con desprecio desde el umbral.

Iba envuelta en un albornoz a cuadros de colores chillones, la cabeza cubierta con un pañolón rojo bajo el cual asomaban unos papillotes ridículos, la cara empolvadísima, una sonrisa meliflua en los labios y unos ojos de los que saltaban chispas. Les echaba en cara que bebieran a las siete de la mañana, los tildaba de borrachos y fingía mostrarse decepcionada de que Josio participara en esa clase de juergas.

—Esa juerga no es más que la despedida de un colega —replicó Josio, a quien le desagradó el tono de la mujer.

—Bah, toda la línea habla de las orgías que monta Buczek.

—La línea siempre chismea y siempre chismea sin fundamento —le gritó Josio con irritación.

—Dios los crea y ellos se juntan. Hay que ver cómo lo defiende...

—Lo defiende porque lo conozco bien y sé que lleva una vida muy decente.

—Buczek y la decencia, eso sí que es buen chiste —se rió Sofía forzadamente.

Soczek escanció las copas, esforzándose por conciliar ambas partes, aunque acabó por emprender la defensa de los argumentos de su mujer: ésta lo conocía

bien, ya que Buczek había vivido con ellos el año anterior, con ellos había almorzado siempre e incluso la había pintado, a Sofía, en diversas posturas.

—Lo ignoraba, ahora comprendo que lo conozca mejor que yo — dijo Josio con un retintín que hizo ruborizar a la mujer.

Soczek prosiguió con la curiosa historia de su esposa y los inquilinos, con quienes, al principio, todo era amistad, bienquerer, reuniones, paseos, y al final, un odio acérrimo, de modo que todos acababan por largarse, y él debía andar detrás para cobrarles los alquileres y buscar como un loco nuevos inquilinos.

—No haces más que desatinar — lo cortó Sofía, amparándose detrás del samovar.

—¿Es que no digo la verdad? ¿No pasó también lo mismo con el Petirrojo?

—Métete en salva sea la parte tu verdad. Estás borracho y no sabes lo que dices.

—Precisamente sé lo que digo y precisamente lo diré, maldita sea... porque sólo cuando un hombre honrado está borracho dice la verdad. No me lo prohibirás. Si me da la gana, lo diré todo.

Se excitaba por momentos, paseando por la habitación una mirada errática y amenazadora.

—Pues dilo a los cuatro vientos — estalló ella.

—Es lo que pienso hacer si se me antoja — gritaba él con una terquedad borracha mientras apuñeteaba la mesa.

Josio sintió un asco profundo por la pareja; le parecían tan chatos, ordinarios y odiosos, que, apartando con un gesto de repugnancia el vaso de té y sin hacer caso alguno de las miradas implorantes de Soczek, se retiró a su casa.

Pronto llegaron desde el piso de abajo el ruido de los platos rotos, los aullidos lastimeros de los perros y los llantos; sin embargo, Josio no los oía.

Había echado al olvido por completo a los Soczek, porque de su mente no se apartaba lo ocurrido en casa de Buczek. Un espasmo de vergüenza le oprimió la garganta.

Incapaz de perdonarse su propia conducta, se paseaba arriba y abajo, por toda la casa, gimiendo.

Subió Magda a encenderle la estufa y a contarle los pormenores de la riña entre los Soczek, pero tampoco pudo oír ni entender sus palabras, tan absorto como estaba en sus pensamientos. Tan pronto salió la sirvienta, cerró la puerta con llave y se dijo a sí mismo:

—¡Basta de quimeras, basta! A partir de ahora empezaré a vivir otra vida. Otros viven como viven, o sea que yo también puedo vivir de esa forma.

Se tumbó sobre la cama, intentando imaginarse su futuro, una vida normal, una vida sin fantasía ni ilusiones, una vida como la de los otros, pero únicamente veía una estepa de años, gris, monótona, infinita, colmada de tedio y de trabajo.

Se fue a su santuario y, con los ojos empañados, miró sus tesoros

acumulados durante tantos años y con tanto denuedo y amor.

—Si tu ojo te tienta, arrácatelo —oyó decir a una voz imperativa, severa.

—Tengo que terminar con esto, lo comprendo —susurró con mansedumbre.

Echó una última ojeada a la habitación y se lanzó violentamente contra el gran mapa de Europa colgado de la pared; lo hizo pedazos y lo pisoteó con odio como si fuera su peor enemigo, tras lo cual agarró toda la colección Baedekers, los rasgó y los arrojó al fuego.

Se entregó a un desenfreno total; con una exaltación y un rencor feroces, destruía todo que tenía delante. Cuando le llegó el turno a los álbumes de tarjetas postales, vaciló por unos instantes, con el corazón desgarrado por la pena, mas, armándose de valor, también los hizo trizas y los quemó en la estufa.

Contemplaba entre lágrimas cómo las llamas se apoderaban del azul del mar, cómo el fuego devoraba sus ciudades soñadas, cómo agonizaban sus tierras lejanas y utópicas, cómo las cumbres cubiertas de brumas nostálgicas se convertían en ceniza, en nada. Había momentos en que no podía contenerse y extraía un retazo de papel de la estufa, lo besaba con arrebato, saciaba sus ojos por última vez y, rezándole con la más triste de las resignaciones, lo entregaba inexorablemente a la muerte.

—No voy a convertirme por vuestra culpa en un delincuente, no —lloraba mientras iba metiendo en el horno montañas de libros, folletos, tarjetas y mapas de ferrocarriles del mundo entero.

Sentía que con cada tarjeta, con cada panorama destruidos, se le abría una herida sangrante; que con cada fragmento de papel quemado, se extinguía una parte de su alma; que ya no era más que un árbol desnudo, muerto, cuyas hojas verdes, vivas, hubiera arrastrado para siempre la tormenta.

Sin embargo, una vez hubo terminado con su hoguera, respiró aliviado, como después de una pesadilla larga y mortificante.

—He matado a la bestia, ahora soy libre —pensó sin alegría.

Y se fue a trabajar, porque oyó cómo en casa de los Soczek el reloj daba las nueve.

XI

Lunes

Otra vez billetes, equipajes, entregar los cambios, mirar manos sucias y peleas entre pasajeros. Sin parar, como una noria, como todos los días, como siempre, como, y ya parece algo seguro, hasta la muerte.

Lloviznea desde el amanecer; una bruma sucia como una bayeta mojada

planea sobre la tierra, y las tuberías del agua no dejan de gorgotear. ¡Es tan horriblemente triste, húmedo y frío!

Incluso los trenes se arrastran pesadamente, igual que perros mojados y resollantes.

He ido a tomar un vodka a la cantina y me he encontrado con una pelea tremenda; los platos con entremeses volaban por el local, y la señorita Marina insultaba al camarero con una pasión tan desenfadada que los botones del corsé le saltaban a derecha y a izquierda. Me llevé uno de recuerdo y salí huyendo hacia el despacho, aunque tampoco allí andaban de rositas. El jefe regañaba al auxiliar, quien a su vez se metía con el telegrafista, quien a su vez se vengaba en el camarero, quien a su vez daba puntapiés a un perro y parecía sentir unas ganas imperiosas de llorar sus desgracias sobre mi chaleco. Todos andan alterados y nerviosos, y se miran unos a los otros como salteadores de caminos: el enfrentamiento está en el aire. Y para colmo, esta lluvia incesante, este gorgoteo de las tuberías, estos cables que jadean dolorosamente, ¡este tedio infernal!

Hoy ha habido escaso movimiento de pasajeros; bah, un par de caftanes por tren. La estación vacía, ni las señoras miran por las ventanas. Los muros rojos brillan bajo la lluvia como trozos de carne recién despellejada. No se puede ni siquiera llamar al servicio: unos duermen y otros están empujando el codo.

En el expreso, una dama con sombrero quiso colarme un rublo falso, pero yo no me dejé tomar el pelo, por lo que la mujer no escatimó en insultos hacia mi persona. Gozo de esta clase de placeres varias veces al día. Los pasajeros no son más que una cuadrilla de rateros. Como es natural, los judíos son los que se llevan la palma. Todos, sin excepción, están dispuestos a pasar moneda falsa o a escatimar un par de céntimos. A menudo tengo la impresión que ante la ventanilla se agolpa una jauría de hienas y chacales.

Ha venido a verme el Petirrojo y mientras apurábamos un par de Schnaps,¹⁷ me ha contado una aventura de lo más extraordinario. Kaczynski ha desafiado a duelo a Zielonka, pero éste ha puesto de patitas en la calle a los padrinos. La estación está conmocionada, y todos han acordado no estrecharle ni siquiera la mano. Zielonka asegura, por su lado, que quien se atreva a hacerle algo así, se las tendrá que ver con él. ¡Menudo canalla! Al parecer, el sargento ya se ha enterado del cuento y a Kaczynski pueden echarlo...

Después apareció Soczek y casi a la fuerza me arrastró hasta la cantina. Me invitó a un coñac. Yo le pagué otra ronda. Y él ordenó una tercera. Y luego, otra vez yo. Le pesaba algo en el alma, bufaba, se mordisqueaba los bigotes y parecía como si no se pudiera mover del sitio. Quiso pagar otra ronda, pero, por suerte, yo tenía prisa para tomar el expreso.

La verdad es que me da vergüenza mirarlo a los ojos. ¿Qué le pasará

¹⁷ Copas de aguardiente, término alemán. (*N. de la T.*)

conmigo? Debe de ser algo importante. ¿Se lo habrá contado todo ella? No, no es posible. Ya hace más de una semana que no la veo. Cómo voy a empezar una vida nueva cargado de pecados viejos. Además, qué mujer más lasciva, hasta vergüenza me da acordarme de las cosas que me hacía. ¡Experiencia no le falta! Y el Petirrojo que había estado allí, y Mikado, y todos los demás, y yo, tonto de mí, ¡que pensaba que...! Si yo siempre la traté como a una mujer decente. Nunca podré perdonármelo, nunca.

El domingo pasado, durante la cena, le dije abiertamente que debíamos separarnos, porque yo no puedo seguir engañando a Soczek. Soltó una risotada y se tomó mis palabras a broma; cuando se las repetí, me llamó idiota y al final se echó a llorar como una Magdalena y me cubrió de besos. Yo quería que nos separáramos sin enojo ni rencor, pero ella me puso como hoja de perejil y al final me arrojó el samovar hirviendo.

Ahora me bombardea con cartas. Todas las guardo, sin abrir. Como donde la señorita Marina, en casa sólo duermo, pues la siento tan vacía y lúgubre que no podría soportarlo.

Hoy, después del trabajo, me iré a jugar al billar. Algo tengo que hacer en estas largas noches.

El revisor del ómnibus me ha traído una guía Baedeker sobre España, pensando que me complacería en extremo. Eché a ese cernícalo y a su estúpido libro con cajas destempladas. Esa clase de libros tendría que estar en el índice inquisitorial.

— ¡Mikado ya debe de estar en París!

— Pues que se divierta, ¡que se ahogue de felicidad! No lo envidio.

— Bueno, y ese mecenas suyo tan romántico, ¿no será sólo una tapadera?

— «¡A quién se le habrá perdido!», como dirían en broma los ferroviarios.

Martes

Tardé mucho en conciliar el sueño. Creía encontrarme junto al mar, tan recio era el susurro del viento. Las paredes temblaban. Por desgracia, me voy de viaje, pero lo más lejos... a Riga. Desde esta mañana cae sin parar una nieve espesa y húmeda.

En algún lugar del mundo, el sol calienta e ilumina, las flores exhalan su aroma y resplandecen los mares azules...

Otra carta de ella, como siempre con dos palomos besándose en el sobre. Que se quede ahí, guardadita. Hoy tenemos un día muy agitado en la estación; no hay lugar para el aburrimiento, porque ayer por la noche, la mujer del jefe le pilló en el desván con Rosia, la que trabaja donde el expeditor. El asunto tomó mal cariz; se montó la gorda. Todo el corredor oyó cómo la señora del jefe golpeaba y aullaba a la pareja. Gritaba: «¡Ya te voy a dar a ti, Rosia! ¡Te vas a acordar de mí, Rosia! ¡Y tú también, amante de tías golfas!».

Los jefes de estación la han tomado con el estribillo y desde ese momento, basta con que uno se mueva, para que otro grite con voz de tiple: «¡Ya te daré yo a ti, Rosia! ¡Te vas a acordar de mí, Rosia!».

Él está que se lo llevan los demonios, aprieta los dientes y corre por la estación desquitándose con sus modales barriobajeros; ya ha golpeado al guardagujas e insultado al auxiliar. La bronca se va a terminar con un lío general y un informe a las autoridades.

En la planta superior, un alegre infierno: espasmos, llantos y un vocerío incesante. La mujer del jefe le ha dado un ultimátum al expedidor: o echa a la calle a Rosia, o llama a la policía y ordena que hagan una revisión a la chica y le den una libreta negra.¹⁸ Una matrona tan pudorosa y dulce, y sabe toda esa clase de cosas.

Y yo que pensaba que sólo leía libros piadosos como *El altarcillo dorado*.

Yo, por mi parte, para fastidiar a esa beata tronada, de nuevo me voy a llevar a Frania a vivir conmigo.

Ah, pero en el expreso sí que hemos asistido a un espectáculo divertido. Un millonario local, comerciante forestal, un piojoso de caftán, ha tenido a bien partir hacia la Riviera francesa. Le acompañaban su mujer y su hija, seguidos por todo el *kahal*,¹⁹ que acudía a despedirlos. Las tías con sus pelucas,²⁰ los primos con sus blusones a flecos y sus tirabuzones.²¹ En la estación se acabó formando un barullo monumental, porque cuando el tren emprendió la marcha, todos empezaron a agitar sus pañuelos sucios, a correr detrás de la máquina y a gritar:

—¡Hasta la vista, tío Isidor! ¡Hasta la vista, tía Regina! ¡Ay, escribe! ¡Ay, escribe!

¡Maldita sea su estampa, que unos judíos de lo más vulgar y tirado tengan tantos humos!

¡El dinero hace de la morralla señores! ¡Se puede reventar de rabia!

Yo me he mofado sin disimulo de ese entusiasmo pecuniario, pero el guardagujas, el expedidor y el ayudante se han acercado hasta el vagón para despedir a los señores Baum y desearles un buen viaje... La gente siempre tiene que postrarse ante alguien o algo, aunque sea ante los millones ajenos. Y a mí me embarga por momentos el asco y el odio.

La señora presidenta me ha invitado a tomar el té.

Llueve a cántaros, fango y oscuridad, pero iré, porque es la única casa donde no encuentro a ningún empleado de los ferrocarriles.

¹⁸ La libreta que poseían en la época las prostitutas registradas. (*N. de la T.*)

¹⁹ *Kahal*, del hebreo *kahal*, comunidad. Comunidad judía, aquí irónico. (*N. de la T.*)

²⁰ Alusión a la costumbre de las mujeres ortodoxas judías (casadas) de cubrirse la cabeza con peluca. (*N. de la T.*)

²¹ Se refiere a la forma de vestirse y peinarse entre los judíos ortodoxos. (*N. de la T.*)

Miércoles

Llueve sin parar; negro, triste, frío, ¡terriblemente triste! Los trenes llegan vacíos y embarrados como el caftán de un judío; en el bar, ni un alma, sólo los perros celebran alguna que otra boda; incluso la señorita Marina sonrío lúgubre y húmedamente. Tengo que escribir algo, porque, de lo contrario, enloquecería de tedio.

Sofía se ha ido a Varsovia. Sin decir una palabra, le deslicé el billete por la ventanilla; los cristales estaban empañados, de modo que no pude verle la cara, pero reconocí sus manos gordezuelas; sellé el billete y me di la vuelta. Ella me retuvo la mano y susurró lagrimosa:

—Si ocurre alguna desgracia, por lo menos recuérdame.

Cuando iba a responderle, ya había desaparecido; ni siquiera se asomó por la ventanilla del tren.

¡Menos cuentos chinos, preciosa! ¡A mí no me la dan con queso! ¡Cómprate un sombrero nuevo y drama acabado! Pero también Soczek me evita; estaba en la estación, se acercó a la ventanilla y volvió la cabeza adrede, ¡para no saludarme! Pues tanto mejor, así no tendré que darle jabón todo el tiempo.

¡Algo en contra de mí debe de tener!

Me da un poco de lástima. En casa, un marasmo que ni los perros lo aguantarían; Magda hace todo lo posible para sacarme de quicio y me sirve como si me hiciera un favor. Volví de la velada en casa de los presidentes bastante temprano y me tuve que acostar, porque no había puesto el petróleo ni prendido el horno.

La mitad de los pasajeros del tren ómnibus iban sin pagar y los han pillado: bah, todos judíos de caftán; armaron un alboroto de muy señor mío y salieron corriendo como conejos; los anduvieron cazando por toda la estación, pero la mayoría huyó. Al revisor lo han suspendido de inmediato de sus funciones. Y bien hecho; al delito hay que castigarlo sin conmiseración. Por otra parte, ¿puede una familia vivir con cuarenta rublos al mes?

El individuo vive donde los Soczek, abajo, nos conocemos de vista. Se acercó a la ventanilla como si acabaran de bajarlo de la cruz y llorando a lágrima viva. ¡Tiene miedo de que le echen y acabe por morirse de hambre! ¡Algo terrible ver llorar a un hombre! Su mujer vino volando y se puso de rodillas ante el jefe de estación, que lo único que le prometió fue buscar alguna circunstancia atenuante. ¿Para qué andar con subterfugios? Trabaja desde hace treinta años, tiene seis hijos, continuos descuentos en el jornal, una miseria de solemnidad... En fin, que la pobreza le devorará hasta el fin de sus días.

He aquí la descripción de la vida de un ferroviario. ¡Mejor no pensar en ello!

Apenas hubo terminado el caso del revisor, se montó un circo tremendo con Rosia. El expedidor tuvo que echarla, pero la chica presentó resistencia, y con su lengua de trapo lo llamó ladrón y otras lindezas, hasta que el expedidor

agarró un palo y amenazó con llamar a los gendarmes. Rosia no se dejó asustar, pero lloraba a moco tendido y explicaba su versión particular de los hechos: que estaba tendiendo la ropa blanca cuando llegó él, que ella quiso pedir auxilio, pero que él la golpeó...

Casi toda la estación oyó los pormenores del caso, y mi mozo de cuerda acabó por gritar:

—¡A otro perro con ese hueso! ¡Que si la perra no se deja, el perro no la monta!

Palabras por las que recibió un porrazo en plena cara, y como él no se quedó manco, el escándalo fue en aumento.

El jefe de estación se escondió en algún rincón de la sección de descarga. En su casa también reina la anarquía. Hasta en la cantina se los oye. El personal anda desquiciado. Los niños lloran; los criados deambulan como autómatas; la señora, al parecer, está enferma, y ya ha llegado el doctor. Incluso ha llamado al cura; el deán, que la conoce de sobras, mandó decirle que sí, que la visitaría, pero por la noche, para jugar a las cartas...

Todo acabará con un par de espasmos, unos grititos, lavar la ropa sucia delante de los vecinos y, al final, una buena cena copiosamente rociada para suavizar los ánimos. Como siempre en estos casos.

Y de paso, el canallín del jefe de estación y la chica han recibido un buen palo. Aunque, no sé qué pensar...

Estuve ayer en casa del presidente, en una recepción. No volveré a ir en la vida, porque, a decir verdad, su aristocracia se me antoja una bola como una catedral. La señora de la casa me dio la bienvenida presentándome la punta de los dedos, sin dignarse apenas a recordar mi nombre. Alguna Lombrizowicz del Perro y se da aires de duquesa.

Se hallaban unas cuarenta personas, casi todas de la ciudad. Vagué solo por los salones; mucho chic, mucho mueble dorado, flores, candelabros de plata, alfombras, el servicio con librea, y para cada dos personas una tostadita. Me sobró el tiempo para observar, porque nadie se ocupaba de mí. Aparecieron unos canapés, que se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos, o sea que tocaron a uno para cinco.

Una hilera de retratos de familia colgaban de las paredes, tal vez alquilados sólo para la fiesta, como los lacayos. Los Kwaskowski deben de ser una gran dinastía de parroquia.

También había dos mujercillas, la mar de finas, que se pegaron como lapas a la familia y parecían estar frente a un altar; a las mujeres les encantan esa clase de patrañas, y lo que aún es más extraño, creen en ellas. Sentí vergüenza ajena, tanto más cuanto que hacía un momento había oído cómo esa misma gente las criticaban. Particularmente un vejete con monóculo, quien, a grito pelado, le comentaba a un joven de aspecto ajado que una de esas señoras, doctora, tenía un lunar maravilloso debajo de un pecho...

¡Viejo verde! A decir verdad, tampoco en los ferrocarriles nos faltan esa

clase de exquisiteces. Me senté un rato junto a unos caballeros entrados en años, que me observaron a través de sus binóculos como si fuera yo un mono del parque y siguieron hablando.

Ya estaba hasta la coronilla y me disponía a salir, cuando una matrona con cuatro papadas se fijó en mi persona y me preguntó:

— ¿De qué familia Pelka es usted?

Fue como un jarro de agua fría. Después se me ocurrió una buena respuesta, pero ya era demasiado tarde. También me dieron otro disgustillo. Fui a echar un vistazo al gabinete, donde estaban jugando a las cartas, y vi a nuestro capitán de caballería. Le pregunté entonces a un conocido:

— ¿Y ése qué hace aquí?

— Está jugando a las cartas, tal y como ve usted.

Me miró con suspicacia, y en un apartado, me dijo en el mayor de los secretos:

— ¡Esto no es sin motivo! Al parecer, arriba soplan vientos favorables, el jefe analiza la situación, distinguido caballero, sondea... Es un diplomático nato, una cabeza a la Bismarck.

— Yo sólo veo una jeta vulgar — le respondí con irritación.

Enmudeció de espanto e indignación, hizo una inclinación de cabeza y se apartó de mí como de un leproso.

¿Y qué soy yo? «Un despojo de la nobleza», como diría Buczek, un ordinario trabajador de ferrocarriles, y no obstante, en la vida se me pasaría por la cabeza meterme en historias semejantes. ¡Un diplomaticucho del tres al cuarto!

Me retiré de inmediato. El lacayo me dio el abrigo, fingiendo no mirarme siquiera.

Entré en la confitería, pero tampoco ahí me fueron bien las cosas; un café aguado, en el billar sólo chismes y chistes de los que hacen llorar. Las mismas caras, las mismas anécdotas, el mismo Raciborski con sus mismos embustes y sus mismos sablazos. No sé hasta cuándo podré soportar todo esto. No lo sé.

Jueves

De nuevo la lluvia; chispea, fluye, gotea, chorrea y cala hasta los huesos.

El expreso de hoy iba hasta los topes; todos huyen hacia el sur.

Dios mío, dentro de un par de días verán Italia: el mar, el sol, el verdor primaveral. Y a mí, maldita sea, ni siquiera me está permitido soñar con ello, ¡ni siquiera me está permitido!

Hoy, también la señorita Marina me ha revelado un secreto; resulta que el propietario de la cantina abastece a diario al jefe de estación de todo lo necesario para la cocina, y a cambio obtiene carbón, luz y otras cosas. Lo digo sin tapujos, eso no es más que un latrocinio.

Y lo que es peor: todos lo consideran la cosa más normal del mundo, porque cuando se lo he comentado a mi expedidor, se ha echado a reír y me ha respondido:

—Cada uno se las apaña como puede. Sería un mentecato si no lo aceptara. ¿Y eso le sorprende a usted?

—Sí, me sorprende y, aún más, me indigna.

—Eso se cura... Todo el mundo enferma de lo mismo, pero el remedio no se hace esperar; un rublito, otro rublito al bolsillito, y se acabó el mal. *Pecunia non olet*, se lo aseguro.

Él sabe de qué va la cosa, viejo pellejo. He aquí las normas morales de la gente de orden, de los padres de familia, y quien no se somete a ellas, va de pobre durante toda su vida y con el judío Zug metido en el bolsillo.

Viernes

Lluvia, niebla y aburrimiento. ¡Qué aburrimiento! No se puede ir a ninguna parte, porque está todo que parece un océano de barro. ¡Ni los periódicos traen hoy noticias!

Ha llegado a casa del jefe de estación una nueva señorita. La oigo desde primeras horas de la mañana; se pasa el rato aporreando las teclas del piano, lo que se cuele a través del techo y se me filtra en el cerebro como las gotas de un estupefaciente. Toca lo mismo todo el tiempo, como si rezara un rosario interminable. Toca con una obstinación y una uniformidad mecánicas; a veces me pongo a corearla, igual que hacen los niños: «¡Van las vacas a las cuadras! ¡A las cuadras van las vacas!», y así, sin parar. Horas enteras. Hasta que se queda uno dormido o se vuelve loco.

¡Mal rayo la parta!

No he errado en mis predicciones: la presidenta prepara el domingo una recepción; ya ha encargado los entremeses y las bebidas en la cantina. Un banquete opíparo, al que no voy a ir. Por otro lado, y a mí qué me importa de dónde sacan las provisiones. No soy yo quién para aleccionar a nadie...

Y ésa sigue tocando, sin tregua, sin fatiga, sin respiro, sin compasión.

«¡Las vacas a las cuadras! ¡A las cuadras van las vacas!», la cabeza me da vueltas de tanto oírlo.

Sábado

Hoy me han montado una escena que no sé si llorar o reír. Por la mañana, ha venido Soczek a la taquilla, y ya desde el umbral ha empezado:

—¡Tengo que decirle a usted un par de cosas! Tenemos un asuntillo del que hablar.

Yo tenía el corazón en un puño; pensé que se había enterado de todo y que venía a pedirme cuentas... Por si las moscas, agarré el filete de hierro y aguardé. Él estaba delante de mí con lágrimas en los ojos:

—¿Qué males le ha hecho a usted Sofía? ¿Por qué se ha enojado usted con ella y ya no nos frecuenta?

Me quedé de pasta de boniato; creí que era una broma y el primer acto del drama.

—¡Usted no sabe qué ambiente reina ahora en mi casa! —siguió diciendo con pena—. Sofía se queja de usted, llora días y noches enteras e incluso ha adelgazado, se ha quedado en los huesos. Le pregunto: «¿Pero qué te pasa?»... y ella, sin soltar prenda. Le vuelvo a preguntar, y ella me contesta: «Que te lo diga el señor Josef». Y le asaltaron unos espasmos, que tuve que mandar llamar al doctor. Después, cuando ya se calmó, me dijo que usted se había enojado con ella y por eso no venía ya de visita a nuestra casa. Se lo confieso, se me llevaban los diablos contra usted. Hace una semana que no voy a almorzar a casa, porque como no veo más que lágrimas y caras de funeral, hasta se me han quitado las ganas de comer. Esa escopeta de Magda también anda llorando por los rincones, incluso los perros parecen abatidos y sólo gañen lastimeramente. Josio, ¿así trata uno a los amigos? ¡No se enfade con mi mujer! ¿Ha chismeado sobre usted o algo por el estilo? De ser así, le pido perdón en su nombre, de todo corazón. Mire, es una mujer algo impulsiva y alborotada; a veces se va de la lengua, como a todas las mujeres, por otra parte, y luego salen a relucir historias raras, pero tiene un corazón de oro. A usted le quiere como a un hermano. Me contó cómo pasaba usted tardes enteras leyéndole; ahora, la pobrecilla, se aburre sola. Por desgracia, ya lo sabe, tengo un trabajo fatal que ni siquiera me deja tiempo para poder hablar con ella. Y el aburrimiento es un mal consejero en lo tocante a las mujeres. Una mujercita bondadosa, de buena pasta, que me adora, pero es aún joven, inexperta, y las tentaciones acechan a cada paso. No se enoje con ella, ¡por favor!

Cada una de sus palabras era como una bofetada; hubiera preferido que se lo tragase la tierra, que me gritase, que me golpease, pero no... durante más de una hora, el cretino me abrió su corazón; al final se echó a llorar, me besó y nos fuimos a tomar vodka. Y claro está, hube de prometerle solemnemente que al día siguiente iría a almorzar a su casa.

Me comporto como un cerdo, lo sé y me avergüenzo, pero en el fondo me dio lástima. Además, ya estoy harto de comer en la cantina, y la señorita Marina aún es más necia y más aburrida que la otra.

Sinceramente, no era mi intención engañarlo, él mismo se lo ha buscado.

Por otra parte, procuraré mantenerme a distancia, a una distancia amistosa.

Ahora lamento haber actuado con ella de forma tan brutal. Tendré que reparar la falta de algún modo. A decir verdad, a mí nadie me lleva en bandeja y no se puede decir que la suerte me haya sonreído especialmente.

Madre mía, mi abuelo fue senador; mi padre, un amo de almas, y yo, un

empleado de ferrocarriles. ¡Vamos al galope! Siento curiosidad por saber qué sería mi hijo. Algún tipo granujiento. Y para mi nieto, simplemente ya no habría lugar en este mundo. Tal vez sea mejor de este modo, barrer con todos los despojos de la nobleza, como decía Buczek. Con o sin nosotros, el mundo está a merced de la chusma.

Hoy es *sabbat*²² o sea que no hay mucho movimiento, y no obstante he registrado en caja más de dos mil taleguillas.

Para la compañía de ferrocarriles, una fruslería, casi nada.

Noche del sábado al domingo

Otra vez estoy de servicio; mi jefe se ha puesto enfermo y tengo que sustituirlo. En la estación, calma absoluta. Parece que mañana va a hacer buen tiempo, porque el cielo está sereno y estrellado, y los árboles vestidos de escarcha; la helada es ligera y el silencio tan profundo que se oye el ladrido de los perros en las aldeas cercanas. He echado una ojeada a la prensa vespertina. No hay más que asesinatos, robos y accidentes. Algunos dan que pensar por su bestialidad o por su intrepidez.

No tengo nada que hacer, pero he de estar aquí, sin pegar ni sello, hasta mañana por la mañana. Vacío y somnolencia; tras las ventanas, la noche, duermen. Únicamente en telégrafos tienen a alguien de guardia. Y sin embargo, los trenes siguen marchando; se les oye desde lejos, la tierra tiembla bajo sus ruedas, los carriles retumban, brillan en lontananza sus luces como los ojos salvajes de un lobo, atraviesan las estaciones como huracanes; refulgen las ventanas de sus vagones llenos de pasajeros, los silbidos destripan el aire, se despliegan sus largas trenzas de humo y centellas, y siguen avanzando, lejos, avanzando sin detenerse. Soy capaz de embriagarme sólo con el vuelo de esos monstruos de fuego y hierro.

Me embriago, porque estoy condenado a mirar cómo a todas horas del día y de la noche, en todas direcciones del mundo y en todos los trenes, otros viajan, se apresuran, otros...

Aunque he sido yo mismo, a mi albedrío, quien se ha hundido en la tierra, se ha encadenado y se ha puesto un cabestro de hierro, me permito al menos llorar mi nostalgia.

Si pudiera asesinar en mi alma todos mis sueños, ¡sería un hombre completamente feliz!

Hace frío fuera.

A pesar de todo, he logrado tranquilizarme; me queda una hora hasta el

²² *Sabbat* o *sabato*, la fiesta semanal judía durante la cual los judíos ortodoxos tienen prohibición expresa de viajar. (N. de la T.)

próximo tren. Me voy a dormir.

Domingo

Acabo de recibir carta de Mikado desde París.

* * *

Tiró el diario a un rincón y nunca más volvió a escribir en él.

XII

La carta había llegado en el primer correo, y Josio la leyó primero de una forma muy superficial.

—¡Vamos a contar mentiras, tralará! —se dijo con guasa, cesó en el servicio y salió al andén.

Se anunciaba un día espléndido.

Más allá de los bosques, el sol empezaba a levantarse, cada vez más cálido, dorado, refulgente; la escarcha blanca cubría la tierra de menudos brillantes esparcidos, los árboles parecían engalanados de plata, y el cielo pendía nítido, rutilante, como en medio de aguas profundas, oceánicas, tejidas de azul y silencio.

En el aire puro, fresco, el humo de las locomotoras se arremolinaba en nubes blancas y densas; las voces se oían argentinas, los niños jugaban, y ladraban los perros alborozados. Hasta los trenes corrían más rápida y alegremente; las ventanas se habían abierto de par en par, y la gente exponía con placer su rostro a la tibieza primaveral.

—Señorita Marina, la primavera ha llegado —exclamó Josio delante de una barra aún desierta.

Antes de que la muchacha asomara la cabeza por detrás del aparador, una nube de olor a alcanfor estalló sobre Josio.

—Hoy no vendré a almorzar; estoy invitado donde el presidente.

—Sí, Soczek nos comentó que hoy iría a comer a su casa. ¿Ya se ha reconciliado usted con la señora Sofía?

—Pero si yo nunca me enojé con ella, ¿quién ha difundido ese chisme?

—Soczek se iba quejando de usted a todo el que se le ponía delante; en la estación, la gente estaba muy sorprendida.

—¡Que se vaya a la porra! —maldijo, abandonando la cantina—. Ese borrego propaga a los cuatro vientos sus rencores, y por su culpa yo ando en

boca de la gente —pensaba con irritación.

Al entrar en su casa, vio con asombro que todo estaba limpio y en orden. Encima de la mesita había un jacinto blanco en flor y un sobre con dos palomos besándose.

Aún no se había quitado la ropa de calle cuando irrumpió Magda con el servicio de té.

—La señora me lo ha mandado traer, porque seguro que hoy no ha tenido usted tiempo de beberlo.

—¡Dale mil gracias de mi parte!

—Hoy, para el almuerzo, serviremos sus platos preferidos, sólo lo que a usted le gusta.

—Me complace sobremanera, pero ¿cómo ha sido que ya has hecho la limpieza? —le preguntó Josio.

—La señora no me ha permitido hacer nada. Lo ha limpiado todo ella misma, con sus propias manos. Otra, ni con un hijo tendría tantas atenciones. Mi señora, por la amistad de usted, se tirarí de cabeza al río.

—Sabes, no he dormido en toda la noche y me gustaría acostarme un rato... —Josio trató de interrumpirla sin éxito.

—Mi señor, por la mañana, siempre se pasea medio desnudo por las habitaciones, sin sentir vergüenza por mi presencia... Señor, la lavandera ya ha traído su ropa blanca: las camisas y lo demás estaban tan rozadas en algunas partes, que mi señora les ha dado un repaso; las he guardado en la cómoda —seguía hablando como una muñeca de cuerda, sin parar—. Si le contara yo todo lo que ha hecho esta semana mi señora, se le pondrían los pelos de punta.

—Cuenta, Magda, cuenta, que a lo mejor así concilio el sueño —susurró Josio dulcemente.

La sirvienta salió dando un portazo y voló escaleras abajo hecha un basilisco.

Josio no se acostó; volvió a leer la carta de Buczek.

Era una carta larga, de ocho páginas, escrita en una caligrafía menuda y apretada.

La leyó línea a línea, con suma atención y con un interés creciente, ya que Buczek describía en ella su viaje y sus aventuras en París con un estilo vivo y una gran plasticidad. En especial, el cuadro que trazaba de la fiesta de la mitad de la Cuaresma²³ era increíblemente pintoresco, alegre, arrebatador.

Josio la leyó largamente, deteniéndose repetidamente en algunos fragmentos o detalles, transportado por completo: todo lo sentía con una profundidad cada vez mayor; todo lo veía con una nitidez cada vez mayor, y con una fuerza cada vez mayor lo experimentaba. Por fin, dejó la carta, cerró los

²³ Fiesta popular en París que se celebraba en la mitad misma de la Cuaresma para mitigar los rigores del ayuno y la penitencia. (*N. de la T.*)

ojos deslumbrados y, con un placer inusitado, se sumergió en el fondo de las escenas descritas. En aquel caos de colores, movimientos, rumores, en aquella locura: bailaba en las calles con una sonrisa de felicidad, se abría paso entre una muchedumbre gozosa y en su compañía navegaba hacia cualquier parte para entregarse a las más convulsas diversiones: cantaba, gritaba, bebía de sus labios ávidos todos los placeres de la vida.

Recobró la conciencia al oír bajo su ventana el silbido agudo de un tren que pasaba.

—He sido un estúpido, yo aquí y él, disfrutando. Dios mío, ¡qué estúpido! ¡Estúpido! — se repetía con rabia.

Una aflicción venenosa le corroía el cerebro y el corazón. Gemía como un perro apaleado, se lanzaba en todas las direcciones, sin saber cómo escapar de las torturas que le infligía su propia alma.

Echó una ojeada a su santuario, pero al ver los restos de los mapas y los papeles desparramados por el suelo, su dolor aún se hizo mayor.

Decidió ir a la ciudad.

La señora Sofía, que estaba ojo avizor, le arrastró desde el zaguán al vestíbulo y luego desde el vestíbulo al saloncito. Y como Soczek no estaba, desde el saloncito se fueron más al interior.

La mujer había aprovechado una buena ocasión. Josio no se resistió, incluso le resultó placentero rendirse a su fuerza apasionada, rapaz.

No hubo reproches.

La veía tan enamorada, tan extasiada, tan feliz y humilde al mismo tiempo, que cuando se despidieron, se sintió mucho más sereno y lleno, además, de un profundo agradecimiento hacia ella.

—Por favor, no te retrases para el almuerzo, Josio.

Él se volvió a mirarla, ya en la puerta, con los ojos aún ofuscados por el amor.

—Te quiero, sabes. —Y la mujer se le echó a los brazos de nuevo—. ¿Ya no te enfadarás nunca más conmigo?

—No, nunca más —contestó, y se encogió bajo la lluvia de besos apasionados.

—¿Y me querrás siempre, siempre?

—¡Siempre! En todo lugar, en toda época y a todas tus llamadas —exclamó Josio con una sonrisa antes de salir.

El camino que llevaba a la ciudad era un río de barro negro, brillante, que inundaba las aceras y estaba atestado de carros. A Josio se le quitaron las ganas de ir a la confitería, de modo que se dirigió por el terraplén del ferrocarril hasta el bosque más cercano.

Allí le embargó el silencio sepulcral de los campos y la calidez del sol radiante sobre su espalda.

En algún punto del paisaje, cantaba un ruiseñor, y la escarcha se derramaba desde los árboles en cascadas de plata.

Olía a primavera.

Josio caminaba despacio, disfrutando de la paz, de la calidez, del frescor, embriagándose con el aire. Se despertaba como después de haber estado largo tiempo anquilosado; sus ojos vagaban por los campos aún callados, que se bañaban perezosamente a la luz del sol. En los surcos resplandecía el agua, salpicada acá y allá por algún pedazo de hielo sucio, y las margaritas abrían sus pestañas rosadas. Desde las aldeas se oía la algarabía de los juegos infantiles; a veces, el viento rozaba suavemente las plumas verdes del trigo y arrugaba la superficie violácea de las aguas.

De cuando en cuando, algún tren pasaba por su lado, con un rasgueo semejante al de una serpiente entre las hojas secas.

La alegría de una primavera temprana atravesaba el mundo; era la alegría de la resurrección, como un estremecimiento sagrado que creara de nuevo la vida.

Josio iba contemplando el paisaje; la estación estaba ya sumida en una lejanía brumosa bajo los torbellinos de humo blanco y rosado que subían rumbo al sol. Desde la línea vio que se acercaba un hombre; se detuvo picado por la curiosidad y no tardó en reconocer a Raciborski, con el chaquetón desabrochado, la gorra gris medio caída y el bastón en la mano, que corría como si alguien le anduviera persiguiendo. Se saludaron sin palabras y fueron caminando juntos.

Raciborski parecía de mal humor, tristón.

—La primavera, ¿eh? —comentó Josio al cabo de un rato.

—Sí, la primavera, ¡qué mandanga! ¡La primavera!

Se miraron el uno al otro, y sus miradas se separaron huidizas como pájaros asustados y, furtivamente, casi a escondidas, se levantaron por encima de los campos extensos, por encima de las aldeas hundidas entre la densidad de los árboles aún desnudos, por encima de los bosques, para caer después fatigadas, afligidas y extrañamente encendidas.

—¿Va usted a almorzar donde el gordo? —le preguntó Josio al hidalgo.

—¡Bah, no vale la pena! Cuando el sol calienta, a uno le entran ganas de estar al aire libre; es aburrido quedarse en casa.

Josio emitió un suspiro, y sus ojos corrieron tras una fila de gansos salvajes; volaban casi a ras de tierra, por lo que se podía oír el murmullo de sus alas y, a veces, su grito prolongado.

—Un par de días primaverales más y saldrán los arados —dijo Josio inesperadamente.

—Más de una vez he sembrado guisantes en esta época del año.

—Demasiado temprano. Todavía pueden sobrevenir heladas.

—Se lo digo en serio, sembraba... y ninguno de mis vecinos los tenía mejores. Se quedaban los tíos papando moscas... Mire usted, ese lelo, esa inutilidad —soltó de repente el hidalgo, parándose delante de un saliente inundado de agua—. El grano se le va a pudrir, y el gandul no hace que el agua

se vierta en las zanjas...

Cerca del bosque, la vía entraba en una zanja profunda, desde la cual salieron a un terraplén bastante alto. Allí se sentaron sobre un montón de piedras; el bosque quedaba a su espalda, callado, como abstraído en el sol, ebrio de su calor, pero desde sus recodos sombríos fluían sonidos espumosos, un frescor húmedo y el retumbar sordo de los trenes.

—¿Hace mucho tiempo que dejó de «estar en circulación»? —le preguntó Josio, ofreciéndole un cigarrillo.

—Hace cinco años. Me fastidieron, me cago en todo, me fastidieron bien fastidiado —respondió Raciborski, y escupió en tierra.

Guardaron silencio, embebidos en sus sueños, la vista perdida en los campos. Desde ese lugar, ya no se distinguía la estación, sólo la ciudad gris: un cúmulo de tejados, de torres y cúpulas doradas, y unas cuantas chimeneas de fábricas, que se erguían negras, amenazantes como puños cerrados. Sin embargo, su perfil parecía difuminarse entre la inmensidad de los campos que la rodeaban.

—Esa bestia me devoró —gritó Raciborski, señalando la ciudad.

—Porque ella devorará al final todo y a todos.

Raciborski ya no podía seguir sentado; se retorció los bigotes, se enderezó, se abrochó el chaquetón y, respirando a pleno pulmón, se puso en pie y exclamó:

—¡Vámonos! Una estación del año estúpida. Ya siento la primavera en los huesos. ¡Uno sería capaz de agitar la cola como un ternero de pura alegría y echar a correr!

—Es verdad —susurró Josio con la mirada puesta en la bandada de gansos salvajes ya apenas visible en el cielo.

—Este sentimentalismo polaco... ¡Me río yo de él! —gritó Raciborski con los ojos enrojecidos—. Como gane el proceso, le juro por lo más sagrado que me traslado a Varsovia; allí las puertas estrujarán todas las primaveras. No voy a pudrirme como un necio en este agujero de mala muerte. No hace mucho que el guarda me comentó que usted se prepara para un largo viaje.

—¿Yo? Ah, sí, sí. Me marcharé de aquí. Con toda seguridad —respondió Josio con el corazón tan alterado que apenas podía hablar.

—Lo tiene usted fácil: le besa usted en las barbas al señor Zug y soltará la plata de inmediato, la compañía le proporciona los billetes y, ¡hala!, a recorrer junglas y bosques. Son las tres, ya es hora de ir a almorzar. ¿No me permitiría dormir en su casa?

—¡Claro! El sofá está muy desgastado, imagínese que lo heredé de mi abuelo, el senador, pero si arreglamos un poco el muelle, se puede dormir en él.

—Me encuentro por el momento en un aprieto; esta mañana después de cantarle las verdades a mi casero, decidí abandonar la pensión. El hombre estaba desesperado, me mandó a un par de intermediarios, pero no, no le voy a hacer el honor a ese truhán. No vuelvo. Mañana empezaré a buscar casa, pero

mientras tanto...

—No se preocupe, cabemos los dos; se lo comunicaré a la sirvienta; la llave se la dejo debajo de la esterilla —le respondió Josio.

Le brindó su ayuda, de corazón, y además porque pensaba que su presencia le protegería del acoso de la señora Sofía.

—También me ha ofrecido su casa el gordo de la línea, pero no aguanto ni sus ideas ni su cocina, que apesta a piel de zamarra y a partisanos, de modo que tanto más le agradezco su cordial ayuda.

Lo besó amistosamente y, en cuanto llegó a la estación, se fue a toda prisa a la ciudad.

Josio, a su vez, empezó a pasearse por el andén; al final se decidió a entrar y sentarse con unos colegas en la cantina. Intercambió un par de palabras con el jefe de estación e hizo una reverencia a unas señoras que, en honor de las fiestas, adornaban las ventanas de todos los trenes ómnibus. Luego, camino de casa para el almuerzo, fue hablando de esto y aquello con Soczek. Más tarde examinó también un baúl extraordinario, que se hallaba depositado en el rápido, y varias veces se ocultó detrás de la estación, casi ya en pleno campo, dentro de la caseta del guardavías, para leer y releer la carta de Buczek.

Luego regreso a la estación y volvió a vagar de acá para allá en un estado de perplejidad absoluta. No sabía ni de lo que hablaba ni lo que veía. Su mente estaba tan absorta en la idea del viaje que sus movimientos parecían los de un autómata.

Era una idea más fuerte que cualquier imperativo categórico, y el mundo circundante había perdido toda realidad a sus ojos.

No se rebelaba, ya no luchaba contra sí mismo, no forcejeaba como antaño contra la impotencia, porque sólo sentía y sabía una cosa: que debía marcharse, que debía abandonarlo todo y salir al mundo; volar como lo hacen los pájaros en las alturas sin rumbo fijo.

Aunque sólo fuera durante un par de semanas, aunque sólo fuera para cambiar de aires, se decía regocijado en su ensueño.

—Mañana mismo me tomo unas vacaciones, le pido el dinero prestado a Zug y me voy. ¡Me voy! —se dijo con alegría infantil, siguiendo con los ojos el humo de los trenes suspendido sobre los bosques.

De repente, todo se le antojaba claro, simple, incuestionable, de modo que, sin pensárselo dos veces, se fue a casa de Zug para arreglar la cuestión del dinero.

El usurero vivía en una calle elegante, en un edificio repleto de estucado, lo que lo hacía parecer un manto de la oración, sucio y con flecos.

Echando a un lado cualquier aprensión, Josio entró en un portal de escaleras embarradas y llamó a la puerta con osadía.

Entreabrió la puerta una bruja reseca con una peluca medio torcida y unos aros de oro que le llegaban hasta los hombros.

—¿Le trae algún negocio? ¿De qué clase? ¿Es usted de la compañía

ferroviaria? ¿Tiene algo interesante para empeñar? —croaba con una voz rasgada, tapándose con la mano la oreja similar al ala de un murciélago.

—Tengo que ver ahora mismo al señor Zug —respondió Josio con firmeza.

Aunque de mala gana, la mujer le dejó pasar.

—Estará aquí dentro de un minutito —le aseguró sin perderlo de vista.

Se encontraba en medio de una sala enorme, casi a oscuras, atestada de las prendas de empeño más diversas; de las paredes colgaban, unos junto a otros, ollas y relojes, espejos y escopetas, cuadros polvorientos y correas de cuero; las estanterías, altas hasta el techo, colocadas sin orden ni concierto, se doblaban por el peso de los fardos; incluso el suelo lo inundaban montones de muebles, hornos de hierro, cochecitos de niño, así como montones de objetos inidentificables; bajo la ventana enrejada, sobre una mesa cubierta de trastos, se calentaba al sol un enorme gato blanco. Pesaba en el aire un olor pestilente, a cebolla, a arenques, a suciedad y a los cueros que se apelotonaban en algún rincón.

En el interior de la casa, alguien silbaba obstinadamente.

Josio observó atentamente a su alrededor y se puso a acariciar el gato, que tensó lascivo el lomo.

Entró silenciosamente un judío joven, delgado, con un caftán de terciopelo negro y un pañolón rojo a guisa de cinturón; se cubría los cabellos rizados, de un rubio dorado, con un casquete también de terciopelo. La barba era larga, y también largo el rostro cubierto profusamente de pecas, con la nariz corva y los labios finos y rojos. Tenía unos ojos redondos, de color ambarino y párpados enrojecidos, casi sin cejas ni pestañas. Andaba encorvado y en sus manos pecosas sostenía el platillo de una taza de té que bebía a lengüetadas como un gato. Entre lengüetada y lengüetada, silbaba, como si no se percatara de la presencia de Josio.

—¡Vengo por un asunto! —dijo Josio, algo impaciente ya.

—¡Ah, perdone, no había notado su presencia! Siéntese. ¿Qué asunto?

—¡Necesito dinero! —soltó con alivio, fijando su mirada en los ojos dorados, de azor, del judío.

—¿Y quién no lo necesita? —se rió éste mientras bebía el té y se paseaba por la habitación—. ¿Cuánto? —añadió al punto.

—Cincuenta rublos; a devolver a plazos mensuales, claro.

—¡Una bonita suma!

—Soy empleado de ferrocarriles. Se la aseguro con mi sueldo.

El judío se detuvo, alzó la cabeza hacia arriba y miró algún punto del techo.

—¿Es usted un pájaro de buena cuenta? —le preguntó, y rascó con la uña en el platillo, imitando el picoteo de un pájaro.

Josio, enervado por el tono burlón del judío, le explicó con aspereza cuál era su función en los ferrocarriles.

—Entonces tiene usted un sueldo anual de seis, cinco y cero.

—El salario bruto, pero con las primas llegó a los mil rublos al año.

—¿Y no nos conocemos todavía? ¡Me extraña sobremanera! Si yo conozco a todo el mundo...

—Hasta ahora no he necesitado dinero; ahora de repente me ha surgido un imprevisto, una urgencia...

—¿Soltero?

—¡Desde mi nacimiento! —respondió malhumorado.

—Un gran defecto, ¡un gran *Fehler*!²⁴ ¿Qué es un soltero? Una pluma que se lleva el viento, ¿quién lo atrapa si se escapa?... Ojalá mis enemigos pierdan tanto dinero como yo he perdido con los solteros. ¿Tal vez tenga usted alguna tía rica?

—No, pero tampoco tengo deudas.

—Perdone, ¡pero todo hombre decente debería tener deudas! ¿Por qué no iba a tener deudas si todos están dispuestos a prestarle dinero? Sólo a los miserables de caftán nadie les presta nada. ¿Es que se casa usted?

—Ni se me ha pasado por la cabeza.

—¡Y yo que tengo una señorita divina, ideal para usted! Sana, entrada en carnes, rica y ¡una verdadera dama!

—No me maree con señoritas, porque lo que yo necesito son cincuenta rublos.

—Usted déjeme un talón por esta suma y ahora mismo le presto yo hasta cien rublos...

Josio se puso en pie molesto.

—¡Bromeaba, hombre! Siéntese. ¡En los negocios no puede existir el enfado! ¿Acepta usted los cincuenta rublos?

Josio se puso el sombrero y, sin decir ni pío, se dirigió hacia la puerta.

—¿Usted se apellida Pelka? ¿Es usted taquillero en la estación? —le preguntó el judío, cortándole el paso.

—¿Y qué?

Josio se detuvo unos instantes.

—¿Y necesita dinero? ¿Cincuenta rublos? ¿Urgente?

—¡Ahora mismo y a cualquier interés!

El corazón le latía enloquecido.

—Se los prestaré sin ningún interés —le dijo el judío con una sonrisa magnánima—, pero antes debemos llegar a un pequeño acuerdo.

Dejó el platillo de té y le pasó una silla.

Josio se sentó, se lo quedó mirando fijamente y esperó con un temblor de alegría.

—¿Sabe que el señor Kolankowski, en cuyo puesto trabaja usted actualmente, me prestó a mí dinero?

—No, ni siquiera sabía que fuera un hombre tan solvente.

²⁴ En alemán en el original, tara, defecto. (*N. de la T.*)

—Me prestó el dinero de la estación, ¡y yo le di uso! —murmuró, acercándose—. Una cabeza de banquero tenía; yo gané una buena suma, él disfrutaba de un buen interés. Nos iban muy bien las cosas, a la callada, chitón, chitón, con buen orden. ¿Me comprende, usted? Todos los taquilleros actúan del mismo modo. Usted me cae muy bien y me gustaría hacer con usted el mismo tipo de negocios... Yo le enseñaré, es algo fácil...

—¿Se refiere al Kolankowski que está ahora en la cárcel? —de repente, Josio recordó la historia que alguien le había contado.

—No, en la cárcel no. Fue una verdadera desgracia. ¿Cree usted que lo agarraron por cuestiones de dinero? ¡Válgame Dios! En caja todo estaba como Dios manda, no faltaba ni un copec. Era tan ambicioso, que no quería compartir nada con nadie, y eso le perdió. Le llovieron denuncias y odios que lo hundieron un poco, pero salió del asunto limpio como el cristal y ahora está de servicio en el ministerio de hacienda.

—¿Me quiere decir de una vez qué quiere de mí? —Josio apenas si podía controlarse.

—Vamos a la habitación contigua y se lo explicaré con todo detalle.

Lo tomó de la mano, con aire confidencial.

—Yo le diré lo que es hacer un buen negocio, ¡oro puro! Formaremos una sociedad secreta y ya verá cómo pronto correrá el dinero por sus manos. ¿Preparado? Estrécheme la mano en señal de acuerdo.

—Lo que le voy a estrechar es el pescuezo, ¡roñoso! —le gritó con una furia que sobresaltó a Zug—. ¡Ladrón! —le escupió Josio antes de salir como un rayo.

Sin embargo, sentado en la confitería ante una taza de café negro, se le enfriaron los ánimos lo bastante como para darse cuenta de que no había conseguido el dinero y que viajar, tenía que viajar.

Todo lo demás se volatilizó de su cabeza.

Aunque llegó con retraso al almuerzo, los Soczek lo recibieron con alegría.

Sofía le anunció que le aguardaba una gran sorpresa.

Antes de que pudiera responder cualquier cosa, irrumpió Raciborski, mudado, elegante, perfumado, atezado, y les saludó a todos con una afabilidad protectora.

—Los inquilinos de nuestros inquilinos son nuestros inquilinos —exclamó Soczek, sirviéndole una copa.

Josio sabía que Raciborski era capaz de colarse en cualquier parte, de modo que no le sorprendió el servilismo con que los Soczek lo cubrían de atenciones. Se limitó a observar con una sonrisa sardónica.

Raciborski les infundía respeto, porque desde el primer momento dominaba el cotarro y se comportaba como si estuviera en su propia casa. Empezaron a comentar algo de Buczek, y Josio leyó su carta en voz alta.

—¡Vaya, vaya, como sacada de un libro! —exclamó Soczek—. Y eso que me habían comentado en la línea que no sabía escribir ni un informe en regla, a no ser que esa carta se la haya apañado alguien.

—Sabe escribir unas cartas preciosas, incluso versos —se sonrió aviesa Sofía.

—¡Oh, qué gran arte! Tenía yo un escritorzuelo trabajando en mi granja que le escribía a mi prima unas cartas aún mejores, de verdad que como sacadas de un libro, pero en cuanto le pegaron un par de trompadas, dejó de hacerlo, me robó y se largó a América —contó riéndose Raciborski.

Josio apenas hablaba, y cuando a la hora del café, empezó a correr el alcohol, salió a hurtadillas de la casa y se retiró a dormir.

Raciborski subió al atardecer, más alegre que unas castañuelas. Lo despertó y, entre abrazos, le dijo:

—Una vez más, gracias por la casa; ya he trasladado todas mis cosas. —Y señaló con orgullo su bolsa de cazador, su escopeta y una caja para el sombrero atada con unos cordones, como la caja de una carroza, apoyada contra la pared—. Menuda suerte ha tenido usted con los Soczek, qué manera de divertirse. ¡Una mujer imponente! Anda más caliente que una caldera. Él es un alelado, pero bonachón, y la comida es de campeonato. Les he prometido que almorzaría de habitual con ellos.

—Han hecho ustedes migas muy pronto.

—Porque yo, respetable caballero, carezco de prejuicios estúpidos; tanto me gusta en la taberna como en palacio, con tal de que sirvan como Dios manda y bien rociado. No me gustan las ceremonias; quien me invita de buena voluntad, es mi hermano y punto.

—Pero le advierto que los Soczek en el bolsillo tienen una serpiente. Son muy agarrados.

El hidalgo pareció sorprenderse, se retorció los bigotes y tras llamar a la sirvienta, empezó a acomodarse en la habitación contigua. La señora Sofía le hizo la cama y le mandó a su marido para que lo ayudara.

Josio, decidido por fin a asistir a la velada del jefe, se vistió adecuadamente para la ocasión; de repente recordó que le faltaban las botas de agua y bajó a buscarlas al piso de los Soczek, donde se dio de bruces con Sofía.

—Ven, estaré sola... Él se marcha a Varsovia después de la medianoche —le susurraba la mujer ardientemente—. Ven, amor..., te espero... Tienes que expiar tu falta, la atroz semana que me has hecho pasar. ¡Cuán infeliz me he sentido! Me moría de dolor y de añoranza... Mira, tócame. ¿Notas cuánto he adelgazado? No te retrases. Lástima de cada momento perdido. Sabes, ese viejo gorrón nos puede servir de tapadera, nos viene como anillo al dedo, y a ti te puede sustituir en los paseos.

—No vaya a ser que me sustituya en todo —observó Josio sarcástico.

Le dio ella una palmada reprobatoria y un beso, y él se escondió detrás de la puerta, porque alguien bajaba la escalera.

Ya era noche entrada; el hielo plateaba la tierra, y la luna navegaba por las alturas de un cielo despejado. El tren jadeaba en la estación, y en el cruce se oía el sonido de la campanilla de señalización.

Josio hacía continuamente altos en el camino, porque una idea, horrenda y seductora a la vez, lo asaltaba violenta y porfiadamente. No le asustaba, ni trataba de borrarla de su cerebro; mas al contrario, le sonreía como se sonríe ante una redención definitiva.

—Sí, mañana lunes pagan los fletes del carbón... habrá entradas... muchas... El expedidor está enfermo, así que debo sustituirlo en los vagones de mercancías —cavilaba a la puerta de la casa del jefe.

Casi sin ser percibido por los presentes, se sumergió en un rincón; la reunión estaba muy concurrida, animada y divertida. Las señoras y jovencitas revoloteaban por la casa como mariposas, los jóvenes permanecían apoyados contra la pared y los mayores reinaban en el centro del salón, en especial las damas que, sentadas en los sillones y los divanes como urracas, se confesaban sus cuitas.

La anfitriona, haciendo gala de sus abundantes carnes, dio la orden de sacar a los niños del salón para que, en el más absoluto silencio, una señorita pálida y rubia pudiera bregar con el piano de cola y asesinar con saña a Chopin. A continuación, una joven recién casada, de nariz respingona, boca ancha y caderas aún más anchas, cantó con voz nostálgica: «Gatito, mi niño, no pestañees con tus ojitos». Después, un estudiante adoptó una postura heroica en medio de la sala, se desabrochó cuatro botones de la chaqueta del uniforme, apoyó las manos sobre el respaldo de una silla, sacó pecho y con voz potente tronó el «Hagar en el desierto».

Tras esta última intervención, el Petirrojo recitó monólogos humorísticos de Junosz, que provocaron una lluvia de bravos, risas y bises.

Después de alimentar copiosamente el espíritu, se les invitó a tomar una modesta colación.

La fiesta se animaba por momentos; corría el vodka de mano en mano, los arenques y el caviar desaparecían como por ensalmo. El deán se santiguó, y todos se aprestaron a recibir el pollo con arroz, que despedía un aroma exquisito, y el filete con guarnición. Reinaba un silencio solemne, sólo roto por los chasquidos al masticar, el sonido de los cuchillos y los profundos suspiros de hartazgo.

Los jóvenes se empapaban de cerveza, en tanto que para los más maduros se sacaron un par de frascas de vino húngaro, que escanció con gran deleite el anfitrión. Como solía ocurrir en esas ocasiones, acabaron echando a los niños del comedor, dada su insistencia en comer helados; también hubo lío con los perritos, que justo en el momento en que se brindaba a la salud de la anfitriona, empezaron a gruñir y a frotarse los hocicos; no faltó tampoco el brindis rimado del Petirrojo, los chistes groseros del guarda corpulento y las anécdotas piadosas y rancias del deán.

Después de la cena, ya levantados todos de la mesa, el gramófono se arrancó en una apasionada «Marsellesa», lo que hizo exclamar a la anfitriona:

—¡Marido, no corras riesgos! ¡Recuerda que tienes esposa e hijos! —Y lanzó

una mirada preocupada hacia el andén.

Toda la pandilla de jefes de estación hicieron alarde de buen humor y agudeza. Por fin, los mayores decidieron echar una partida de cartas, las matronas la emprendieron a comer canapés y los jóvenes, entre risas y algarabía, se divertían con juegos inocentes tales como «viene el zorro por el camino», «hornito, hornito, dame una comadre» o «la monja».

Josio era el único en permanecer apartado de esos juegos; estaba sentado, en silencio, elucubrando. Cuando le pareció que había llegado la hora, se levantó de su asiento y, a la chita callando, se fue a dormir.

La señora Soczek le aguardó en vano hasta el alba.

XIII

Aunque el día ya se deslizaba hacia un ocaso violáceo y se tensaba en la dulce sonrisa de la muerte, el cielo seguía purpúreo y los campos ennegrecidos; se veía por doquier charcos y zanjas inundadas, y los caminos enfangados enrojecían como sembrados de brasas. Desde los campos, soplaba un frío riguroso que se extendía sobre el universo en un silencio profundo, pero rasgado con nitidez creciente por el retumbar de los trenes veloces, por las trompetillas de los guardabarreras, por el silbido cada vez más penetrante de las locomotoras de vapor.

En la estación, centelleaban las luces y se observaba un gran trasiego, porque la «ciudad» entera se había lanzado hacia el ómnibus con un bullicio y alegría semejantes a los de una fiesta al aire libre. Igual que de costumbre, las caras de las señoras y los niños adornaban las ventanas de la estación. Igual que siempre, el jefe de estación, con su gorra roja y sus guantes blancos, envanecido y oficial, le hacía una reverencia a algún militar conocido e iba visitando alternativamente al par de gendarmes que permanecían a ambos extremos del andén como dos columnas grises, yertas. Igual que siempre, un tumulto negro de caftanes hormigueaba agitado, empujaba y parloteaba en su jerigonza; también igual que siempre sonó la campanilla que daba la señal, silbó la máquina y el tren entró resollante, mientras un torrente de personas, fardos, maletas y gritos lo asaltaba o se derramaba por los andenes; igual que siempre, el mozo del frac, con la cabeza rapada y la bandeja en la mano, corría a lo largo del tren gritando:

—¡Café, té! ¡Té, café!

Y Josio, igual que hacía siempre en los días de buen tiempo, cerró un poco antes la caja y salió al andén; se inclinaba, sonreía, daba unos cuantos apretones de mano, conversaba acá y acullá, saludaba a los conocidos, bromeaba mordaz acerca de las señoras, echaba una ojeada a la ventana de los vagones, lo que

provocaba la diversión coqueta de las pasajeras, pero ese día actuaba de un modo automático y artificial. Su aspecto era tan demacrado y estaba tan pálido, que cuando Sofía se lo tropezó al volver de su paseo con Raciborski, exclamó:

—¿Qué te pasa? Estás blanco como una pared.

—Me duele la cabeza. Beberé un café negro y se me pasará.

—Cuando vengas a cenar, yo misma te prepararé el café y te daré un calmante.

—No puedo ir; estoy de servicio hasta que pase el correo; sustituyo al expeditor.

—¡Pasa por casa, aunque sea un momento! Vendrás, ¿no? ¡Te lo pide tu Sofía! —susurró.

Le prometió todo lo que ella le pedía, pero tan pronto como partió el tren y se vació la estación, volvió a la taquilla, cerró la puerta con llave, bajó la persiana y se sentó a preparar el dinero de las transferencias.

Tal y como había previsto, ese día le esperaba mucho trabajo; se había recibido gran cantidad de dinero que tenía que enviar a Varsovia en el primer ómnibus. Lo contó, lo clasificó escrupulosamente y con los fajos ordenados frente a él, encima de la mesa, empezó a escribir en el informe todos los detalles sobre la fuente y el carácter de los ingresos.

Sin embargo, no había pasado mucho tiempo cuando soltó la pluma, se estiró en el sofá y tras encender un cigarrillo, se rindió en brazos de la fantasía.

Se deslizaban las horas lenta, silenciosa e imperceptiblemente, y cada una de ellas le brindaba una canción mágica sobre la felicidad, cada una lo liberaba de las nubes que cegaban sus ojos, le alimentaba un anhelo cada vez más frenético y le mostraba un mundo de ilusiones y espejismos cada vez más variado, cada vez más tentador.

Después de esas primeras horas llenas de magia, sus sueños fueron tomando otro sesgo; surgían poco a poco para desaparecer penosamente como fantasmagorías espantosas que le desvelaban el rostro severo de la realidad, que le arrancaban la venda de los ojos y le hablaban con la voz dura y cruel del ser, que le descubrían sin ambages todo el infierno repulsivo de la existencia.

Ante sus ojos, corrían vertiginosamente los días, los meses y los años, el siniestro cortejo de la vida y toda su fuerza necia e implacable al mismo tiempo.

—No, no, prefiero la muerte —gimió en una angustia mortal.

Se levantó violentamente del sofá, la mirada fija en el dinero que espejeaba sobre la mesa como un montón de hojas caídas en otoño.

—Tres mil quinientos cuarenta y seis —contó, agarrándolo en un puñado.

Alguien llamó a la ventanilla y gritó:

—¡Ya son casi las tres! ¿Pasará el correo?

Un huracán planeaba sobre su cabeza; se quedó unos instantes aterrado, el corazón le latía enloquecido en una encarnizada batalla, la sangre le golpeaba las sienes y en su cerebro merodeaban todas las harpías del miedo y la duda. Pero recobró de inmediato el dominio de sí mismo: en sus ojos brilló la decisión

y todo su cuerpo se tensó como un lobo a punto de atacar.

Sabía lo que tenía que hacer.

—¡Pasaré! —exclamó con energía—. Ven y llevaremos el dinero.

Sumó a toda prisa unas largas columnas de cifras, completó el informe, lo firmó, adjuntando diversos documentos, y lo depositó todo en una cajita fuerte.

Los fajos de billetes, por el contrario, los envolvió en una hoja de periódico y los metió dentro del cajón de la mesilla. El dinero suelto se lo guardó en el bolsillo.

—Hoy pesa muy poco —observó el guarda cuando transportaba la cajita de hierro hasta el tren.

Josio tembló ligeramente y aceleró el paso, pero entregó el envío al mozo de equipajes con una admirable sangre fría, tomó el acuse de recibo y cuando el tren arrancó, lo siguió con la mirada, casi sin darse cuenta, hasta el final del andén, golpeándose los ojos con las ventanas alumbradas pero vacías de los vagones al pasar.

—Ha sucedido lo que tenía que suceder —susurró con gran alivio, mirando las luces rojas que huían con gran rapidez.

Tomó el camino de regreso, a paso lento, volviéndose a menudo para mirar el tren. El traqueteo de las ruedas se hacía más débil y más lejano, hasta que, por fin, se desvaneció en el silencio nocturno.

—Ha sucedido lo que tenía que suceder —repitió, respirando profundamente y con una sonrisa de contento en los labios.

Era una noche de luna, clara; todas las ventanas estaban ya apagadas, la estación dormía, sólo velaban los empleados de guardia en el despacho del jefe de estación y la señorita Marina, que con ayuda de los camareros, limpiaba las mesas de su decoración de flores y botellas.

Josio sintió una sed incontenible; tenía la lengua seca como un cepillo. La fiebre lo devoraba.

—Parece que acaba de volver de una agradable cita de amor —exclamó la señorita Marina, y miró con admiración su rostro regocijado.

—Por desgracia, vuelvo del trabajo.

De pronto rompió a reír a carcajadas; clavó sus ojos en los de Marina con tal intensidad que ésta se ruborizó, y con el corazón alterado, se quedó esperando alguna expresión de ternura. Inesperadamente, Josio le dio la espalda y, sin tocar la cerveza que ya le había servido, se fue a su casa. Raciborski, con la zamarra puesta y la pipa entre los dientes, estaba apoltronado en el sillón, envuelto en una nube de humo y leyendo el periódico.

—Le voy a preparar un té bien calentito. El samovar aún está lleno —le propuso con indulgencia.

—Magda lo trata de modo muy especial. El samovar caliente a estas horas. ¡Vaya, vaya!

—Porque yo, con las mujeres, respetable señor, utilizo un método infalible: las lisonjeo y les prometo el oro y el moro. Sólo una estúpida podría resistirse a

ello.

Y sonrió mientras le servía el té.

Josio bebió con avidez, al mismo tiempo que echaba ojeadas medrosas a los polvorientos retratos de los antepasados de Raciborski, quien al captar su mirada, le dijo jocosamente:

—Yo los miro durante el día. Es mejor, entiendo de eso... A más de uno, de esos que lucen tirabuzones,²⁵ le he ayudado a buscar a sus antepasados. Se los podría vender a usted, cada uno, todos igual, a cien chapas. Para qué se van a quedar ahí ahumándose, los pobres.

Soltó una carcajada cínica que hizo estremecer a Josio.

—Usted sería capaz, de vender hasta la tumba de su familia —le dijo con una voz opaca, llena de enojo.

—Con tal de que alguien me la quisiera comprar... Por desgracia, no existen cretinos así. Prefiero mercadear con mis antepasados que robar —añadió con magnanimidad, sin segundas intenciones.

Josio depositó el vaso sobre la mesa con tanta fuerza, que se rompió el platillo y saltó la cucharilla.

—Debo ir al trabajo —se lamentó con una voz húmeda, dulzona.

Tomó de la cómoda unos papeles, echó un último vistazo a la casa y como vio que en casa de Soczek aún había luz, salió de puntillas.

Eran ya las dos de la madrugada cuando se volvió a tumbar sobre el sofá de la oficina de la taquilla.

Pasaban las horas monótonas, lentas e inexorables, pero ya nada podía afectarlo. Yacía en un estado de extenuación, sordo y ciego a todo, igual que un árbol arrancado por la tormenta. Cuando el correo hizo su entrada en la estación, se incorporó rápidamente, cogió el dinero del cajón, se lo metió en los bolsillos, abrió la ventanilla y aguardó tranquilamente a los pasajeros.

Pero nadie apareció frente a la ventanilla. A pesar de que en la estación no había ni un alma y reinaba una oscuridad absoluta, Josio aguardó hasta la hora de salida. Después cerró todo, como solía hacer, y en el preciso momento en que iba a arrancar el correo, se deslizó furtivamente hacia el andén y saltó al último vagón. Se oyó un penetrante silbido, rechinaron los vagones y el tren empezó a correr con una velocidad cada vez mayor.

Josio escupió por la ventana sobre la estación con un desprecio y un odio indecibles; a continuación, se sentó en el banco del pasillo, cerró los ojos y se dejó arrastrar por la más profunda alegría.

Había acabado un mal sueño en su vida y lo que empezaba entonces era la anhelada realidad.

²⁵ Alusión a los judíos que renegaban de sus raíces. (*N. de la T.*)

XIV

El tren volaba como un huracán; su silbido horadaba las pequeñas estaciones dormidas y su jadeo, los puentes; atravesaba su grito los bosques negros, amenazantes, y su trepidar salvaje rasgaba las llanuras. A veces paraba un instante, recogía bultos y personas, y volvía a correr entre nubes de humo, chispas y estruendo; avanzaba de nuevo, imparable, hacia el amanecer que despuntaba en la turbiedad del cielo.

Josio permanecía inmóvil en su sitio, sumergido todo su ser en la dulce melodía del vuelo, en el ritmo salvaje y metálico de aquella sagrada potencia que le transportaría hasta su mundo soñado. No percibía con claridad lo que estaba sucediendo en su interior, y veía a los pasajeros, a los revisores y las estaciones en las que se iban deteniendo como a través de una niebla densa.

—¡Señor Josio!

Alguien lo agarró por el hombro. Alzó los ojos con asombro y vio a Frania frente a él.

—Hace ya media hora que estoy aquí delante de usted y ni caso. ¿Adónde va?

—¡A ver mundo! ¡A ver mundo! —repitió en un tono traspasado de dulzura.

—¡Tonterías! O sea que al extranjero para el día de su santo, ¿eh?

—¿Y a ti qué te ha pasado? Pensaba que vendrías a verme...

—¡No soy tan boba! ¿Para qué iba a ir? ¿Para que la Soczek me muela a palos? —Y soltó una tos ronca, seca—. Salgamos del pasillo, que aquí hace una corriente de mil diablos.

Tosía sin parar.

—¿Aún no te has curado? —le susurró Josio, y entraron ambos en un compartimento vacío.

—Me curaré cuando me den tierra. —Se apartó de la boca el pañuelo manchado de sangre y se lo mostró—. ¿Dónde me voy a curar? Desde hace una semana no duermo como Dios manda: o estoy con algún hombre, o ando vagando por los caminos. Si no tengo ni un techo donde cobijarme... ¡Qué vida más perra!

Josio sacó un fajo de billetes con ademán nervioso y se lo puso en la manó.

—Toma, Frania. Me das mucha lástima. Cúrate.

La muchacha miraba de hito en hito, ora a Josio, ora al dinero, y aunque el hombre se lo había entregado de corazón, ella no pudo dar crédito a ese acto de nobleza y lo tiró sobre el banco.

—¡Un buen tunante está hecho usted! —le gritó enojada—. Pensaba que era un hombre diferente de los demás y...

—Es tuyo. Tómalo, Frania. No te estoy tomando el pelo. Te lo pido por

favor, acéptalo.

Frانيا empezaba a creerle. Torrentes de lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas macilentas.

—¿Mío? ¿Doscientos rublos? ¿Mío? —balbuceaba emocionada—. ¡Rey mío, amor, mi santo salvador! Pero ¡si yo no valgo tanto! ¿Por qué me lo da? Si me matara o me maltratara, me parecería algo más creíble. ¡Dios mío, Dios mío! —gritaba, cubriéndolo de apasionados besos.

De repente, se apartó hasta la otra punta del banco y lo observó con expresión reconcentrada, desde sus ojos callados, bondadosos.

—No habrá perdido el juicio, ¿verdad? —Y se golpeó la frente.

—No, Frانيا, estoy sano como una rosa y en mis cabales —respondió, sonriente.

—Pues habrá usted tenido una suerte enorme —dijo, y se le volvió a acercar.

—Sí, me lo ha donado una tía mía —explicó sin ganas, desviando la mirada—. Pero ¿sabes lo que se me acaba de ocurrir? ¡Ven conmigo al extranjero!

—¿Yo, con usted? ¿Al extranjero? ¿De verdad? ¿No se está burlando? —preguntaba, abriendo los ojos de par en par.

Por fin pareció creérselo y asumir la posibilidad con satisfacción, pero tanto la aturdía toda aquella historia, que no paraba de apretarse las sienes, de restregarse los ojos y de mirar a Josio con una atención y una curiosidad entre suspicaces y temerosas.

—¿Y nos vamos muy lejos? —le preguntó en voz muy queda, porque Josio parecía estar medio adormilado.

—Adonde nos lleve la vista —respondió él con somnolencia.

—¿Y por mucho tiempo?

—¡Para siempre, Frانيا! ¡Para siempre!—gritó con fruición, cerrando los ojos.

—Para siempre —repitió ella como en un eco, recorrida por un escalofrío, y de repente la invadió una profunda tristeza, como suele ocurrir justo antes de una gran desgracia.

Josio se había quedado dormido, y Frانيا permaneció en silencio, con una angustia insondable. Todo lo acontecido hacía unos momentos le había provocado un miedo supersticioso.

Decidió saltar del tren en la primera estación en la que parara.

En el preciso momento en que iba a abandonar el compartimento, Josio abrió los ojos por unos instantes y le sonrió con una gran ternura. A Frانيا le entró un ataque de tos terrible. Salió al corredor y, a través de la puerta entreabierta, contempló el dormir de su amigo con un amor antiguo y siempre oculto, con admiración infinita, con adoración y agradecimiento, pero a la vez con temor, con un temor hacia él inexplicable y que crecía por momentos.

Cuando arribaron a la frontera, era ya de día; los árboles estaban cubiertos

de escarcha, como envueltos en nubes plateadas y celestes; el sol no se había asomado, y el cielo pendía brumoso y plomizo.

Josio arregló rápidamente los trámites del transbordo y no tardaron en subir a un tren extranjero.

—¿Vamos a salir pronto? —preguntó Frania mientras se paseaba agitada por el corredor.

—¡Dentro de diez minutos! —respondió Josio con la mirada tranquila y fija en uno de los gendarmes.

—¿Compro en la cantina algo para el camino? —propuso Frania con cierta timidez.

—Vale, pero no tardes —le respondió él desde el compartimento.

Frania se fue a todo correr y nunca más volvió a aparecer.

Cuando el tren empezó su marcha, su carita llorosa, tristísima, lo vio pasar, fugazmente, desde una de las ventanas de la cantina.

—La mujer baja del carro, mejor, el caballo irá más rápido —se dijo Josio con un gesto de indiferencia.

Se tumbó y durmió todo el trayecto hasta Viena.

* * *

El día siguiente amaneció brumoso y frío; llovía y un fango pegajoso cubría las calles. Josio salió del hotel en dirección a la ciudad. Se sentía inusualmente lúcido y animado; adquirió unos trajes de bonísima calidad, unos baúles, ropa blanca y diversos detalles. Después paró un coche de punto y dio un paseo por las calles principales de la ciudad. Por la noche deambuló por diversos *tingels*²⁶ y cafeterías, donde iba dejando unas propinas tan espectaculares, que todo el mundo lo tomaba, al menos, por conde. Conocía Viena al dedillo gracias a la guía Baedeker, y durante dos días visitó con auténtica unción sus lugares de renombre.

Pero todo lo decepcionaba, todo se le antojaba insignificante, trivial, aburrido.

—¡Me la imaginaba de otra forma! ¡De otra forma! —suspiraba apesadumbrado.

Así que se fue a Munich. Desde el tren contemplaba el paisaje de un modo superficial; su atención se centraba sobre todo en las estaciones, en los empleados de ferrocarril y en los pasajeros de su compartimento, ante los cuales estudiaba poses de aristócrata aburrido que vagara por esos mundos por mero placer. Y aunque, al principio, conversaba con todos de buen grado, tan pronto se enteró de que esos distinguidos caballeros eran sólo unos vulgares comerciantes, se abstuvo de hablar con ellos, o pertrechado con sus binóculos,

²⁶ *Tingel*, en alemán, café cantante. (N. de la T.)

se limitaba a responderles altivamente y sólo con monosílabos. Tenía que demostrarles su grandeza, ya que ellos lo trataban con ese sentimiento de inferioridad con el que los alemanes suelen tratar a la aristocracia.

Desde el primer momento, Munich no le agradó; toda la ciudad apestaba a cebada y a cerveza agriada. No obstante, como se había tragado tantos y tantos elogios acerca de su arquitectura y de su patrimonio artístico, se pasó días enteros a la búsqueda de siquiera una sombra, una chispa de esos ideales. Y con todo, nada conseguía estremecerlo de admiración, nada lo atraía, nada lo arrebatava. De arte no entendía, la gente se le antojaba repulsiva y la ciudad, aburrida.

A decir verdad, él mismo no sabía lo que buscaba.

—Esto no es lo que yo pensaba, no. Esto es una taberna, no es Atenas, no — se confesó con amargura.

Y se marchó a París.

—¡Allí será diferente! ¡Diferente! —cantaba su corazón, acariciado por la esperanza.

* * *

Tras muchas horas de meditación silenciosa, lo despertó un grito de alegría:

—¡París!

Josio se lanzó a la ventana, y el corazón se le encogió de sorpresa y placer.

Aquí y allí, entre la impenetrable oscuridad, surgían miles de luces, un océano de olas de fuego que rasgaban el cielo negro y lluvioso; una inundación de resplandores dorados que iluminaban como si se tratara de una isla mágica, encantada.

El tren corría veloz, sin hacer altos, no aminoraba su marcha, al contrario, corría y corría, desenfrenado; ya se divisaban algunas chimeneas, algunos barrios, algunos palacios en medio de parques, algunas aguas semejantes a ojos velados por cataratas.

París estaba ya al alcance de la mano, crecía, se fortalecía minuto a minuto, se agigantaba como un raro fantasma.

—¡Aún falta media hora! —gimió torturado por la espera. El corazón le latía agitado. Josio se alzaba con la mirada enardecida, se remontaba como un ave embriagada por la fuerza de su propio vuelo y entonaba el himno del deseo aún no satisfecho.

—¡Aún faltan veinte minutos! —Casi se desmayaba de impaciencia—. ¡Diez!... Todos se están levantando ya, asidos a las maletas, se agolpan en los corredores, miles de ojos se fijan con avidez en los muros que paulatinamente se levantan... ¡Cinco! Estoy temblando, casi no puedo respirar, la cabeza me da vueltas, el tren ya empieza a aflojar la marcha... se oye algo, como si fuera el murmullo del mar y el bramido de las olas... ¡Por fin! ¡Dios mío! ¡Por fin!

Una muchedumbre lo arrastró fuera del tren en medio de un torbellino

enloquecido.

—Bueno, ¿esto es París? ¿Por qué está tan oscuro? ¿Por qué tan vacío? ¿Por qué tan triste?

Los relojes dieron la medianoche; lloviznaba y hacía frío. Un fuerte viento sacudía los árboles, y las calles brillaban de puro embarradas. Hileras de casitas, sórdidas como las celdas de una prisión, se prolongaban en infinitos malecones; las gargantas oscuras de las callejuelas olían a podredumbre y en sus paredes se arrastraban gentes harapientas; de los antros cercanos procedían gritos salvajes.

Los policías lo seguían con aire suspicaz, y él se iba afligiendo y enojando por momentos.

—La primera impresión suele resultar falsa. Mañana, mañana veremos — se decía para ahuyentar los malos presentimientos que anidaban en su corazón.

XV

Hacía un día cálido, húmedo e inundado de vapores primaverales, y se vislumbraban los árboles en su primer verdor. Ora alumbraba el sol, ora repicaba la llovizna, que inundaba de barro pegajoso los grandes bulevares, parecidos a valles estrechos y sinuosos, por donde soplara un vientecillo celeste. Las casas, grises y enormes, espejeaban sobre él como crestas monstruosas, a cuyos pies fluyeran torrentes humanos, ruidosos y agitados. Era ya mediodía, y el tráfico crecía, poderoso e incesante. Los transeúntes hormigueaban sobre las aceras, y las terrazas de los cafés se llenaban de alborotados clientes; los coches, autobuses, carros y tranvías volaban en todas direcciones. El olor a gasolina y engrase se extendía en una nube densa y asfixiante.

Josio se sintió algo aturdido por el bullicio reinante en los bulevares, pero no por ello dejó de abrirse camino entre la muchedumbre con el corazón palpitante, los ojos ávidos y la esperanza viva ante lo que pronto le ofrecería aquel París tan ansiado. Aguardaba una suerte de milagro que le abriera la gruta de paraísos soñados, un museo feérico de todas las maravillas juntas. No obstante, la cortina gris y sombría de los muros de la ciudad no le levantaba el ánimo; tampoco los gigantescos edificios, ni los innumerables escaparates de las tiendas, ni el tráfico enloquecedor, ni los torrentes de automóviles. Todo aquel tropel humano, que se derramaba con un murmullo trepidante, le parecía más banal, más ordinario, más feo de lo que le correspondería a una ciudad como París. A su soñado París.

Dio una vuelta más al edificio de la Ópera y ya francamente aburrido, detuvo un coche y ordenó que lo pasara por las principales arterias.

El chófer se hundió en su asiento, puso en marcha el motor y se abrió paso entre la muchedumbre con prodigiosa destreza; a veces aminoraba la velocidad,

como para tomar aliento, y luego volvía a lanzarse a ciegas entre los atascos de carros y viandantes; reptaba como una serpiente por entre las ruedas de los inmensos autobuses, giraba de repente como una bala rebotada, volaba a la carrera con el viento.

Josio iba sentado en una pose indolente, manifestando indiferencia hacia todo, aunque en realidad su cuerpo entero se estremecía de placer por la vertiginosa carrera. Cada instante, cada esquina, cada edificio imponente, cada calle importante, cada avenida, le creaban nuevas expectativas de que, por fin, se obraría ese milagro tan anhelado.

Pasaron por los bulevares, por la Plaza de la Concordia, por los Campos Elíseos y cayeron como una tormenta sobre el silencioso y casi desierto Bosque de Boulogne, parecido, en ese momento, a una nube de hierba pálida. Empezó a llover de nuevo, y los caminos se extendían igual que lienzos grises empapados de agua; sólo de cuando en cuando se veía la silueta negra de un paraguas. El automóvil marchó sobre la grava entre rechinos y silbidos, y dio un rodeo al estanque, sobre el cual flotaban parterres de tulipanes en flor, hasta ir a confundirse, en su carrera extraviada, con las oscuras espesuras, los remolinos de lluvia y el laberinto infinito de los senderos.

Los ojos inquietos de Josio seguían mirando hacia delante, circulaban infatigables, cual aves rapaces, por los árboles miserables, raquíticos, y los arbustos enanos. Finalmente le preguntó al chófer:

— ¿Así que esto es el Bosque de Boulogne?

— Sí, precioso, ¿verdad? — dijo el francés, y le largó una perorata en la que le aseguraba con orgullo que no había nada semejante en el mundo.

— ¡Extraordinario! ¡Algo nunca visto! — corroboraba Josio como una máquina, sin reconocer ni siquiera ante sí mismo que se lo había imaginado mil veces más hermoso.

Se limitó a suspirar lastimosamente, porque a su memoria acudió el recuerdo de bosques auténticos, colmados de árboles altísimos y de rumores sacros, llenos de aromas diversos y del grito de las aves. Bosques encantados por una naturaleza libre de cualquier cadena.

— Pero no son el Bosque de Boulogne — reflexionó con presunción, y ahuyentando los recuerdos, le ordenó al chófer dirigirse al Café de la Paix.

Los bulevares estaban cubiertos por un techo móvil de paraguas, ya que seguía cayendo una lluvia menuda y penetrante, lo cual no desanimó a Josio, que se sentó en la terraza, pegada la espalda al muro de la cafetería.

Contemplaba con devoción las calles pobladas y vocingleras.

Los omnibuses de dos pisos, traqueteantes y atestados de ciudadanos, el vuelo silbante de los automóviles, los miles de estrépitos, las voces de los vendedores ambulantes; toda esa incesante algarabía lo iba inundando paso a paso, como si de una ola espumosa y murmurante se tratara. Había momentos en que se retiraba inconsciente contra la pared, bajo la impresión de que aquel mar de gentes, caballos y vehículos se le venía encima para pisotearle y seguir

después su curso desenfrenado. Empezó a sentirse mal, ajeno, solo, perdido sin remisión.

—Así que esto es París, ¡París! —se repetía, vagando su mirada asustada por entre la muchedumbre.

Durante largo rato permaneció como embriagado bajo los efectos del ruido y del movimiento.

Ya no oía nada, ni distinguía a nadie, porque en su cerebro sólo había un grito estremecedor y constante, y frente a sus ojos sólo desfilaba un hormiguero fantasmagórico, miles de miradas cegadoras y un interminable cuerpo reptante... Lo espantaban aquellas nubes humanas que fluían sin contención.

—¿De dónde salen? ¿Adónde van? ¿Quiénes son esas gentes? ¿Por qué existen esos monstruosos hormigueros? ¿Para qué? —pensó con temor y con un sentimiento de soledad que iba en aumento.

Cuando cesó de llover y el sol imperó sobre los bulevares, fue recobrando la conciencia; se bebió un coñac, echó un vistazo a un artículo del *Journal* y tras encender un cigarrillo, se puso a observar la realidad circundante bajo una perspectiva totalmente distinta. Primero le vino a la memoria una historia de amor de esas comunes en la vida parisina, es decir, una sarta sin fin de patrañas; después empezó a recordar todo lo que había leído tiempo atrás. Fue como si, de repente, se le abriera una ventana a la que él se asomara con diligencia y asombro, pero sin grandes expansiones de alegría. A su alrededor sólo había conocidos, sí, única y exclusivamente personas conocidas. Se sumió en una profunda reflexión, pues quienes paseaban frente a él por los bulevares no eran otros que los personajes de las novelas, era ese mundo del que tan largo tiempo se había alimentado, al que tanto había amado, con el que tanto había soñado. Empezaba a sentirse en su elemento; podría realizar sus quimeras, podría poseer esa realidad que había acariciado. Al hilo de los recuerdos, iba comprendiendo adónde se dirigía esa muchedumbre y con qué objetivo. Comprendía cada uno de sus movimientos, cada una de sus palabras, cada una de sus miradas. Todo el juego de la existencia humana aparecía ante sus ojos con una transparencia inmaculada. Leía sin equivocarse esa gigantesca novela llamada París. El hambre y el amor, el bien y el mal, toda la red de intrigas, traiciones y crímenes, las virtudes de los ultrajados y los ultrajes recompensados, se encarnaban en aquel gentío; podía señalarlos con el dedo y llamarlos por su nombre. ¡Dios mío, cuán parecidos eran a sus retratos! ¡Cómo se alegraba Josio de ese encuentro! Con interés desmesurado, observaba a los héroes y comparsas de los terribles dramas que le venían a la memoria en esos momentos; su imaginación absorbente elaboraba, en el plano de la conciencia, nuevas escenas y nombres, nuevos casos, nuevos personajes, nuevas y enmarañadas historias.

Por ejemplo, la pareja que tenía sentada frente a él no eran otros que Armand y Blanche de Féval; se susurraban algo al oído, con misterio. Pero él, Josio, sabía perfectamente de qué hablaban. Blanche le daba algo a escondidas.

Era la llave del portillo del jardín. Los desgraciados, ciegos de pasión, ignoraban lo que los esperaba. Ignoraban que allí, tras las cortinas, alguien los estaba espiando. Josio miró con auténtico odio a un individuo, sentado al otro lado de la ventana, quien, con señas apenas perceptibles, se comunicaba con la supuesta Blanche. Mortificado por el destino aciago de los amantes, ya los veía en la escena final, cuando, en un estado de enajenación total, aparece el cruel vengador con su revólver, y con voz sepulcral, exclama: *¡Es el fin, miserable seductor!* Pero Blanche se sacrifica, cubre con su cuerpo el de su amante y cae asesinada. Maravillosa, conmovedora escena.

Y ese joven, ese distinguido caballero, que se sentaba a su lado y bebía mazagrán, cuánto parecido guardaba con aquellos magnánimos vizcondes de las diferentes comedias, quienes siempre, en los momentos críticos, cuando sus amigos ya tenían el revólver en la sien, aparecían con la cartera y decían: «*Voilà, mil francos, ¡dáselos a ese miserable!*». Y salían de la escena, acompañados por la bendición de las familias de los rescatados de la vergüenza y por las lágrimas de Berthe o de Marie. ¡Y esas mayestáticas margravinas! Esas heroínas desdichadas y dignas; esas leonas de los bajos fondos; esas diablasas, que sembraban a su paso la locura y el crimen; esas mujeres depravadas, con el estigma imborrable del deshonor en la frente; esas otras, traicionadas y condenadas a perpetuidad a las lágrimas y a la melancolía; y esas hijas, sacrificadas por los padres miserables; esos ángeles silenciosos de las buhardillas, en lucha eterna contra la miseria, la enfermedad y la tentación. ¡Oh, esas maravillosas y santas Ivonnes de rubios cabellos!

En aquellos momentos, las amaba a todas ellas, las adoraba, y con ojos agradecidos, contemplaba su encarnación en las figuras y los rostros femeninos que deambulaban a su alrededor. Más de una, al distinguir el semblante bello e iluminado de Josio, le echó una mirada tentadora; más de una lo abrazó con ojos ardientes, pero él no se percataba de ello, porque seguía en su labor de reconocer a sus personajes: los situaba en su fantasía por los bulevares y observaba con placer cómo desfilaban y se agolpaban en las aceras, cómo marchaban en los vehículos, o cómo se sentaban en la mesa de al lado. Todo ese mundo, desovillado de los libros, resucitaba frente a sus ojos delirantes: viejos y jóvenes, mendigos y príncipes, millonarios famosos y criminales aún más famosos, jóvenes de oro capaces de perder millones en un par de noches y que abandonan los cabarés con una canción en los labios para a continuación saltarse de un tiro la tapa de los sesos, los policías de renombre y sus presas cazadas, Rocambole y Jean Valjean. Se sentía omnipotente y omnisciente, para él no existían secretos, no le eran ajenos ni el principio ni el fin de todas las tramas y de todas las existencias, sabía incluso lo que ocultaban en su interior esas casas lúgubres, desde el sótano hasta la buhardilla, conocía todo el juego de la vida, todas sus tensiones, su permanente oleaje, todos sus flujos y reflujos, todas las catástrofes. Era igual a Dios, pues de él emergían nuevos mundos y, al igual que Dios, los aniquilaba con el mayor de los placeres.

El sol ya se había puesto y en las tinieblas azulinas comenzaban a brillar miles de luces. Las casas parecían crecer y alcanzar el cielo; el bulevar, al contrario, parecía hundirse poco a poco hasta hacerse semejante a un abismo inundado de luces y sonidos trémulos.

Sin embargo, Josio no percibió el cambio, sumido como estaba en la resurrección de su mar imaginario. Fue al oír que alguien hablaba en ruso cuando por fin miró frente a sí, sobresaltado, y recobró la conciencia. Se trataba de un caballero de edad avanzada y semblante severo, que conversaba con un amigo.

A Josio le embargó el temor, ya que el anciano le recordaba a un oficial de gendarmes, conocido suyo, y ese extraño parecido le suscitó unos pensamientos tan siniestros, que todas sus fantásticas alucinaciones de antes se esfumaron como pompas de jabón.

La realidad volvía a tomar cuerpo, y a su alrededor sólo volvía a ver rostros ajenos e indiferentes.

—Pero ¿de qué tengo miedo? ¿Quién me conoce aquí? —cavilaba, sin poder evitar, pese a todo, el presentimiento de que los rusos lo observaban con una insistencia cada vez mayor.

Salió de la cafetería y se perdió enseguida entre el gentío.

Estuvo vagando largo rato por las calles; miraba los escaparates, entraba en las cafeterías de ambientes más diversos, se quedaba absorto junto a los grupos de ciudadanos ante los anuncios de las novedades cinematográficas. Pero finalmente se sintió de nuevo ajeno entre ese hormiguero, extraviado, ansioso de mantener cualquier conversación y de ver una cara de verdad conocida.

Sin pensarlo dos veces, dirigió sus pasos a la casa de Buczek.

Se apeó en una calle alejada del centro, delante de un portal que hedía a moho.

—¡El sexto, a la derecha de la escalera! —le informó la portera, sin levantar la vista de las medias que estaba zurciendo.

Fue subiendo a pasos de ciervo por los escalones resbaladizos y abruptos, pero en la cuarta planta se detuvo.

—¿Y si ya está enterado de todo? —resonó de súbito en su cerebro.

Subió dos plantas más, pero le volvió a asaltar la misma sospecha.

—¿Y si lo sabe? ¿Qué le digo?

Y se imaginó toda la escena: que entraba y Buczek retrocedía ante él como ante un espectro, negándose incluso a estrecharle la mano... Sintió en la boca el amargo sabor de la vergüenza y le entraron dudas.

—¡Tonterías! ¡Es imposible!

Ahuyentando de sí las negras premoniciones, recorrió el largo corredor sombrío, buscó la puerta y alargó la mano para llamar al timbre, pero se quedó como petrificado. Al otro lado de la puerta, se oía la voz de Buczek y una conversación cada vez más perceptible y cercana; alguien ya había agarrado el picaporte... Josio se retiró unos pasos y aguardó con el corazón en un puño.

La puerta se abrió, alguien salió por ella, y Buczek le gritó:

— ¡No te olvides de comprar azúcar!

Un individuo bajito, con el cabello ensortijado, se le quedó mirando y siguió andando a paso lento, pero sin dejar de volver la cabeza una y otra vez hacia Josio, que simulaba buscar un nombre en el rótulo de la puerta.

— ¿A quién anda buscando? Yo, aquí, conozco a todo el mundo.

Josio le nombró el primer apellido que se le pasó por la cabeza.

— ¡No sé! Es la primera vez que lo oigo, ¿es polaco?

— Sí, al parecer escribí mal la dirección — le respondió Josio en polaco, y contento de haber sido tan inesperadamente desalentado de su visita a Buczek, bajó las escaleras a todo correr.

El del pelo ensortijado, que sólo iba unos pasos por delante, no dejaba de observarle cada vez que se detenía en algún recodo de la escalera, y no debía de tener el hombre mal ojo, porque ya en el portal le preguntó en un tono cordial:

— Quizá necesite usted ayuda... Conozco París al dedillo. Me llamo Rozek.

Josio se presentó con un apellido falso y le estrechó la mano.

— Muchas gracias, yo también conozco París, pero en este barrio no había estado nunca.

Rozek no daba crédito a sus oídos.

— ¿Que no conoce usted el *Quartier*? ¡Eso sí que es increíble!

— Tal vez podría usted ser mi cicerone... — respondió Josio con sofisticación.

— ¡Ésa es mi obligación! Vivo aquí desde hace quince años y conozco cada piedra y a cada persona. ¿Dónde almuerza usted?

— Por lo común, en mi casa, pero hoy almorzaré donde usted me proponga.

El «en mi casa» le causó gran impresión a Rozek, que empezó a mirarle con cierto respeto.

— Podríamos ir al Panteón; se come de maravilla, aunque le advierto que no sale por menos de un luis.

— Adelante, vamos al Panteón. ¿Vive usted en este edificio? — le preguntó con la intención de saber algo de Buczek.

— No, he ido de visita a casa de un tipo que ha llegado recientemente para estudiar.

— ¿Pintura?

— Claro, pero está más basto aún que la piel sin curtir.

— ¿Y quién es?

— Era empleado de ferrocarriles en el Imperio. Un individuo curioso; tan pronto puso un pie en París, echó a la basura todos sus trajes, se compró un blusón de obrero y unos zuecos, se dejó crecer la melena, se inscribió en el Colin y al tercer día ya se fue al taller, pero allí los colegas le empezaron a gastar bromas, como es habitual con los novatos, y él les dio una manta de palos.

— ¡Y lo echaron de la escuela!

— Qué va, uno le pidió disculpas y el otro se limitó a amenazarle con el

puño; ahora todos lo adoran. Un tío duro, auténtico, que escupe contra todo, ¡un fanático! ¡Llegará lejos! ¡Una individualidad fantástica!

— ¿Tiene talento, por lo menos?

— ¡Qué pregunta! ¿Quién tiene talento y quién no tiene? ¿Qué es el talento?

Precisamente, ¿qué es para usted el talento?

— No tengo la menor idea de lo que significa ese concepto — respondió Josio, jovial.

— Prefiero su sinceridad a los devaneos de los monosabios intelectuales.

Le pasó el brazo por los hombros con confianza.

— Porque sabe usted, respetable amigo, llega un tío palurdo a conquistar el mundo. Si se revienta de hambre y miseria, no tengo nada en contra; dada la superpoblación que sufrimos, supone un beneficio para la humanidad. Pero si lo consigue, grito «bravo». Amo a los vencedores, pues es la única raza humana verdadera. ¿Y si fuéramos a tomar una copichuela de coñac?

— ¡Como si quiere dos grandes copas!

— ¡Así se habla en polaco! Lo voy a llevar a un café donde podrá ver una colonia de seres extraordinarios: pintores, músicos, poetas, escultores, profetas, cretinos y genios. En una palabra, todo el zoo artístico-intelectual polaco. El paraíso del analfabetismo.

— Yo no conozco a nadie y no sé si conviene que...

— Los cafés, querido señor, son como el cielo, están abiertos a todos, con tal de que tengan para pagarse una taza.

— No me gustan esos almacenes de conocidos.

— Lo llevaré de incógnito y podrá observar a sus anchas a todos esos peles.

— ¿En ese café se reúnen sólo polacos? — Seguía con sus vacilaciones.

— No, hombre, ¡Europa entera está allí! Asistirá usted al desfile de los superhombres ario-semitas. Finja no entender polaco y nos divertiremos de lo lindo.

Entraron en un local grande, ubicado en una esquina, atestado de extraordinarios sombreros femeninos, cuyas propietarias devoraban con ojos hambrientos a todo el que entraba. Rozek les sonrió amistosamente e hizo una profunda reverencia a la dama obesa que regentaba el local desde detrás del mostrador, alto bastión fabricado de lata; después estrechó la mano de un sujeto calvo con la servilleta bajo el brazo y arrastró a Josio a través de una estrecha garganta, donde en la mayoría de las mesas chasqueaba el dominó, hasta una gran sala, situada dos escalones más abajo, llena de humo, bullicio y ruido de billares. Era en realidad una especie de patio interior cubierto con una marquesina de cristal sostenida por dos columnas de hierro, donde abundaban los apartados, rincones y escondrijos raros. Un gran gentío ocupaba todos los bancos y mesas o deambulaba por la sala, exhibiendo melenas leoninas y desgrefnadas, boinas, blusas de terciopelo y gestos desafiantes; las vírgenes artísticas lucían unos sombreros, peinados y atuendos que lo dejaban a

cualquiera con la boca abierta. Sobre el verde campo de los billares bramaba un encarnizado cañoneo, las bolas se batían incansables, y los equipos, formados por varios jugadores desnudos hasta la cintura, sudaban la gota gorda para ganar la partida. Los camareros, de aspecto mugriento, andaban de acá para allá con tazas de «negro» y botellas; el suelo, espolvoreado de aserrín, crujía bajo los pies, levantando tanta polvareda como si andaran por un camino. El olor dulzón e insípido del ajeno invadía el ambiente, ya de por sí tórrido y sofocante.

Mientras se abrían paso con esfuerzo por entre las mesas apretujadas, de todas partes llovían las voces que llamaban a Rozek:

—¡Salud, Rozek! ¿Qué tal andas? Rozek, siéntate con nosotros, te está esperando un coñac.

—Estamos en el corazón mismo de la bohemia — le susurró a Josio.

Finalmente encontraron lugar libre en un rincón. El camarero les trajo el coñac, y Rozek se bebió tres, uno detrás de otro, y se fue a saludar a unos conocidos, mientras que Josio, animado por el hecho de que nadie le prestaba atención, empezó a curiosear por entre aquella alborotada comitiva. Un joven con esclavina se dedicaba a imitar, con extrema habilidad, el canto del gallo, el mugido de la vaca, el balido de la oveja y el enconado ladrido del perro, ante lo que la sala se desternillaba de risa y gritaba bravos. También Josio rompió a reír, pero se calló de inmediato y bajó la cabeza con tanta violencia que se golpeó la frente con una botella: al otro lado de la sala estaba Buczek, que acababa de entrar y buscaba un lugar libre.

Josio no esperó a tenerlo más cerca, se levantó a toda prisa y, furtivamente, se plantó delante del mostrador para pagar la consumición. Rozek, con cara de susto, fue hacia él:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se escapa usted?

—Tengo que irme, me esperan en casa, lo había olvidado por completo.

—Y nuestros planes, ¿se quedan en agua de borrajas?

—Lo espero dentro de una hora en el Café de la Paix, ¿de acuerdo?

—Está un poco lejos y ya he despedido a los caballos...

—Quizá le falta a usted...

—Eso sí. Por desgracia, ¡ya hace tanto tiempo desde el primero y falta tanto para el próximo! — exclamó con comicidad.

Josio le deslizó veinte francos en la mano.

—Por si acaso tuviera usted que aguardarme más tiempo.

—Y para tener la certeza de que no me dará plantón.

—Bueno, ¡hasta dentro de una hora! — le gritó una vez más desde el coche, y ordenó al chófer que le llevara hasta el hotel.

Naturalmente, en el hotel no le esperaba nadie.

La vista de Buczek le había provocado un miedo cerval. Por nada del mundo se encontraría con él; sólo deseaba huir, impulsado por una mezcla de odio repentino y de temor supersticioso.

—¡Desgraciado! ¡Ladrón! ¡Parásito! —escupió con desprecio, sin saber él mismo los motivos de su actitud, y al mismo tiempo experimentó un deseo incontenible de recordar el pasado.

Ordenó al conductor del coche que girara por el puente en dirección al Sena.

Contempló inquieto las aguas del río; luego, sumergido en la oscuridad y el silencio de la orilla, sintió una sensación de gran alivio. Era ya noche entrada y de nuevo caía una lluvia fina.

El río oscuro, crecido, agitado por menudas crines espumosas similares a gaviotas caídas sobre las olas, fluía con un sordo balbuceo y golpeaba furioso los muros de piedra del malecón. Bajo los arcos rojizos de los puentes, se arrastraban algunos barcos, parecidos a monstruosos ciempiés pertrechados de luces afiladas que mordieran la oscuridad. Edificios, torres y vagos contornos se alzaban fantasmagóricos sobre el hervidero de luces y la silueta de la orilla. A través de los túneles de las calles se difundía incesante el sonido lejano y potente de la ciudad. Josio, apoyado en la balaustrada del puente, atravesaba la noche con los ojos, mientras pensaba en lo que habría ocurrido en Polonia desde el día siguiente a su huida, la perplejidad que se habría apoderado de la gente, el espanto que se habría cernido sobre todos y sobre todo, por las líneas de tren y por las estaciones, por las cantinas y por los andenes.

—Quizá haya salido algo de mi caso en los periódicos.

Un reloj dio las ocho de la tarde; empezó a caer con fuerza una lluvia helada. Le entró frío, así que se alzó el cuello del gabán y se puso los guantes.

—Ya habrá llegado el rápido procedente de la frontera —pensó, viendo desfilar ante sus ojos un tropel de pasajeros sobre el andén; todos eran habitantes de la ciudad y todos estaban hablando de él, les oía con claridad.

El jefe de estación se paseaba solemne y, de vez en cuando, le decía a alguien, como acostumbraba a hacer cuando ocurría un hecho de importancia: «¿No lo decía yo? ¡Estaba seguro de ello!».

Los gendarmes, como dos columnas grises, permanecían a ambos extremos del andén.

Andrzej se hallaba erguido bajo la campanilla, con el cordón en la mano y los ojos fijos en el jefe de estación; los judíos subían al tren armando un gran alboroto; la señorita Marina, vestida con su jersey rojo, hacía zalamerías detrás del mostrador; Raciborski olfateaba entre los colegas a la caza de algún rublo, y a lo mejor hasta se daba un paseo con la señora Sofía. Todo como antes, como de costumbre, como siempre. Y Soczek, que ahora andaba emborrachándose con el guarda, debía de comentar: «¡La madre que lo parió, quién lo iba a decir! Un muchacho honrado, a mi Sofía le caía muy simpático ¡Señorita Marina, lo mismo para la otra pierna!».

Y Josio estalló de repente en una alegre y sonora carcajada.

Un policía, que desfilaba de arriba abajo y de abajo arriba, al final se detuvo frente a él y le dijo:

—Se va usted a resfriar, no es saludable pasear a estas horas cerca del agua.

Josio lo miró fijamente y con una sonrisa le respondió:

—Le aseguro que no me apetece en absoluto tocar el fondo del Sena, en absoluto.

Le obsequió con un cigarrillo, intercambiaron un par de palabras más y Josio se encaminó hacia el café.

Rozek lo aguardaba muy intranquilo.

—Me he tropezado con un par de amigos —se justificó ante Rozek, y volvió a estallar en una gran carcajada.

—Bien, dígame qué quiere usted hacer hoy y adónde quiere ir —le preguntó Rozek.

—A divertirnos, incluso a echar una cana al aire, el dónde me da igual.

—Habiendo parné, no veo problema alguno.

Comieron algo a toda prisa y se fueron al centro. A París.

En efecto, Rozek conocía la vida nocturna de la ciudad y todos sus rincones, de modo que lo llevó a los antros más famosos, especialmente dispuestos para los extranjeros sedientos de auténticos placeres parisinos. Él mismo parecía pasárselo en grande y bebía como diez; en cambio, Josio se hundía en una hosquedad cada vez mayor y, al observar lo que los rodeaba, soltaba a ratos un:

—¿Esto es todo? Pues no es mucho, no es mucho.

Rozek lo siguió conduciendo por el París nocturno, aunque ya mostraba un fuerte descontento.

—¿Le parece poco? Pero usted, ¿qué diablos quiere? A lo mejor las mil y una noches, prodigios cinematográficos, ¿eh?

—No, pero busco el París auténtico.

—Mujeres como dragonas, bebidas sublimes, diversiones al máximo, ¿y no le basta? Esto es París, el París auténtico.

—Esto es necio, vil y aburrido, pero sigamos adelante, sigamos, a lo mejor encontramos un cuento de hadas.

Y siguieron tercamente con su ruta nocturna, pero en todos los lugares había lo mismo: ruido, ebriedad colectiva, desenfreno y chicas, chicas de las que Josio se apartaba con mal disimulado asco y a las que miraba con dolorosa decepción.

—No es más que una gran taberna y un gran burdel para jornaleros con algún cuarto y rameras —estalló por fin, haciendo que a Rozek se le encendiera la cara de rabia.

Lo condujo a otro lugar, pero al amanecer, antes de entrar en un local situado al fondo de un jardín, Rozek le advirtió de forma provocativa:

—Si no nos quedamos aquí, nos tendremos que despedir definitivamente.

—En último término podríamos ir a Les Halles.

—Es verdad, sopa de cebolla, langosta fresca y cordero asado.

Les dio la bienvenida un portero con librea roja, quien les indicó, con un gesto amplio, las escaleras cubiertas por una alfombra roja, fuertemente

iluminadas y adornadas con flores, que conducían al primer piso. El servicio, con frac rojo y medias blancas, los guió hasta una sala de techo bajo, dorada como una caja de bombones y llena de humo, donde actuaban a turnos una orquesta zíngara y una banda de mandolinistas italianos. Entre una muchedumbre arrebatada, se encontraban todos los colores de piel y todas las razas. No había ni un alfiler, y el ambiente era sofocante; a cada momento se oía una violenta disputa y a cada momento alguna chica de color se revolcaba en una danza exótica entre movimientos y gritos inauditos. La sala temblaba por el pateo de los parroquianos y los chillidos de las mujeres de color. Las orquestas no dejaban de tocar; los violines zíngaros derramaban su vehemente melodía, trémula, arrebatadora; una melodía que encendía la sangre, empañaba los ojos, tensaba los cuerpos, hasta que, por fin, todos, como presa de la locura, acabaron por cantar, clamar y bailar juntos. De cuando en cuando las mandolinas sorprendían al personal con sus tonos agudos, o se arrancaba una canción salvaje, ebria, que toda la sala coreaba con voces desentonadas.

—¡Maravilloso! ¡Inaudito! ¡Esto es París! —suspiró Rozek y una vez sentados, con la botella frente a sí, se puso a beber copa tras copa y a escanciar a Josio mientras le susurraba al oído, mostrándole la locura reinante en el local—: Mire, mire, todos los pueblos, todas las razas, todas las clases.

—Una cloaca universal —rezongó Josio con ironía.

—No y mil veces no; esto es la reserva del mundo, es el único asilo de la humanidad, el templo de los espíritus libres e independientes. Hablo de París, de París entero —exclamó Rozek patéticamente, pero al percibir la sonrisa sarcástica de Josio, cambió de tono—. Tiene usted razón, esto es el sumidero de todo el lumpen, la canalla universal en celo. ¡Vaya fachas, vaya jetas, qué pandilla de degenerados!

—Lléname el vaso; para qué seguir hablando —le interrumpió Josio.

—Sensatas palabras las tuyas. *Garçon*, ¡una botella más! Es cierto, ¡es una buena colección de especímenes! Mire, por ejemplo, aquellos rubios que están bebiendo con esas malayas; son escandinavos que hartos de comer arenques dulces en su país, ahora se ponen morados de mostaza. Los muy granujas son dos, pero van acompañados de cuatro fulanas, de cuatro malayas. Y éstos, los del rincón, a la izquierda, seguro que son de la cuenca del Neva o del Volga; se divierten como locos, y las chicas los acosan sin descanso; unos carroñeros, me juego la cabeza a que se están gastando el dinero del erario público. He visto muchos individuos de esa calaña en París. Qué quiere usted, se aburren de tanto perorar acerca del «sistema monopolista» y de los «principios ideológicos». Arramblan con todo lo que pueden y ¡a París! Se lo pasan en grande un par de semanas, gozan de todo y después o se pegan un tiro o vuelta a la patria, a arrastrar cadenas, a filosofar y a escupir sobre Occidente, aunque los condenen a trabajos forzados.

Se rió alegremente, en tanto Josio, disgustado por esas palabras, lanzó una mirada inquieta al grupo de rusos que alborotaban cada vez más entre el

estrépito de las copas rotas.

—También le voy a mostrar a usted a unos polaquitos, porque haberlos, los habrá; si es que están en todas partes donde hay jarana... ¡Además aquí acude el mundo entero! ¡Sur y Norte, Occidente y Oriente! Todos cometen pecados, toda la escoria moral se viene para aquí, para esta Meca de nuestros días. ¡Y qué mujeres! Mire usted a aquella tigresa de color canela: ojos como estrellas, el cuerpo grácil como una caña untada en mostaza. ¡Ja, ja, ja! Qué bien que lo he descrito, ¿eh? ¿Y esos ébanos inmaculados? Dragonas, carne de primera, unos morros bestiales sobre unos torsos de diosas griegas, con cada labio un almuerzo, de cada pecho un banquete para diez, con cada pliegue de su piel placer salvaje y letal para todos. Huelen de maravilla, como perras en celo, y relinchan como yeguas. ¿No oye usted sus carcajadas? En comparación, nuestras blancas son desabridas, sosas, como hechas de sebo rancio. Afirmo tajantemente que sólo las negras son mujeres de los pies a la cabeza. Le voy a convencer. ¡Eh, Venus negras, venid para acá! —les gritó a dos damas de color que permanecían solas al otro lado de la sala.

Antes de que Josio pudiera protestar, ya estaban sentadas a su lado, y Rozek les llenaba los vasos. Ambas vestían llamativamente y se tocaban con unos sombreros gigantescos con plumas blancas. Ambas eran también gigantescas, muy rollizas, feas y negras como el carbón.

Josio estaba algo asustado, pues era la primera vez en su vida que veía a una negra de cerca, pero cuando una de ellas lo empezó a besar, musitando apasionadamente: «¡Cuán hermoso eres, cuán hermoso!», se animó y, con una rara excitación sanguínea, se puso a darle a la botella como un loco. Las manos de la negra lo toqueteaban cada vez más ardientemente, sus belfos se clavaban en él con avidez y sus ojos insondables lo hipnotizaban de tal modo, que creyó desmayarse.

—¡Vigile la cartera! —le advirtió Rozek, que estaba al tanto de todo.

De repente, se oyó un gran estruendo; todos se pusieron en pie al ver a unos gitanos borrachos como cubas danzar frenéticamente, a lo que no tardó en incorporarse todo el elemento ruso del local, en mangas de camisa, sin levitas ni chalecos.

Bailaban en cuclillas y taconeaban como posesos en medio de la sala, de modo que los cristales se estremecían y las mesitas se volcaban. Un tumulto de clientes, arrebatado por el salvaje espectáculo, lanzaba bravos, aullaba de admiración e incluso intentaba emularlos. Una locura colectiva se había apoderado de toda la clientela, y era tal el frenesí de la juerga que a muchos de los presentes tuvieron que ponerlos en la calle o llevarlos a las salas contiguas.

Josio parecía ignorar lo que sucedía a su alrededor; bebía más y más, y cantaba a coro con las dos negras una canción gimiente, llorosa, que acabó por hacer saltar lágrimas borrachas a Rozek.

—Oiga, ¡cuidado con la cartera! —le advertía a Josio a pesar de todo.

Era ya de día y el local empezaba a vaciarse, cuando se presentaron unos

cuantos clientes más, entre los que se encontraba el anciano caballero del Café de la Paix con su compañero. Al reconocerlo, Josio se aprestó a huir, pero una de las mujeres le retuvo, así que, desplomándose sobre el sofá, se lamentó con un temor absoluto:

— ¡Es el fin! ¡Es un agente!

— ¿Dónde? ¿Quién? —le preguntó insistente Rozek a Josio, quien ya con cierto dominio de sí mismo, bostezó y sonrió nerviosamente.

— ¡He pillado una cogorza de muerte! Ya es hora de volver a casa. ¡Eh chico, la cuenta!

Pagó, se quitó de encima a las negras implorantes, y al salir miró a hurtadillas y con temor apenas escondido al recién llegado.

El cielo violáceo del alba se extendía sobre París, pero los bulevares aún estaban vacíos; sólo en las calles adyacentes se iban abriendo; aquí y allí, las tiendas, se aseaban los aparadores y traqueteaban los carros de los lecheros llenos de grandes ubres metálicas.

— ¿Nos siguen? —le preguntó Josio a Rozek al cabo de un rato.

— ¿Quién? Si no hay un alma...

— Me lo parecía. He bebido demasiado hoy... —Echó una ojeada suspicaz a su alrededor—. Lo espero en la cafetería a las dos, ¿de acuerdo?

— Allí estaré. ¿Para por fin pasárnoslo bien? —Rozek se relamía lascivo.

— Por esperar nada se pierde. Tengo un sueño mortal. ¡Hasta mañana!

Se montó en la calesa, pero dio la dirección en voz tan baja, que Rozek no alcanzó a oírle; lo miró con aversión y se dijo para sus adentros:

— El tío pasta tiene, pero ¿quién será...?

* * *

A lo largo de una semana se dedicaron a visitar París y sus curiosidades; fueron a todas partes y vieron todo lo que había que ver, ya que Rozek se entregó en cuerpo y alma a su labor de cicerone, a fin de despertar en Josio, por lo menos, un interés ordinario. Y no obstante, éste se ensombrecía hora a hora y cada dos por tres soltaba la misma frase apática:

— No es esto, no es esto...

Nada lo entusiasmaba: ni las obras de arte, ni los diversos espectáculos. Se movía por entre ellos como un autómatas, como un lunático que soñara despierto con prodigios jamás alcanzables. La triste decepción le devoraba el alma, y los recuerdos del pasado le acuciaban cada vez más, sufría de un insomnio creciente, y mientras yacía horas y horas sobre la cama, creía oír las voces de aquella lejana estación suya. Y si extenuado, por fin lograba conciliar el sueño, se despertaba a la misma hora que lo hiciera allí en su tierra y aguardaba inconscientemente a que en cualquier momento apareciera Andrzej y le llamara con un «Señor, ¡el ómnibus ya ha salido!».

Y después acudía Magda con el vaso de té; el suelo temblaba bajo sus pasos

cuando corría a levantar las persianas. Había que levantarse, ¡y le apetecía tan poco! Maldecía el trabajo y su cruel necesidad, el té le esperaba, no podía encontrar la gorra, bajaba los escalones de dos en dos, llegaba presuroso a la taquilla, abría la ventanilla y cien manos se tendían hacia él, y cien voces le estallaban en plena cara. Se apuraba, trabajaba como una máquina. El silbido y el estruendo del tren que se acercaba, y sobre el andén, barullo y confusión...

—Afortunadamente todo esto pertenece al pasado, no volverá —pareció recobrar la conciencia, contemplando a través de la ventana el océano pétreo de las casas—. Pero si estoy en París, en París —se repetía con obstinación, pero los recuerdos acudían a su mente siempre con la misma claridad; había vivido tantos años de esa forma que se había convertido en parte integral de su ser y no le permitía arrancarla de su memoria, hundirla hasta el fondo de sí, entre otros trastos olvidados de su existencia.

Luchaba con su propia alma de un modo cada vez más cruel; cada día se infligía nuevas y mortales heridas, porque en sus recorridos largos y exhaustivos por París seguía sin encontrar la ciudad de sus sueños.

El París que veía, que tocaba con los cinco sentidos, le resultaba extrañamente ajeno, indiferente e incluso hostil. Lo observaba con un rencor y una tristeza profundos.

Al cabo de unos cuantos días, se separó de Rozek, asqueado de sus cínicas observaciones.

—Me cubre con su persona todo lo que veo, igual que con un trapo sucio — se dijo, decidido a visitar todo de nuevo sin la compañía de éste, con suma atención y en silencio.

Sin embargo, esta medida no cambió el estado de cosas.

A decir verdad, en su interior se desarrollaban fenómenos singulares. Se encerraba en su habitación para embeberse en las guías de su soñado París y entonces aparecía ante él, espléndido, volvía a ser la ciudad que su imaginación había acariciado. ¿Por qué la realidad era tan distinta? No podía concebirlo, y esa incomprensión era la fuente de todo su sufrimiento. Se acercaba una y otra vez, con auténtica devoción, al Arco de Triunfo, y no veía más que una gigantesca puerta de piedra, alzada en mitad de una plaza sin ton ni son. E igual le ocurría con todo lo demás. Leyendo historias sobre Nôtre-Dame, casi se había desmayado de admiración; en el éxtasis más absoluto, su fantasía había recorrido las naves soberbias de la catedral, cubiertas por el negro resplandor de sus vidrieras. Sin embargo, cuando se halló frente a sus puertas, no pudo reconocerla, de tan pequeña, miserable y rara como le pareció. No le dijo nada de ese poema de piedra de varias generaciones de muertos ni de los sentimientos de esos muertos; se aburrió entre sus naves, lo asustó su lugubridad, no lo entusiasmaron ni sus arcos, ni sus torres, ni sus contrafuertes. Lo miraba como un libro del que no pudiera leer ni una sola letra y le produjeron risa los monstruos que, desde sus balconadas, custodiaban París, porque le recordaban las figuras de barro expuestas a la venta en los mercados

y romerías de su país.

Y lo mismo le ocurría con todo y en todas partes, puesto que todo lo miraba con los ojos velados por visiones ilusorias bajo cuyo prisma la realidad se convertía en algo insignificante, absurdo y miserable.

Pero Josio ignoraba esta verdad, por lo cual se sentía hostigado por tormentos cada vez más crueles.

—¡Todo es una gran mentira! —pensaba con amargura—. ¿Es posible que el mundo entero se haya dejado engañar? ¿Será posible?

En vez de hallar la respuesta a sus preguntas, halló en su alma un odio repentino y mortificante hacia París.

—¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa! —exclamaba con resentimiento, tendiendo el puño amenazante hacia la ciudad—. ¡Chusma de nuevos ricos! ¡Farsantes! ¡Estafadores! —siseaba, en el paroxismo salvaje de su odio—. ¡Sodoma infernal! —escupía con desprecio por todas sus esperanzas frustradas.

¡Con lo que él había imaginado sobre París, con la de veces que había tendido sus brazos hacia esa ciudad como hacia un dios y orado ante ella con anhelo y lágrimas en los ojos!

¡Con lo que él había soñado!

—¡Tú, París, abyecta secuestradora de almas! ¡Lupanar del mundo, cloaca de todos los vicios y crímenes! —exclamaba con vehemencia.

Si de él hubiera dependido, de París no habría quedado piedra sobre piedra.

Pero como nada podía, se limitaba a vengarse de forma más modesta; iba por los cafés y entablaba conversación con cualquiera con el único propósito de despotricar a grito pelado contra la ciudad. No tardaron mucho en burlarse todos de él y en evitarle como se evita a un loco furioso.

Cesó en sus búsquedas por la ciudad y se dedicó exclusivamente a vagabundear por sus calles sin objetivo alguno o a sentarse días enteros en los cafés con la mirada inerte y fija en los transeúntes.

Sufría lo indecible, con una infelicidad que consideraba inmerecida.

No sabía cómo seguir adelante; ni siquiera podía pensar con lucidez. Únicamente, en algunos escasos momentos en que notaba un incremento de su energía, hacía proyectos de viajar a América o a Londres.

—¿Quién sabe? A lo mejor allí... —pensó por algún tiempo, hasta que la desidia acabó por barrer incluso esta última esperanza.

Y de nuevo se dedicó a vagar por las calles, desconocido e ignorado por el mundo como una hoja arrebatada por la tormenta y condenada al exterminio.

Más de una vez estuvo a punto de ir a casa de Buczek, pero ante la idea de que pudiera estar enterado de «su caso», de que se negara a saludarlo o de que lo echara a la calle, se le hacía un nudo en la garganta y la vergüenza lo paralizaba.

—Sería algo atroz. No podría soportarlo — se decía.

Una noche lo despertó un gran estruendo; miró por la ventana: una fuerte

tormenta se había desencadenado sobre París. Primero, el resplandor del relámpago iluminó todas sus esquinas, a lo que siguió un violento aguacero que hizo gorgotear las cañerías y retumbar los tejados.

—Igual que en Polonia, en primavera —recordó Josio.

Volvió a la cama, pero ya no pudo conciliar el sueño, porque la nostalgia se le había despertado y clavado en el corazón, y los garfios afilados de la memoria le iban desgarrando el alma.

Veía los campos verdes mecidos por el viento y los árboles en flor de los huertos, las cigüeñas que planeaban sobre las praderas y la tierra labrada, que exhalaba su aroma especial. Desde los barbechos se oían los cantos, los trenes centelleaban sobre el cristal de las ventanas y columnas de humo violáceo flotaban en el aire. Se respiraba ebriedad, placer, perfume, magia.

—¡Nunca más, nunca más! —se dijo, y empezó a llorar amargamente, desolado.

Sin embargo, al día siguiente por la mañana tomó la decisión irrevocable de viajar a América. Una vez se hubo informado de la salida del primer barco, pagó la cuenta del hotel y empezó a hacer el equipaje febrilmente.

—¿Cuándo se va usted? —le preguntó el mozo.

—Mañana por la mañana.

—Yo le aconsejaría que se fuera usted de inmediato...

—¿Por qué?

El mozo echó una ojeada a su alrededor y le dijo confidencialmente:

—¡La policía lo anda buscando! ¡Pueden aparecer esta noche! —añadió a modo de advertencia.

—¡Debe haber algún error! —replicó con toda calma mientras le deslizaba una buena propina.

Se dirigió, como de costumbre, al café, pero le pareció que llamaba demasiado la atención y salió afuera. Erró por las calles sin objetivo. Tenía la constante sensación de que alguien le iba pisando los talones. Aceleró el paso, esquivó a la policía desde lejos y, en su huida, sin saber ni cómo ni cuándo, fue a parar a los aledaños de la ciudad, entre los verdes campos.

Hacía un día primaveral, cálido, aunque algo nublado; sobre las aguas relucientes se mecían los penachos verdes de los álamos, los huertos se hallaban cubiertos de flores, trinaban las aves y de la tierra oscura emergían los melocotoneros entre nubecillas rosadas. Por los huertos pasó un tren jadeando.

Josio se sentó sobre el terraplén.

Contempló el ocaso, ya próximo; los melocotones se agitaban en sus periantos rosados, mientras el viento le acariciaba el rostro enfebrecido. Se quedó inmóvil como un cadáver, inundado por lágrimas no lloradas y por una nostalgia estremecedora e incurable.

—¡Todo es mentira, hasta los sueños son mentira! —pensó desolado; después, recorrido por un estremecimiento, miró a su alrededor y bajó hacia el carril.

Avanzaba por la vía un tren con sus ojos chispeantes, ígneos; la tierra temblaba... Podía oírse ya el zumbido de las ruedas, chirriaban los raíles. Se aproximaba a una velocidad vertiginosa... Un instante..., una mínima de segundo. Un grito desgarrado planeó como un relámpago, y Josio se desvaneció en las sombras, como si nunca hubiera existido...